
JAMÁS DEJÉ DE
SOÑARTE
HUGO SANZ

JAMÁS DEJÉ DE SOÑARTE

HUGO SANZ

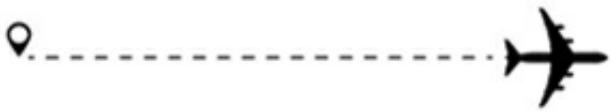
Primera edición.
Jamás dejé de soñarte
©Hugo Sanz
©enero, 2025
©imágenes por AdobeStock y Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo

Capítulo 1



—Me voy con ella, Bruce—le comenté a mi amigo y compañero, ya a las tantas de la madrugada.

—Con ella, ¿adónde? —me preguntó asombrado porque siempre le decía que con todas, menos con Gabriela. —Estás demasiado borracho, Noah, y esto te puede salir caro.

—Caro me ha salido ya, ¿o no te has fijado en que nos lo hemos bebido todo? —le di un golpecito en la espalda y la tomé por la cintura.

Gabriela salió andando y ya me iba morreando a saco. No puedo decir que opusiera resistencia, todo lo contrario. Mi cuerpo me pedía juerga y se la iba a dar.

Estar en El Caribe ayudaba, no voy a negarlo. Allí las hormonas se revolucionan más que en el resto del mundo y el alboroto de la sangre te empuja a hacer cosas que quizás en otro lugar no hicieras. Podía ser eso o que mi debilidad eran las mujeres y, en el fondo, sabía que ella y yo terminaríamos bailando en horizontal sobre la cama de aquel lujoso hotel en el que nos alojábamos cuando recalábamos en ese tropical rincón del globo.

Punta Cana me sedujo desde la primera vez que la pisé. Soy piloto de una importante aerolínea en la que mi padre ya era accionista mayoritario cuando comencé a prestar mis servicios.

Fui rico desde que nací. Podría haberme dedicado a los negocios, como mi progenitor, lo mismo que hizo mi hermano Oliver, quien siguió su estela y se había convertido en su mano derecha. Pero no… Yo volé varias veces ya en el vientre de mi madre y, si en mi mano hubiese estado elegir dónde nacer, habría dicho sin pensarlo ni un segundo que en un avión.

Cuando era niño, solo pedía aviones cada vez que llegaba una de esas ocasiones especiales en los que me colmaban de regalos, como cumpleaños o Navidades. Mi madre decía que mi dormitorio era un museo de ellos.

De mi infancia, recuerdo con especial ilusión que mi padre encargó que me fabricaran uno de

cierto tamaño, en el cual podía sentarme y fantasear con la idea de que sus alas de juguete me llevarían a surcar los cielos. En cierto modo, ocurrió así, puesto que mi imaginación y sus ruedas se aliaron para hacerme a la idea de que, tras una carrera a toda pastilla con mi hermano Oliver empujándome, llegaría a despegar.

Un día despegaron, pero mis paletas de leche, porque Oliver y yo siempre nos llevamos regular desde la infancia y no paró al ver que llegábamos al muro de la lujosísima casa familiar en la que nos criamos. Resultado: esa noche recibí la visita del ratoncito Pérez.

Siempre he sido optimista, desde la cuna. Y quizás por eso viví la vida del modo más desinhibido posible. Las mujeres me perdían desde bien joven, era un mujeriego empedernido y el compromiso no estaba hecho para mí. Además, que tenía que centrarme en sacar mi licencia de piloto y así lo hice.

Mi padre se dedicaba a los negocios más variados. Apuntaba allá donde viese una oportunidad. Y por aquel entonces le salió la de de hacerse con aquel tremendo paquete de acciones y no se lo pensó. Eso me aseguró un trabajo fijo y muy bien remunerado en la aerolínea, aunque pilotar es mi pasión y, falsa modestia aparte, no creo que hubiese tenido problema para lograr una plaza en cualquier otra.

Una vez que comencé a trabajar, opté por esa ruta de navegación aérea que me llevaba constantemente de Nueva York, mi ciudad de residencia, a Punta Cana, esa otra en el que me sentía el tipo más feliz del globo cada vez que aterrizaba en ella con unos días por delante para disfrutarla.

En Nueva York residía en un impresionante ático en Hudson Yards, en Manhattan, que costó una cifra verdaderamente astronómica al estar situado en la zona más cara y glamurosa de la isla, y del que mis padres me pusieron las llaves en la mano el día que obtuve mi licencia de piloto.

No se trataba solo de regalarme un ático que, ya de por sí, me habría solucionado la vida en el caso de haberlo necesitado, sino que también me ingresaron otra cantidad indecente de dinero en mi cuenta, lo mismo que hicieron en su día con mi hermano mayor Oliver.

Vaya por delante que mis padres nunca hubiesen criado a un par de herederos inútiles que no dieran palo al agua, sino que nos hicieron tales regalos cuando ya estábamos situados y comprendieron que no les daríamos un mal uso.

En fin, que mi cuenta corriente gozaba de la mejor salud y que solo con el dinero que me ingresaron habría podido vivir varias vidas, pero yo era piloto vocacional y volar seguía siendo mi verdadera pasión.

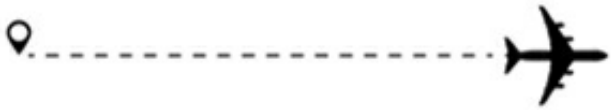
En cuanto a las mujeres, sería absurdo negarlo, también lo eran. Solo me había enamorado una vez en mi vida, de Valerie, unos años atrás. Aquello, por desgracia, no salió. Y para olvidar el recuerdo de la que había sido la única mujer que me habría hecho sentar la cabeza, me llevaba a la cama a todas las que podía.

Bruce tenía razón en que acostarme esa noche con Gabriela no era la mejor de las ideas, pero cuando vas muy pasado de copas no sueles pensar demasiado, al menos no con la cabeza de arriba.

Llevaba cogida a aquella exuberante y bellísima venezolana por la cintura. Su larguísima melena rizada, una verdadera preciosidad, ondeaba al viento en la húmeda noche.

De las zonas caribeñas siempre me han atraído sus temperaturas suaves durante todo el año. Era una verdadera gozada salir de Nueva York en pleno invierno, con unas temperaturas que te helaban hasta la sangre, y llegar a las playas de Punta Cana, algunas de las más paradisíacas del mundo, y gozar allí de sus blancas arenas, de sus aguas turquesas en las que llevar a cabo deportes acuáticos y, a la vez, de su vida nocturna, pues uno no se cansa jamás de bailar a ritmo de salsa cogido a un par de buenas caderas.

Capítulo 2



Me desperté cogido a un par de esas buenas caderas de las que hablo; las de Gabriela, quien se desperezó melosa.

—Buenos días al piloto más atractivo del mundo—me besó en los labios.

Me había despertado armado, aunque tomando conciencia de que no me encontraba en la mejor compañía. Eso ya me lo habría advertido Bruce la noche anterior, ponía la mano en el fuego, aunque no podía recordarlo porque la resaca impide muchas cosas y nubla el recuerdo de otras.

—Buenos días, Gabriela. Creo que es hora de que nos levantemos. Me gustaría salir a correr un rato a la playa.

Estaba a punto de coger mis vacaciones de invierno. En un par de días, volaría de nuevo a Nueva York y, una vez allí, ya podría descansar durante quince más en los que volaría a las Seychelles como turista. Y no quería meter la pata durante ellos.

—No es la primera vez que me haces esto—me comentó cabreada y me encogí de hombros.

—¿A qué te refieres?

—A levantarte e invitarme sutilmente, o mejor dicho, sin la menor de las sutilezas, a largarme.

Ella tenía razón. Aunque Bruce no lo supiese, porque pasaba de que me sermonease, no era la primera vez que me daba un buen revolcón con Gabriela. Y el problema era que aquella belleza estaba obsesionada conmigo y no debía jugar con fuego.

—Lo siento, de verdad. Sabes lo que hay. Es esto y no más.

—Ya, ya, puro romanticismo el tuyo. En fin, que ya me visto, no sea que no confíes en mí ni para dejarme en tu habitación mientras sales a correr a la jodida playa. No me lo explico, con el

deporte tan sano y tan rico que podrías seguir practicando conmigo.

Su oferta me resultó muy tentadora. No obstante, con la sangre en vez del alcohol corriendo por mis venas, en lugar de ver en ella el par de poderosas razones que tenía en su torso para atraerme, vi los dos mil problemas que podría crearme. Y opté por ponerme mis pantalones y mi camiseta de deporte.

Me estaba atando los cordones de las zapatillas cuando abrió la puerta. Menos mal que me tapé los oídos, porque el portazo que dio hizo retumbar todo el impresionante resort. En fin, que tenía tremendo carácter aquella auxiliar de vuelo.

Bruce me esperaba para desayunar. Solía venir a correr conmigo y la cara le llegaba aquella mañana hasta los pies. Aunque no era ningún aburrido ni mucho menos, pues también vivía la vida a tope, mi amigo era mucho más responsable que yo y odiaba cuando me metía en problemas.

—No tendrías otra a la que tirarte. Mira que te lo advertí: que al final se salía con la suya. Ha tardado, pero lo ha logrado. Y tú…

—Y yo estoy harto de escucharte ya, Bruce. Para tu información, no es la primera vez que me acuesto con Gabriela, solo es la primera vez que te enteras.

—Y me lo sueltas con esa sonrisa socarrona en los labios, muy bien, ¿pues sabes lo que te digo? Que allá tú con las consecuencias. Tienes una vida estupenda, no te falta de nada. Si te la quieres complicar por esa tía, luego no te quejes.

—¿Por Gabriela? ¿Crees que tengo un anillo escondido esperando para pedirle matrimonio?

—Pues la verdad es que ya no sé lo que pensar, porque veo que tienes muchos secretos.

—Tío, ¿no te me estarás poniendo celoso? Que te prefiero a ti a ella, de verdad.

—Tú sigue con la coña, ya veremos por dónde te sale un día. Desayuna, que nos vamos a correr.

—Pero a la playa, ¿no? Oye, no me pongas esa cara de perro rabioso, que lo estoy diciendo porque como te noto celosito…

—Qué ganas me dan de arrearte un buen puñetazo. Tómate ya lo que sea y larguémonos.

—¿Y tú no desayunas?

—Yo ya he desayunado. Resulta que no se me han pegado las sábanas tanto como a ti.

—Oye, que si he dormido tres horas será de chiripa. No sabes la marcha que tiene la tía.

—Ni me importa un comino, no quiero saberlo—me aseguró.

Los dos teníamos mucho éxito con las mujeres, eso era toda una suerte. El físico nos acompañaba y el uniforme también cumplía su función, porque el de piloto siempre solía atraer a las féminas.

Bruce era rubio de ojos marrones, alto y fuerte, de complexión atlética, igual que yo que, sin embargo, tengo el pelo castaño oscuro y los ojos verdes.

No tardé demasiado en desayunar y, a pesar de ello, apareció Gabriela por la terraza con cara de malas pulgas. No se acercó a mí ni mucho menos y no era la primera vez que terminaba una noche conmigo más cabreada que una mona. De hecho, tomó asiento con algunas de sus compañeras y me dedicó una miradita incendiaria antes de comenzar a hablar con ellas.

—¿Lo ves? Ahora le dará a la lengua.

—Ya lo hizo anoche, no creas. Y no sabes lo bien que se le da.

—Tú tómatelo todo a guasa. Esa es capaz de buscarte un problema un día, ¿me oyes?

—Como para no oírte, te pasas el día comiéndome el oído, Bruce.

—Eso no es verdad, el único tema que me toca la moral y por el que discutimos es el de Gabriela.

—Y luego dices que no estás celoso.

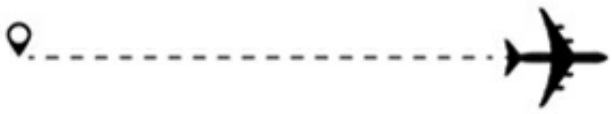
—Qué gilipollas eres, Noah.

—Y tú qué tocapelotas. Déjalo ya. Sé que es un poco obsesiva, pero tampoco se trata de una psicópata ni de nada parecido. Olvídate del tema. Puede que ahora raje un poco de mí, me pitarán los oídos, ¿y qué? Que me quiten lo bailado.

—Nada, pues tú mismo. Sigue dándole bola, a ver si se hace gigante y al final te arrolla.

—Eres un tremendista y un asusta viejas. Apuro el café y nos vamos a que sueltes adrenalina, que no hay quien te aguante.

Capítulo 3



Nos dimos una buena paliza corriendo y luego paramos a darnos un chapuzón y a tomar algo en uno de los impresionantes chiringuitos de la playa en el que la buena música incitaba a quedarse.

Justo entonces me sonó el móvil, el cual llevaba en una pequeña riñonera junto con algunos otros efectos personales cuando salía a hacer deporte.

—Joder, joder…

—¿Es ella? Te está buscando por todo el hotel, fijo, ya lo vas a ver. Esa te busca la ruina sí o sí.

—Y dale, anda que no eres pesado ni nada. Que no es ella, es mi hermano Oliver.

Se calló con cara de extrañeza. Mi hermano y yo apenas nos llevábamos. Él se marchó a vivir a París hacía unos años, encargándose allí de ciertos negocios que mi padre emprendió en Europa, y poniendo así tierra de por medio.

A Oliver siempre le tiró mucho Europa, aunque supongo que lo que más le gustó de instalarse allí fue perderme de vista. A mis 35, yo ya ni me acordaba de la causa que le llevó a no querer saber nada de mí, pero estaba claro que a él no se le olvidaría jamás.

Descolgué el teléfono y enseguida reconocí su voz. No es que fuese Mr. Simpatía conmigo. Tampoco tenía motivos para serlo.

—¿Qué tal, Oliver? Cuánto tiempo.

—Desde las últimas Navidades exactamente, cuando volví a Nueva York para pasarlas con la familia. Quiero decir, con mis padres, abuela y prima—corrigió con sorna como dándome a entender que por mucho que estuviésemos juntos en aquella ocasión, para él no formaba parte de ella.

—Cierto, no hablamos mucho tú y yo.

—No, no suelo tener por costumbre hablar con capullos. Y si te llamo ahora para contarte esto es por no disgustar a nuestros padres.

—Pues suéltalo ya porque no tengo ni idea de por dónde viene, ¿tratas de convencer a papá para que me desherede?

—Debería, pero no soy tan ruin como tú. Yo no voy dando puñaladas por la espalda a mis hermanos.

—Oliver, de eso hace ya mil años. Éramos unos niños.

—No tan niños y yo estaba enamorado hasta la médula de Sue.

—Yo no amenacé a tu novia para que se acostase conmigo—resoplé.

—Serás cabrón… Suerte que ya es agua pasada porque he conocido a una chica maravillosa y me voy a casar con ella. Por eso te llamo.

—¡No me jodas! ¿Y necesitas mi bendición para eso?

—Muy chistoso, siempre con tus gracias. No necesito nada de ti, pero tienes que asistir a la boda o nuestros padres se disgustarían mucho.

—Ya entiendo, ¿y cuándo será? ¿En dos o tres años? Con lo previsor que eres para todo estarás organizando un bodorrio que ni los de la realeza.

—Es en poco más de dos semanas. Quería casarme pronto y papá me convenció para que lo hiciera coincidir con tus vacaciones de invierno. De otro modo, habrías tenido una excusa para no asistir. Y hay varias celebraciones de por medio en las que desean que estés.

—Eso lo dices tú, no tengo nada en tu contra, Oliver.

—Es que lo más cachondo del mundo sería que lo tuvieras. Te espero en unos días.

—Bien, tengo que volver a Nueva York y desde allí…

Escuché el tono del teléfono y caí en la cuenta de que ya estaba hablando solo. Oliver me había vomitado todo lo que necesitaba y no habría despedida. No guardaba las formas conmigo y me recordaba siempre que podía que le importaba menos que un microbio.

—Mi hermano se casa, tío—le comenté a Bruce.

—Pues ya veremos si no tienes que casarte antes, porque Gabriela te la va a jugar, ¿qué nos apostamos?

—Joder, qué tío más plasta. Que controlo. Nos hemos acostado y sabe que no hay nada más y que no lo habrá. De ahí su evidente cabreo.

—Ya. Si tú lo controlas todo, Noah, pero luego te llueven los problemas. Mira si no lo que pasó con tu hermano.

—Era un crío cuando me acosté con su novia, eso no cuenta. Sue no representó nada para mí.

—Pues a él no parece olvidársele.

—Porque Oliver es muy rencoroso. A mí me parece que sucedió en otra vida. Y total, ahora se casa.

—¿Y quién es la afortunada?

—Más bien querrás decir la víctima.

—No seas cruel.

—Soy realista. Mi hermano es muy ambicioso y solo vive para el trabajo. No quiero imaginarme lo que tiene que ser vivir con él. Vaya muermo de tío.

—Pues a su prometida debe gustarle.

—Hay gustos que merecen palos.

—Palos lo que te caerán a ti, que vas por la vida arrasando con todo.

—¿Y qué sería de esa misma vida sin un poco de emoción?

—Tú no le añades “un poco de emoción”, a ti te gusta ir al límite.

—¿Y qué?

—Deja de jugar ya con ese mechero, ¿por qué lo llevas siempre encima si hace años que no fumas?

—Lo llevo para recordar que siempre se puede recaer.

—¿Recaer en qué? ¿En el tabaco? Eso es obvio. Y si tienes un mechero a mano, más todavía.

—En cualquier adicción, Bruce.

—Tú no lo dices por el tabaco, amigo.

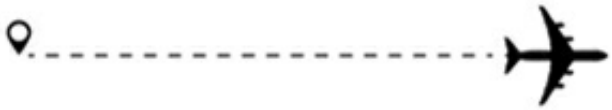
En el fondo, aunque me jodiese, debía entender a mi hermano. El hecho de que me acostase de jovencillo con su primera novia les llevó a romper. Y, por lo visto, no había rehecho su vida hasta ese momento, en el que contaba con 38, pues era mayor que yo.

Sin embargo, en mi caso sí que encontré el amor años atrás en Valerie, a quien no supe retener a mi lado por gustarme mucho una juerga y una falda. Y cuando se marchó de mi vida, más me refugié en ellas, cogiéndome siempre a un par de generosas caderas con las que pasar una noche loca. Una noche de esas que, en última instancia, te dejan sabor a vacío por las mañanas.

Si me sinceraba conmigo mismo, era ese sabor a vacío el que me dejó en los labios la marcha de Valerie, una en la que procuraba no pensar porque al irse de mi vida se llevó conmigo una parte de un corazón que ni siquiera fui consciente de tener hasta ese doloroso momento.

Valerie se dedicaba a las subastas de arte y para mí eso resultaba muy contradictorio, puesto que la joya en sí era ella. Una joya que no aprecié lo suficiente. Y lo pagué caro.

Capítulo 4



Unos días después ya estaba volando rumbo a París. No como piloto, sino como cliente de primera clase, en cabina privada e individual, pudiendo dormir como un rey con todo lujo de comodidades a mi alcance.

En “la ciudad del amor” no esperaba un gran recibimiento por parte de mi hermano, aunque mi padre sí que tuvo la deferencia de enviarme un coche con chófer que me trasladó hasta el castillo en el que estaban todos alojados ya, el mismo en el que se celebraría la boda.

No me alegraba en lo más mínimo de tener que pasar mis vacaciones de invierno allí y menos cuando para ello tuve que cancelar un viaje a Seychelles que ya tenía concertado. Mi idea habría sido volar solo hasta allí y buscarme la compañía sobre la marcha, porque ir de cacería era mi deporte favorito.

Mis padres me esperaban en el jardín. La lluvia dio un rato de tregua, porque cuando aterricé sí que estaba cayendo una buena tromba.

—Hola, ¿qué hacéis aquí fuera? Ya no llueve, pero hace un frío de tiritar, ¿a quién se le ocurre casarse en invierno y en París?

—Tú lo harías mejor en verano y en Ibiza, ¿no es así, Noah?

—Marc, por favor, tengamos la fiesta en paz—le rogó mi madre.

—Roxanne, solo ha sido un comentario. La boda saldrá perfecta, te lo he prometido y así será.

No he hablado de que tras el incidente de acostarme con la novia de mi hermano, mi padre tenía sus reservas con respecto a mí. Él adoraba a Oliver y le dolió especialmente porque le vio sufrir. Por eso, con los años, mientras el resto de la familia permaneció en Nueva York, vio como algo excelente que su hijo mayor pusiera tierra de por medio que le hiciera olvidar, residiendo en París.

Mi madre, al serlo de los dos, adoptó una postura más conciliadora, aparte de que por decirlo

de alguna manera, siempre fui su ojito derecho, de modo que mediaba bastante.

También estaba allí ya, lista para la gran celebración, mi abuela Victoria, la madre de mi madre. Ella también sentía pasión por mí y era la persona más salada del mundo entero. Ese carácter lo había heredado mi prima Emma, hija del único hermano de mi madre, fallecido años atrás y cuya esposa le abandonó al poco de nacer la niña. Esa, la de la pérdida de mi tío materno James, fue la única desgracia que sacudió a mi familia y provocó que mis padres poco menos que consideraran a Emma una hija más, por lo que mi pizpireta prima era como mi hermana en realidad.

Mi abuela salió a darme el encuentro a la puerta, con los brazos abiertos. Una dolencia de las piernas la tenía postrada en silla de ruedas, lo cual no significaba que no contase con una vitalidad absolutamente arrolladora.

—¡¡Ya está aquí mi niño!! —me abrazó.

—¡¡Y mi primo favorito!! —me saltó Emma al cuello. Mi prima era diez años menor que yo y, por tanto, la consentida de la familia.

—Qué buen recibimiento, así cualquiera. Y eso que he tenido que anular un viaje a las Seychelles para venir a París y con las temperaturas desplomadas.

—¿A las Seychelles? ¿Y sin invitar a tu prima favorita? Qué hostia tienes—me comentó sin más porque ella era así.

—Todavía tienes la oportunidad de marcharte, si lo prefieres—le escuché decir a mi hermano por detrás, a modo de recibimiento.

—No es necesario, me quedo—me volví y traté de darle un abrazo porque la carita de perro abandonado que me puso mi madre me tocó el corazón.

En lugar de abrazarme, me tendió la mano como si fuésemos dos desconocidos. Y ya podía darme con un canto en los dientes, como se suele decir, porque antes no habría hecho ni eso.

—Está bien. Puedes ir instalándote, hijo. Enseguida será la hora de la cena y nos reuniremos todos. Te voy a enseñar tu dormitorio, es precioso. Diré que te lleven las maletas.

—No te preocupes, mamá, ya las llevo yo—le ofrecí mientras ella, tan feliz como estaba, me acompañaba hasta el dormitorio que iba a ocupar en aquel impresionante lugar cuyo alquiler debía costar una verdadera millonada. Nada que mis padres no pagaran con gusto para casar a uno de sus hijos. Hasta habrían negociado su compra de ser necesario.

Me instalé y justo me iba a dar una ducha cuando apareció mi prima Emma por allí. Era economista y trabajaba también con mi padre. Ella siempre se refería a su trabajo como un

chollo. Lo desarrollaba en Nueva York, pero tenía que estar muy en contacto con mi hermano Oliver. Daba igual que residiera en París, él lo pretendía controlar todo desde allí.

—Menos mal que ya estás aquí, tu hermano es un rancio—me soltó sentándose en el filo de mi cama.

—¿No me digas? Y yo que creí que le habría cambiado el carácter por su boda y ahora sería el alma de la fiesta.

—Y un mojón el alma de la fiesta, a esa pobre chica tendrían que darle dos premios: uno por aguantar al prepotente de tu hermano y otro por si lo pierde, porque pronto no tendrá la cabeza en su sitio.

—Al menos a ti te aprecia. A mí me odia.

—Tú sabes… Oliver solo se quiere a él mismo en realidad. Le vengo bien porque le consta que cuido del negocio en Nueva York como si fuera mío, mano a mano con tu padre.

—A mi padre no hay quien le jubile.

—Ni en broma. El tío Marc morirá con las botas puestas, como los vaqueros en el Viejo Oeste.

—Cómo te gustaba ver esas pelis con nosotros de pequeña, ¿te acuerdas?

—Ya te digo, erais dos chavales y os prestabais a jugar conmigo después, hasta tu hermano, fíjate. Claro que nosotros dos hacíamos de indios y él quería darnos de tiros.

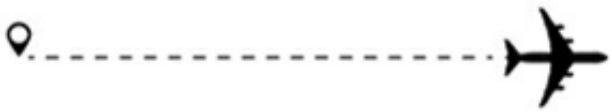
—Sobre todo a mí.

—Y eso que entonces aún no le habías robado la novia, que si te llega a pillar luego, te descerraja un tiro de verdad.

—Cierto, ¿recuerdas el día que le diste un flechazo en el ojo? Un poco más y lo dejas tuerto.

—Y a ver quién lo habría soportado luego. Con malas pulgas y tuerto. Dúchate ya o nos castigan sin cenar, ya lo verás.

Capítulo 5



En mi familia gusta mucho una etiqueta. La elegancia siempre había formado parte de nuestro día a día, pero cuando estaba Oliver por medio, ya era una exigencia. Así que tuve que vestirme de traje para bajar a cenar al salón, en espera de que me presentase a su prometida.

—Cuánta pompa—decía Emma por lo bajini mientras veíamos solo sus piernas bajando por los escalones superiores de la escalera.

—Cuánto cuento, que no es lo mismo. Yo quiero cenar ya. Y una buena copita de vino, que aquí en París está de vicio—decía mi abuela.

—Mamá, que tú no puedes beber vino—le recordó mi madre.

—Y eso quién lo dice, ¿tú?

—Lo dice el médico.

—Pero aquí no está. Y no seas chivata.

Emma apretó mi mano mientras escuchaba cómo, en broma, hacía una especie de redobles para darle más intensidad al momento. Y entonces ambos terminaron de bajar la escalera. Y a mí lo que me dio un bajón tremendo fue la tensión, a la par que la sangre se me aceleraba en las venas hasta el punto de que creí que iban a estallar. Ojalá que eso no tuviese su reflejo en mi cara o estaba perdido.

—Noah, ella es mi prometida, Valerie—pronunció mi hermano esas demoledoras palabras.

¿Su prometida? Era mi Valerie, la única mujer que me había enamorado en el mundo y por la que me quedé destrozado.

Si me llevé la sorpresa más desagradable de mi vida, a ella no le sucedió menos. No tenía ni la menor idea, lo mismo que yo. Al fin y al cabo, durante el tiempo que duró lo nuestro (apenas

unos cuantos meses), casi no le hablé de mi familia ni la metí para nada en mi mundo. Nuestros encuentros eran clandestinos, hubo mucha cama… Y cuando me pidió hacer planes de día, que nos convirtiéramos en algo más, me acojoné y metí la pata hasta el fondo. De ahí que no llegara a saber casi nada de mi entorno en Nueva York, ciudad en la que también ella vivía entonces.

—¿Noah? Como siempre le llamas Claus, creía que ese era su nombre—pronunció ella con un nudo en la garganta, sin sostenerme la mirada y dirigiéndose a mi hermano.

—Se lo decíamos de pequeño, porque siempre se lo pedía todo a Santa, es muy pidón mi hermano. Siempre lo quiso todo para él, lo suyo y lo de los demás—añadió con retintín.

Me faltaba el aire. No tuve más remedio que hacer como que no la conocía, porque noté que ella me lo suplicó con los ojos, al levantar la mirada por un segundo. Y entonces le di dos besos, momento en el que rocé su aterciopelada piel de nuevo y percibí ese olor a cítricos de su perfume que hubiera reconocido entre todos los del mundo.

A sus 30, hacía varios años que no la veía y estaba más guapa que nunca. Más mujer aún. En nuestros tiempos, aquella preciosidad rubia de escandalosos ojos azules, llevaba media melena y no tenía un estilo tan definido y glamuroso como el que demostraba aquella noche con ese vestido que eclipsó mi mirada y que dejó su sugerente espalda al aire.

—Te has quedado con cara de pasmo, primo—me comentó Emma en el momento de tomar asiento.

A mi hermano no se le pasó por alto que me quedé pasmado ni su sonrisita victoriosa no se hizo esperar. Y no porque supiese nada, sino porque debió pensar que era la impresionante belleza de su prometida la que me dejó hipnotizado.

Su melena rubia, mucho más larga que antaño, enmarcaba esa preciosidad de cara que tenía y en la que destacaban de un modo que provocaba taquicardia sus ojos azules, esos que había visto hasta en sueños desde la última vez que quedé con ella y en la que me anunció que se largaba de mi vida, que nunca la tomé en serio y que valía mucho más que para ser la chica que se metiera por las noches en mi cama, que manejase a mi antojo y que no quisiese para nada más.

—¿Y dónde os conocisteis? —le pregunté una vez que nos sentamos a cenar porque de algo había que hablar y porque debía disimular el ataque de nervios que sentía.

—En una galería de arte, ¿sabes que Valerie también es neoyorquina como nosotros? —me preguntó mi hermano presumiendo de ella.

—No tenía ni idea—carraspeé.

—Pues por su acento ya podías imaginar que del Barrio de Notre Dame no era, Noah, que tú eres bien espabilado.

—Ya, abuela, es que no me había planteado nada—le comenté.

—Pues sí, llegó hace unos meses de Nueva York y tuve la suerte de conocerla en una importante subasta que se celebró. Estuve pujando por una obra hasta que me la llevé, aunque en realidad quien me interesaba era ella.

Mi hermano estaba de un repipi que no se podía aguantar. Y a mí la cena se me atragantaría a ese paso.

—Así que eres de Nueva York—le comenté carraspeando.

—Sí, así es.

—¿Y por qué círculos te movías allí? Igual hemos coincidido en alguno.

—No creo, ella es muy distinta a ti, créeme—me contestó con desdén mi hermano.

—Eso es evidente, estaría monísimo mi nieto Noah con esa melena y con los zapatos de tacón de esta chica—sugirió la abuela—. Aunque con la carita tan bonita que tiene, a él le sienta todo bien.

El gesto de contrariedad de mi hermano era evidente. Entonces cogió a su prometida de la mano y, para equilibrar la situación, trató de acaparar su atención durante toda la cena. Valerie era su prometida, de auténticos locos.

En alguna ocasión me habló de que las casas de subastas de París eran una verdadera tentación para alguien como ella, si bien jamás me dio por pensar que tuviera verdadera intención de terminar en una de ellas. Se veía que durante el tiempo en el que dejamos que vernos, no solo aumentó su ya de por sí imponente belleza, sino que también lo hicieron sus miras profesionales, llegando a lo más alto.

Capítulo 6



Llegué a la cocina a pedir algo para el ardor de estómago tras la cena. Me dieron unas pastillas y salí a tomármelas al jardín.

—No me jodas que te las vas a tomar con un whisky—me comentó ella, quien apareció de improviso.

—Será mejor que a palo seco, ¿no te parece?

—Me parece que eso será una bomba para tu estómago. Eso es lo que me parece.

—Y a mí me parece que estás a punto de cometer la mayor locura del mundo, ¿de verdad no tenías ni idea de que Oliver es mi hermano?

—Casi me desmayo cuando me he dado cuenta. Suerte que me tenía cogida del brazo.

—Es muy gentil él.

—Y que lo digas, todo un caballero. No se parece a ti.

—No me jodas, Valerie, por favor.

—¿Qué es lo que te tiene así? Yo también estoy sorprendida.

—Pues yo estoy sorprendido y jodido. En su día me dijiste que pasabas de mi culo porque no te merecía, ¿y Oliver sí? Debes estar trastornada si piensas que mi hermano te dará lo que no te di yo.

—El trastornado eres tú, ¿sabes lo principal que me ha dado él? Confianza en una relación, ¿y tú qué me diste? ¡¡Cuernos y más cuernos!!

—No es verdad. No me acosté con ninguna mientras lo estuve haciendo contigo.

—Puede que sea hasta verdad, ¿y qué? Los ojos se te iban hasta detrás de una escoba con faldas siempre que nos íbamos de fiesta. Y luego desaparecías durante días sin dar señales de vida.

—Soy piloto, ¿sabes? No me largaba con ninguna mujer, me iba a trabajar.

—Ni siquiera eso me contaste. Decías tener una vida acomodada, con tu gran ático y dinero como para no tener que preocuparte de nada. Te tomé por un vividor.

—Ya, por un heredero a secas, por uno de esos tipos que hacen de salir de fiesta su profesión. Pues no, yo amo volar.

—Primera noticia que tengo de que puedas amar nada.

—Estás muy dolida conmigo. Eso significa que te importo.

—Me importas un pimiento, eso es lo que me importas. Me dejaste muy claro que no era tu prioridad.

—Y también quise recuperarte cuando te marchaste, cuando tomé conciencia de que te amaba.

—No me jodas, no sabes lo que dices. No me hiciste sentir especial en ningún sentido.

—Pues lo lamento de corazón, porque lo eras. Has sido la única mujer especial de mi vida.

—No se te ocurra seguir por ese camino. Ahora soy la prometida de tu hermano. Él sí que me ha valorado desde el primer día, ¿sabes?

—No me jodas. Oliver solo vive para ganar más pasta cada día. Yo vuelo por pasión, él cierra negocios por ambición.

—¿Y qué? No es malo ser ambicioso. Tu hermano sabe lo que quiere, no como tú, y también sabe cómo conseguirlo. A la vista está que se las ha ingeniado para conquistarme y para lograr que me quede a su lado.

—¿Le amas?

—¿Qué clase de pregunta es esa? No te atrevas a volver a formularla. Vamos a hacer como que nada de esto ha sucedido. Es más, por supuesto que nadie sabrá nunca que tú y yo tuvimos algo, aunque en realidad no supuso nada.

—No supondría nada para ti, para mí fue muy importante.

—Vaya, ahora te saldrá la vena sensible de golpe. Hay que joderse.

—Por favor, no te burles de mí. Me importa que conozcas la verdad.

—¿Y crees que me lo voy a tragar? Por alguna razón que desconozco, tu hermano no te tiene en ninguna estima. Aunque ahora que lo pienso, es normal, seguro que le defraudaste como a mí.

—No me digas eso, no es cierto.

—Claro que no, a saber. Podría enterarme esta misma noche, pero no voy a perder el tiempo escarbando en el interior de mi prometido. Tengo cosas mejores que hacer con él.

—No las insinúes, por favor.

—¿Y eso por qué? Yo no soy nada tuyo.

—Pero me duelen igualmente.

—Esta nueva versión sensible de Noah no te pega nada. Al menos, en favor de ese otro Noah que me jodió la vida, tengo que decir que nunca me prometió nada, que se veía a las claras que iba a lo que iba.

Escuchamos pasos en ese momento y apareció Oliver.
—¿Pasa algo, Valerie?

—Nada en absoluto. Solo estaba intercambiando impresiones con tu hermano, pero ya iba a entrar porque está refrescando.

—Sí y eso que mi hermano cuenta con una habilidad especial para calentar el ambiente—soltó con sorna.

Él también la tenía. De hecho, me hirvió la sangre en el momento en el que se la llevó por la cintura.

Me quedé allí, inmóvil. Hubiera dado la vida en ese momento por un cigarrillo. Tenía el mechero encima, como siempre. Lo saqué de mi bolsillo y comencé a encenderlo y apagarlo.

Tiempo atrás, fumé durante un año. Fue el año después de la marcha de Valerie, cuando le perdí el rastro porque no quiso saber nada de mí. En ese tiempo, ella seguía viviendo en Nueva York, pero dejó de frecuentar los sititos a los que íbamos y me dejó bien claro que no debía volver a buscarla nunca, que me había hecho la cruz para siempre.

Lo pasé fatal durante una temporada y fue Bruce quien me convenció para dejar el tabaco. No

obstante, el mechero siempre iba conmigo.

Emma salió con un pitillo en la boca y para mí fue como ver aparecer a Dios. De inmediato, se lo quité y me lo llevé a los labios.

—¡¡Quieto parado!! No sé qué te está pasando—se lo llevó de nuevo a sus labios.

—¿Tú puedes fumar y yo no? Eres una renacuaja a mi lado, siempre lo has sido.

—¿Y qué? Fumo porque me gusta. En tu caso, solo quieres coger el cigarrillo cuando estás hecho mierda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque recuerdo muy bien que fumabas cuando estabas fatal y no soltabas prenda del porqué, ¿y ahora qué te pasa? ¿Tanto te jode tener que asistir a la boda de Oliver? Es un petardo, pero hazlo por tus padres.

—De que no me lleve bien con Oliver tengo la culpa y lo sabes, pero lo que me jode de verdad es que se case con Valerie.

—¿Con su prometida? Y ¿con quién se iba a casar si no? ¿Conmigo? Joder, solo de pensarlo me ha dado tela de grima.

—¿Recuerdas ese tiempo en el que estuve hecho mierda, como tú dices?

—Perfectamente. Estabas apagado y no eras tú.

—Fue por Valerie, tuve algo con ella en Nueva York y me enamoré hasta las trancas. Idiota de mí no supe apreciarlo y cuando vine a reaccionar ya era tarde.

—Espera, ¿esta misma Valerie? ¿La que se casa con tu hermano en menos de dos semanas aquí en París?

—La misma, no va a ser un clon.

—¡¡No me jodas!!

—El jodido soy yo…

—Pero bueno, ¿y tu hermano lo sabe?

—No tiene ni puta idea y así debe seguir siendo. Ya le fallé a Valerie una vez y ella quiere

que él no se entere de nada.

—¿Cuántas posibilidades había de que esto sucediera? ¿Cuántos millones de personas hay en el mundo? A mí no te me acerques mucho, primo, que me estoy dando cuenta del mal fario que tienes. Y como eso sea contagioso, voy de culo y cuesta abajo.

—Yo sí que voy de culo. Este es el último sitio en el mundo en el que quiero estar y ella la última mujer a la que querría ver casándose con Oliver.

—Tú sigues coladísimo por ella, so pendejo.

—No te lo imaginas. Creí que no volvería a verla o que pasarían los suficientes años para que se me olvidase, pero va a ser que no.

—¡¡Maldita sea!! Vaya putada…

—No lo sabes bien. Y ahora estoy aquí, atrapado, ¿te imaginas lo que supone para mí?

—Una jodida tortura, como cantaría Shakira, eso es.

—Exacto.

—Pues ni tú eres Shakira ni puedes quedarte con una cosa tan mala dentro como la que a ella le ha dejado ese futbolista, el tal Piqué.

—Yo la tengo peor, porque en mi caso fui quien fallé. Y nunca pensé que pudiera pagarlo así. Pese a que no estuviese conmigo, le deseaba lo mejor. Siempre que me acuesto con alguien, la veo en la cara de la otra persona. Pero, dentro de que eso es así, me la imaginaba en brazos de alguien que la quisiera, no en los de mi hermano.

—Igual la quiere, Oliver parece muy ilusionado con la boda.

—Por favor, Emma, que estamos hablando de Oliver.

—Ya, y que tu hermano no quiere a nadie, ¿verdad? —resopló.

—No, sé que le hice la puñeta en su momento, pero Oliver no es ningún santo y lo sabes.

—Bueno, no te hagas mala sangre. En realidad, me estás dando pena. Toma, pero si me prometes que solo será una calada.

—Una detrás de otra, querrás decir…

El cigarrillo lo tenía casi entero todavía y corrí con él a subirme a lo alto de un árbol. Ella no daba crédito.

—Serás mamón, sabes que le tengo fobia a las alturas.

—Y justo por eso lo he hecho. Lo necesito.

No era lengua la de mi primita, que me dijo de todo menos bonito. Tenía toda la razón, abusé de su confianza y allí estaba, con más frío que en el suelo de un iglú, en lo alto de un árbol y durante una noche parisina en la que las temperaturas se vinieron abajo.

Ciertamente, me sentía fatal. Hubiera querido volver a ser el niño que trepaba a la copa de los árboles muchos años atrás, cuando hacía una trastada y mi madre me perseguía.

—¿A que subo como hizo tu madre aquel día? —me preguntó como leyéndome el pensamiento.

—¿Te acuerdas? Qué flipe… Menudo coscorrón me dio, pero tuvo el valor de subir a por mí.

—Sí, fue en unas Navidades, mi padre y yo estábamos en vuestra casa. Parecía Terminator mi tía, daba miedo, sí. Pero es que tú siempre la ponías en la punta de la picota.

—Debe ser mi especialidad, sacar de quicio a la gente que quiero.

—También eres adorable, la verdad. Mi primo favorito, de hecho.

—Porque te va la marcha como a mí.

—Y como a la abuela, que te adora.

—Chitón a la abuela de lo que te he contado, ¿vale? Que ya sabes que esa mujer se toma una copita y se le suelta la lengua.

—Ya te digo que sí. Y capaz es de que tengan que cancelar la boda. Oye, ¿no te convendría que hablase?

—Ojalá, pero no puedo defraudar así a Valerie.

—¿Y vas a dejar que se case con tu hermano?

—Es la idea que más me repugna en el mundo.

—Es que tú podrías quererla mucho más, ¿quieres que hable con ella?

—Ni de coña. Ahora mismo me tiene tanta inquina que si supiera que te lo he contado adelantaría la boda. Su genio es tremendo, no creas. Fue una de las cosas que me enamoró de ella.

—Me pinchan y no me sacan una jodida gota de sangre: mi primo Noah enamorado. Eso sí que es una novedad.

—Enamorado y jodido.

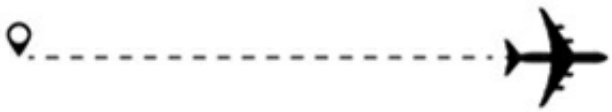
—Y aterido de frío también. Igual que yo. Termínate el cigarro y vámonos dentro o cogeremos un par de pulmonías.

—No creas, mi hermano me ha puesto bien calentito.

—La verdad es que si Oliver lo supiera, estaría la mar de a gusto.

—Pues sí, al menos esa satisfacción no se la llevará.

Capítulo 7



Mi madre se dio cuenta a la primera de que no planché la oreja en toda la noche.

—Sírvete un buen vaso de zumo de naranja natural, hijo, qué mala cara traes, ¿no has podido dormir? —me preguntó cuando me senté el último en la mesa para desayunar.

De buena gana me habría hecho el remolón como cuando era un niño de lo más travieso y me inventaba todo tipo de excusas para no ir al colegio. Si por algo me puse en pie fue por volver a ver a Valerie, para comprobar que realmente era realidad y no el fruto de una pesadilla tremenda en la que la veía como la prometida de mi hermano mayor.

—No he dormido demasiado bien, mamá, es cierto.

—¿No será que te fuiste de juerga anoche? —me preguntó mi hermano con sorna.

—No tendrá valor sin llevarse a su chica favorita, o sea, a mí—le respondió mi abuela.

La miré con muchísimo amor y ese gesto fue valorado por Valerie. Creí entender que le hacía gracia que me mostrase así de cariñoso con la adorable anciana.

Me lo confirmó un rato después, cuando me la encontré en el vestíbulo. Esperaba a mi hermano para salir hacia la ciudad, en cuyo extrarradio se encontraba el castillo.

—Me llama la atención ver la pasión que siente tu abuela por ti. Es evidente que tu labia nos engaña a todas—me dijo junto con una sonrisa, algo más relajada que la noche anterior.

—No se trata de ningún engaño. Mi abuela me adora desde niño porque soy adorable.

—Eres lo peor con las mujeres, Noah. Claro que, como tu abuela que es, eso no le afecta. Las mujeres de tu familia deben ser las únicas que estén a salvo de que les tires fichas.

—Si hubieras vuelto conmigo, habrías comprobado que ya no tendría ojos más que para ti.

—Si hubiera vuelto contigo, seguro que no tendrías ojos porque te los habría sacado.

—Tampoco hace falta que te pongas tan violenta.

—Pues esfúmate, que va a llegar Oliver y no quiero que piense que le oculto nada.

—¿De verdad te casarás con él sin contárselo? Eso me asombra. No eres la misma Valerie.

—¿Y tú me lo reprochas? Me enseñaste muchas cosas, Noah.

—¿A mentir? ¿Soy ahora Pinocho?

—No, eres mucho peor que Pinocho. Eres un enredante y un "todas mías", las querías todas para ti.

—No, a todas no…

—No, solo a las que tu gustaban. Que te largues ya—me pidió haciéndome el gesto con la manita al escuchar que alguien bajaba por las escaleras.

Me puse en la puerta a fumar. Le había quitado el paquete de tabaco a mi prima, quien no tardaría en llegar embistiendo cuando se diera cuenta. Encendía el cigarrillo cuando mi hermano salía con ella. La llevaba cogida por la cintura y me sonrió.

—¿Qué pasa, Noah? ¿Te aburres? ¿No tienes a nadie a quien ir a joderle la vida?

—Pues ahora mismo no se me ocurre, quizás cuando pase un rato y me dé el sol en la nuca me venga la inspiración.

—Seguro que sí. Tú quédate ahí, que algo te llegará.

—No creas, en las Seychelles me estaría dando el sol a tutiplén, pero aquí está complicado.

—¿Tienes algo en contra de París? Porque eso sería para darte de palos. Estamos en la mejor ciudad del mundo. Y en la más romántica—añadió tras una pequeña pausa y luego besó los labios de Valerie.

Me llevaron los demonios, aunque nada podía decir, obviamente.

—Venga, coged por la sombrita.

—Tú también, campeón. No sea que se te derrita el cerebro de pensar en pamplinas.

Me reventaba su actitud. No quería entrar al trapo porque si me marchaba, mis padres no me lo perdonarían. De eso se estaba aprovechando mi hermano para increparme a cada momento.

Se fueron haciéndose carantoñas y me quedé rojo de la ira.

—¡Te pillé! —exclamó entonces mi prima, quitándome el paquete.

—Déjamelo, por favor, lo necesito.

—De eso nada, que es mío y trato de impedir que vuelvas a meterte en el vicio. Encima que miro por ti en todo momento…

—Si lo sé, Emma. Pero es que fumo o le reviento la cara a mi hermano.

—Joder, pues fuma, fuma… Que tengo más en mi dormitorio. Para ti enterito, ¿tan jodido estás?

—Lo suficiente como para decirte que pienso boicotear esta boda.

—¡¡Boicot a la boda!! Me parece sensacional… ¡¡Ya era hora de que reaccionaras!!

—¿Qué es lo que he escuchado? La abuela tenía un par de sonotones que eran como dos antenas repetidoras y nos escuchó desde la puerta, a la que se asomó.

—Que van a servir un entrecot en la boda que hará que te chupes los dedos, abuela.

—Yo preferiría llevarme puesto a un camarero, pero qué se le va a hacer, Emma.

—Abuela, no cambies nunca, te lo pido por favor.

—Ni cuando palme, lo tengo claro. No quiero que celebréis un funeral, sino una fiesta en mi honor. Y que os pongáis púos de todo.

Las mujeres de mi familia eran de armas tomar. Mi madre se nos unió al escuchar la algarabía.

—Qué contenta estoy de que ya hayas llegado, hijo—me dio un beso en la cara y me cogió del brazo—. A ver cuándo me das la sorpresa y te buscas también una novia como Valerie.

Miré a mi prima y ella comenzó a silbar, dirigiéndose a mi abuela.

—Te voy a apartar la silla de la puerta, que hace un frío que pela y no sea que caigas mala.

—¿Frío? Yo estoy ardiendo como una estufa de leña con el ron que me acabo de meter entre

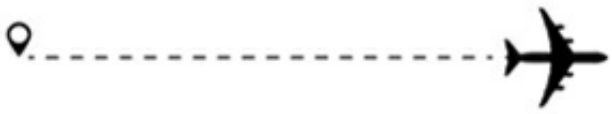
pecho y espalda.

—Mamá, ¿cómo se te ha ocurrido?

—Hija, pues al ver la botella. Tampoco hay que tener una imaginación prodigiosa para eso.

Así era mi familia. Y en ella quería ingresar Valerie. Yo pondría todo mi esfuerzo para lograr que así fuese, pero no para casarse con Oliver precisamente.

Capítulo 8



Llevaba años queriendo volver a coincidir con ella. Dicen los entendidos que hay que tener cuidado en cómo se le piden las cosas al universo, pues lo suyo es pedirlas con todos sus matices, puesto que si no te las puede mandar como le venga en gana al cachondo de él.

A mí me había vuelto a poner a Valerie en el camino, pero en la última posición en la que la hubiera podido visualizar: como mi futura cuñada.

Esa tarde, mi hermano y mi padre estaban enfrascados en una conversación de negocios en la que arrastraron también a Emma. Se trataba de un tema de una hidroeléctrica en la que Oliver trataba de meter las narices.

—Esto lo podríamos hablar en otro momento, creo—decía mi prima.

—Quizás tenga razón tu prima, hijo. Al fin y al cabo, estos días previos a tu boda son para pasarlos en familia.

—Papá, tú me enseñaste que los trenes en los negocios no pasan dos veces. Podría concertar una reunión para dentro de una hora. Los directivos estarían dispuestos a recibirnos.

—¿A recibirnos ahora? Yo paso—le miró Emma horrorizada.

—Eso no lo decides tú—le recordó Oliver con soberbia que estaba por encima de ella en el escalafón de la empresa.

—En realidad, lo decido yo—le contestó mi padre, para demostrarle que, en todo caso, la decisión la tomaba él.

No solía cortarle el punto a mi hermano, la verdad. Rara vez lo hizo mi padre, pero el tono que utilizó con Emma no le gustó y le puso en su sitio.

—Vale, o sea, que queréis que pasemos del tema. Pues nada, papá, se ve que lo que me

enseñaste en su día ya no sirve para nada. Ahora hay que darle la espalda a las oportunidades.

—Tío Marc, no lo hagas por mí. Si crees que debemos ir, ya me estoy vistiendo.

—En realidad, puede ser un gran negocio, Emma.

—Menos mal—dejó caer Oliver.

—Pero solo iremos si estamos los tres de acuerdo—recalcó mi padre.

—Sí, sí, de acuerdo—dijo mi prima yendo a vestirse. Era la más divertida, pero también una gran profesional.

Una vez que se marcharon, mi madre cayó en que la abuela estaba somnolienta.

—Mamá, dime por favor que no te has bebido nada más.

—Qué va. Si me habéis puesto todas las botellas por alto. Tendré que sobornar a alguien del servicio para que me las baje.

—Ni se te ocurra hacer eso, ¿me oyes?

—Hija, qué tiquismiquis te pones. Es que no me dejas ni disfrutar y estoy en la flor de la vida. ¿Por qué no me echas el tinte? Que me estoy viendo unas canitas asomar y no me pegan nada.

—Venga, de acuerdo, vamos.

Era una de las particularidades de mi abuela. Pese a que la mía era una familia muy adinerada, le gustaba que de su pelo se ocupase su hija.

—Mamá, ¿os vais?

—Sí, por favor. Quédate con tu cuñada y entretenla, que no se diga que somos unos maleducados.

—¿Maleducados nosotros? Si en esta casa hay un protocolo para todo que no veas, hija.

—Mamá, ¿por qué dices eso?

—Mira esta, porque quise contratar un profesor que me enseñase a perrear y dijisteis que no era lo adecuado, ¿eso a santo de qué vino? La única que me apoyó fue mi nieta Emma.

—Y yo porque no me enteré, abuela, que si no…

—Eso es verdad, tú también lo habrías hecho. Te mueres por darme un gusto, Noah—me tiró un beso.

Se marcharon y ella se reía.

—¿Qué pasa?

—Que nunca creí que esa dama tan hermosa te hubiese robado el corazón. Es más…

—Ahora es cuando haces el chistecito de que no tengo corazón, te lo puedes ahorrar—la interrumpí.

—Con sentido del humor y adivino. Hay que reconocer que tienes tus valores, aunque te metas en todas las bragas.

—Que no me meto en todas las bragas…

—En las que te dejan. Habrá que verte de piloto, eso ni me lo imaginaba.

—Ya, creías que eras un zángano, más o menos.

—Hasta se me llegó a pasar por la cabeza que fueras gigoló, fíjate.

—Joder, ni que te hubiera cobrado.

—Me llegas a tratar de cobrar y mueres. Pero no sabía cómo podías vivir tan bien y cuando te largabas unos días te imaginaba por ahí, hasta seduciendo a mujeres mayores, como en la serie "Engaño".

—¿De qué demonios me hablas?

—De una serie italiana en la que un tipo irresistible y joven seduce a una encantadora señora mayor.

—Joder, en lo único que me siento identificado con ese tipo es en lo de irresistible y joven, en lo demás te has colado.

—Tú sí que te has colado por toda la cara en mi boda. Nunca lo habría podido imaginar.

—Te recuerdo que soy el hermano del novio, que soy un Vanderbit de pleno derecho como él —me referí a nuestro apellido.

—Ya, ya, ¿y se puede saber por qué te tiene entre ceja y ceja? Porque a mí no me lo ha

querido contar.

—Es un tema antiguo y un tanto delicado.

—Déjame adivinar: tiene que ver con alguna mujer.

—Y luego dices que el adivino soy yo. Tiene narices la cosa.

—Venga, suéltalo. Me ayudará a conocerte mejor.

—¿Sabes lo que ocurre? Que al contártelo me tiraré piedras sobre mi tejado, porque vas a pensar mal de mí.

—¿Todavía peor? ¿De veras es posible?

—Pues también es verdad, me tiro a la piscina.

—Congeladita tiene que estar.

—Igual que tu corazón cuando se trata de mí.

—Entonces está congelado y con un candado de siete llaves.

—Las cuales iré encontrando una a una para abrirlo.

—Si se te ocurre volver siquiera a sugerirlo, mueres.

—En cierto modo, estoy muerto desde que te marchaste. No tengo nada que perder.

—No me seas dramático. Seguro que te lo pasas fatal, ¿dónde sueles volar?

—A Punta Cana.

—¡¡Toma ya!! Las juergas que te debes montar allí.

—Todas porque no te tengo a mi lado y, además, que tampoco son para tanto.

—Claro que no, seguro que estás rompiendo corazones a tutiplén.

—El único corazón roto que conozco es el mío y la razón solo tiene que ver contigo.

—Hay que reconocer que labia tienes para dar y regalar. Tendrías que haber sido político. Le quitarías el puesto a Trump.

—No, que yo adoro mis orejas.

—Qué idiota eres. Ese es el problema: solo te adoras a ti mismo.

—No creas, ya no. Desde que pasaste por mi vida, no. Y mi hermano no lo hará mejor contigo, eso te lo puedo asegurar.

—¿Estás picado con él porque no te traga? ¿Por eso quieres hacerme creer que me querrías mejor? Vaya intento patético. Eres el último hombre en el mundo en el que me fijaría.

—Joder, qué suerte la mía, con todos los que hay.

—Suelta ya lo que te pasó con Oliver.

—Me acosté con su primera novia de juventud—le confesé y me cruzó la cara.

—¡¡Me has pegado!!

—Y más fuerte tendría que haberte dado, ¿te has escuchado?

—Sí, porque lo he dicho antes de que me dieras el gran bofetón del siglo. Ahora creo que me has dejado sordo.

—Ciego deberías quedarte para no fijarte en las mujeres de los demás.

—Oliver se ha fijado en la mía y a él no le pegas.

—¿Yo soy tu mujer? Encima te has tirado a la bebida. Normal, sería lo único que te faltara por tirarte.

—Ay, Dios… De verdad, qué empeño el tuyo en echarme la culpa de todo.

—¡¡Que te acostaste con la novia de tu hermano!!

—Que éramos unos críos. Ahora no lo haría, de verdad.

—¿Ah, no? ¿Me desnudo y lo comprobamos?

—Vale, vale, que sí que lo haría, pero solo porque eres tú.

—¡¡Toma otra!! —me dio una segunda sonora bofetada.

—Y encima en el mismo oído, ahora sí que me has reventado el tímpano.

—¿Sí? Pues te lo igualo en el otro. Ahí van dos más.

—No me lo puedo creer. Me la tenías guardada desde entonces.

—¿Las ganas de golpearte más que a una alfombra? Por supuesto que sí, pero es que me lo has puesto a huevo.

—En el fondo ha sido porque te has puesto celosa. Niégalo si eres capaz.

—¡¡Por supuesto que lo niego!! Ten valor de repetirlo.

—No, no lo tengo que, como me pegues más, tendré que decir que me he despeñado por un barranco.

—A nadie le extrañaría, porque eres un cabra loca.

—¿Un cabra loca yo? ¡¡Que no!! —me puse a balar y hasta bizco. No tuvo más remedio que reírse.

—Eres más tonto, pero tonto de nacimiento, ¿eh?

—No, por lo visto nací normal. Fue un golpe que me di en la pila bautismal, seguramente por culpa de Oliver.

—Eso, échale más mierda encima al pobre de tu hermano.

—Mi hermano no es un santo tampoco, que se las trae, Valerie. Y no te hace reír como yo.

—Es que no necesito a mi lado a un payaso, sino a un hombre. Y eso no puedes negar que lo es.

—Pito tiene. Seguro que se lo has visto de sobra. No sabes lo malo que me pongo cuando te imagino con él.

—De verdad que no sé qué quieres de mí.

—Que te fugues conmigo a las Seychelles. Y si, una vez que estés allí, sigues pensando en boda, que entonces te cases conmigo.

—Estás mucho más loco de lo que hubiese podido imaginar, de veras te lo digo.

—Me quedé totalmente loco cuando te fuiste, Valerie. Si hasta empecé a fumar a saco.

—¿Y me lo dices con ese aliento a tabaco? ¿No te da vergüenza no haberlo dejado después? Eres un vicioso.

—Llevaba tela de tiempo sin hacerlo. Hasta que ayer te vi de nuevo y tuve que coger el paquete.

—Menos mal que lo has dicho tú, que si lo llego a decir yo, habría sonado fatal.

—Menos mal que haces una bromita después de haber sacado a pasear la mano, ¿dónde aprendiste a repartir así? Das hostias como panes.

—Tú te agarraste al paquete de tabaco y yo me apunté en boxeo para soltar lo mucho que tenía encima. Y lo solté.

—Algo te quedaba para mí, me lo acabas de demostrar.

—Pues te jodes. Poco has cobrado, si te llego a atrincar en aquel entonces, te la cargas.

—Si te llego a volver a atrincar en aquel entonces, no te habría dejado escapar.

—Tienes muchos pajaritos en la cabeza tú. Para eso tienen que querer dos, y yo a ti lo único que quería era perderte de vista y para siempre.

—Seguro que no es verdad, ¿qué sentiste ayer cuando volviste a verme?

—Ganas de darte un derechazo y partirte la nariz.

—Pues la nariz la he salvado, pero en ambos oídos siento palpitaciones, ¿tú crees que eso es normal?

—Después de las cuatro hostias, dos por cada lado, créeme que es de lo más normal.

—Pregunto si es normal que sigamos así a estas alturas, ya pasó, ¿no?

—A mí no se me va a pasar nunca. En cuanto a ti, espero que te lo pasases muy bien, porque pagaste una alta factura.

—De verdad que sabía que valías mucho, pero ahora que te he reencontrado veo que me quedé corto.

—La que se ha quedado corta dándote he sido yo, ¿me oyes?

—Te oigo de milagro, bajito, bajito… es por las palpitaciones.

—Qué tonto eres. Mejor, así no escuchas que, pese a todo, me alegro de haberte visto de nuevo. Creo que ya me importa un pito, como ahora me voy a casar…

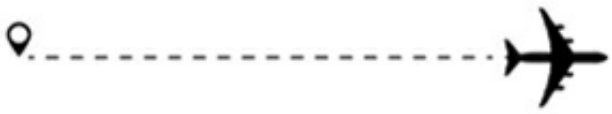
—Pues menos mal que no te importa, que si te llega a importar, me das una paliza que me tienen que reconocer por el historial dental, bonita.

—Pues te has librado por los pelos, eres un tío con suerte.

—Lo seré cuando te recupere.

—Al final, cobrarás en serio.

Capítulo 9



Mi hermano, mi padre y Emma volvieron a la hora de la cena. Oliver venía de lo más animado y orgulloso, se pavoneaba como un pavo real.

—Papá, ¿lo ves? Te dije que sería una gran oportunidad y que por eso debíamos ir.

—No lo puse en duda, hijo. Has heredado mi olfato para los negocios.

—Pero aún con más ambición que tu padre, Oliver. Te recuerdo que estamos aquí todos juntos para celebrar tu inminente boda con Valerie, que tenemos proyectados distintos eventos y celebraciones y que, sobre todo, estos días son para pasarlos en familia. No quisiera que tu novia pensase que hemos volado de antemano por negocios.

Mi madre, aunque muy dicharachera y abierta, siempre se caracterizó por tener los pies en el suelo. Y la actitud de mi hermano de estar tan volcado en los temas profesionales también en esos días no fue plato de su gusto.

—Por mí no te preocupes en absoluto, Roxanne. Sé muy bien que para Oliver los negocios son importantes y el reconocimiento de su éxito también. No aspiro a cambiar eso. Le conocí así y lo asumí. La gente no cambia—sentenció mientras me miró.

Me cayó como un jarro de agua fría, pero me llevaría mi tiempo convencerla de lo contrario. El problema es que aquello de boicotear la boda se convertiría en una carrera contrarreloj, aunque no pensaba desaprovechar ningún momento para dar pasos en dirección a ella.

—Pues mamá, ahora es cuando me la lías—murmuró Oliver.

—Por algo será cuando ya lo estás barruntando, hijo.

—Es que esta que nos ha salido es una gran oportunidad y lo único que tendríamos que hacer para amarrarla es volar a Bruselas un par de días.

—Buff—resopló Emma, a quien la idea le sentó como una patada en los ovarios.

—¿Es necesario, Marc? —le preguntó mi madre, a sabiendas de que mi padre le daría el más objetivo de los puntos de vista.

—Lo cierto, Roxanne, es que Oliver tiene razón. Tampoco me gusta que haya sucedido ahora, pero es algo que no deberíamos dejar escapar.

—Pero Marc, mañana teníamos planeada una cena importante, la primera de las celebraciones previas a la boda.

—¿Y no podría esperar un par de días, Roxanne? No te lo pediría si no fuese importante.

—Yo voto por hacerlo así—levantó la primera la mano Valerie, apoyando a su novio.

—¿Ves por lo que te quiero? —la tomó él por la cintura y la besó. No podía verlo, me daban náuseas cada vez que sucedía.

—Yo también te quiero, Oliver—le contestó ella.

Y yo iba a necesitar algo fuerte para el dolor de estómago que estaba sintiendo.

—Pues nada, mañana a volar—hizo el gestito Emma, como si fuera una avioneta, totalmente resignada.

—No, no es necesario que nos acompañes. Puedes quedarte aquí y disfrutar de la compañía de los demás—le contestó Oliver muy condescendiente.

—¿De veras? ¿Es así, tío Marc? Que no quiero cagarla y verme con un pie fuera de la empresa.

—Tu primo tiene toda la razón. No te necesitamos en Bruselas. Quédate, de verdad.

—Pues nada, haré un esfuercito y me quedaré—le respondió de lo más salada y echando mano de una botella de vino de la que nos sirvió a los demás.

—¿Por qué brindamos? —le preguntó mi madre.

—Por la salud, por el dinero y por el amor—le contestó ella mirándome fijamente en esa última parte.

Mi prima estaba de mi lado. Siempre lo había estado y siempre lo estaría. En ella encontraría a una gran aliada para recuperar a Valerie, que era en lo que centraría todos mis esfuerzos de esos

días.

Me sentía francamente bien, tener dos días por delante sin Oliver de por medio me situaba en una situación de ventaja.

Un rato después, tras la cena, los demás se marcharon a descansar (y algunos quizás a otras cosas en las que prefería no pensar) y Emma salió a buscarme al jardín. Yo tenía un cigarrillo encendido en la mano, que me fumaba mientras pensaba.

—No hace falta que corras a la copa de un árbol. No eres una ardilla, por mucho que tengas cola.

—Cola tengo, de momento.

—Ya, si no te la arrancan, lo sé.

—Tengo que recuperarla, Emma.

—Y lo harás. No hay nadie más tozudo en el mundo que tú. Eso es lo que le revienta a tu hermano Oliver, que siempre has tomado tus propias decisiones, sin quedarte bajo el ala de tus padres.

—Bueno, igualmente me lo pusieron fácil. Nos dieron tela de pasta a mi hermano y a mí, me pagaron el mejor título de piloto y sabía que tendría trabajo en la aerolínea en cuanto terminase.

—Visto así, ni los príncipes tienen tan asegurado el fututo—me dijo con sorna.

—¿Y sabes qué? Que lo cambiaría todo por volver a tener a Valerie.

—No cambies nada porque la vas a tener igual. Esa chica es para ti.

—Ojalá seas un poco brujilla.

—Y lo soy. En cierto modo es una cuestión de hechicería, pero el hechizo lo harás tú. Veo cómo te mira.

—Con ganas de darme de palos, sí. Esos todavía no los he recibido por su parte, pero las bofetadas, de dos en dos.

—¿Te ha zurrado?

—Y de lo lindo. La cara me la ha puesto como un mapa. Pero me da igual.

—Si en el fondo está bien…

—Sí, creo que se me mueve una muela, pero hasta me ha puesto.

—Eres mortal, primo. Lo digo porque si descarga su ira de una vez, luego le irá saliendo poco a poco esa parte enamorada que lleva dentro.

—¿De verdad crees que sigue sintiendo eso por mí? Se la ve muy dolida. Nunca hubiese imaginado que tanto. Ojalá lo hubiese visto antes.

—No es hora de lamentarse y tú de víctima no tienes nada, ¿qué has pensado para mañana? Tienes 48 horas a solas con ella para hacer que los cimientos de su relación con Oliver se tambaleen.

—A solas con ella es mucho decir, qué más quisiera. Te recuerdo que aquí también están mi madre y la abuela. Y esa última hace por dos.

—A las que entretendré todo lo que pueda, me encargaré de ellas mientras que tú te encargas de la novia. Vamos, de la novia de la boda que no se celebrará.

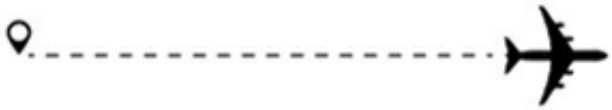
—¿Qué haría yo sin ti, prima?

—Pues seguir golfeando, como siempre. Que en eso tiene razón, Valerie. Y a ver si dejas de fumar de una puñetera vez.

—¿Y tú?

—Yo lo hago por puro placer, te lo he dicho muchas veces, así que pasa de mí.

Capítulo 10



Se marchaban tras el desayuno. Mi padre estaba presumiendo del ojo de mi hermano con los negocios, una vez más. Y a mi madre eso, dadas las circunstancias, la irritaba un poco.

—Mamá, ¿recuerdas cómo era Noah de niño? Cuando hacía una trastada e iba a buscarte a tu dormitorio para que te pusieras de su lado—recordó de repente al mirarme y lo comentó con tono nostálgico, preguntándole a la abuela.

—Ese granujilla sabía que me tenía ganada en cuanto cruzaba el umbral de la puerta. Daba igual lo que hubiese hecho, ya tenía abogada defensora conmigo. Y arañaba a quien quisiera decirle algo al niño.

—Así ha salido—dijo Oliver apretando los dientes a continuación.

Hicimos como que no le habíamos escuchado y mi abuela prosiguió. En el fondo, sabía que mi hermano se estaba regodeando esos días y no lo soportaba.

—La verdad es que no he conocido un crío con más desparpajo en los días de mi vida. Y eso que tengo muchos años. No peino canas, pero los años los tengo.

—Mamá, no peinas canas porque te doy el tinte, que si no…

—Hija, no seas pincha globos, que esas cosas no se dicen de una dama que está en la flor de la vida.

—Y entonces en qué quedamos, mamá, ¿tienes un porrón de años o no?

—Menos que tú, lista—le soltó a su hija y nos hizo reír a todos.

—Apenas me has enseñado fotos familiares de tus hijos, Roxanne—le comentó Valerie.

—Es verdad, no nos ha cundido tanto el tiempo. Tengo muchas escaneadas en el móvil, luego

podemos verlas, si te apetece.

—Menudo planazo le estás proponiendo a la chiquilla, Roxanne. Dile mejor que nos la llevaremos de compras y que luego nos iremos a bailar por ahí, después de la cena.

—¿Después de la cena? ¿Cuántas horas vais a ir de compras, abuela?

—Tú te callas, Oliver. Las que sean, unas chicas como nosotros nunca tienen demasiada ropa, ¿no es así, Emma? —miró a mi prima.

—Nunca abuela, nunca.

—Mamá, anda que estás tú como para una juerga nocturna.

—Roxanne no me cabrees, que me corro una juerga de esas flamenca de tres días con tres noches.

—¿Qué tipo de juerga es esa, Victoria? —le preguntó Valerie.

—Unas que vi en España hace años, cuando estuve de vacaciones con mi difunto marido. Que no murió por eso, no me mires mal. Eso sí, nos íbamos a los tablaos flamencos hasta las tantas y luego él se quería recoger. Yo hacía como que sí y, cuando llegaba al hotel, le decía que se fuera acostando, que me había dejado algo y que volvía enseguida. Cuando se quería dar cuenta, ya había salido corriendo y volvía al amanecer, borracha como una cuba y zapateando.

Me quedaba extasiado escuchando a esa abuela tan divertida que tenía y que había exprimido cada segundo de su vida a tope.

—Yo daría cualquier cosa por verte taconeando así, abuela—le dijo mi prima.

—Pues ayúdame a levantarme. Y tú también, Noah.

—Mamá, no hagas esfuerzos de más, que luego los pagas caros.

—Que me dejes Roxanne, qué desaborida eres. A mí no sales—la increpó.

Mi abuela no es que no pudiese mover nada las piernas. Le habían diagnosticado una dolencia grave que apenas le permitía caminar sin que le dolieran mucho, por eso iba en silla de ruedas. Lo cual no quería decir que no pudiera mantenerse puntualmente en pie.

Le hicimos caso ante la negativa de Oliver, que no entendía las muchas ganas de la anciana por seguir sacándole partido a cada segundo de su vida.

—Abuela, que no es necesario.

—Y tampoco lo es que pongas esa cara de oler mierda, nieto, y ya te está saliendo.

Tenía para todos, mi abuela tenía para todos. Me fijé en la cara de Valerie, en lo mucho que le gustaba que la abuela fuese así de activa y alegre, y también en lo mucho que se apoyaba en mí para todo.

—Ya estoy de pie, ahora dejadme. Noah, baila conmigo—me pidió.

—¿Qué bailo?

—Emma, busca unas sevillanas por ahí, son unas canciones flamencas que….

Nos contó al respecto. La abuela Victoria siempre viajó mucho con el abuelo y en España habían pasado especiales buenos ratos, por lo que nos contó de su viaje.

En fin, que mi prima no solo buscó la canción, sino un tutorial rápido de cómo se bailaba eso de lo que no tenía ni idea.

—Venga, vamos a por la primera—decía aquella simpática neoyorkina cuya edad del calendario no coincidía en nada con la de su juvenil cabecita y quien se cogió la falda de su vestido como si fuese una bata de cola—. Ole, mi nieto, así se hace.

A Valerie le salía una sonrisa que mi hermano percibió. Oliver no parecía estar en absoluto a gusto con la situación y hasta bufó.

—Al final, la abuela se hará daño.

—Déjala, hombre, ¿no ves lo mucho que está disfrutando? —le llevó por primera vez la contraria en público.

—No sabía que te hicieran tanta gracia estas pamplinas.

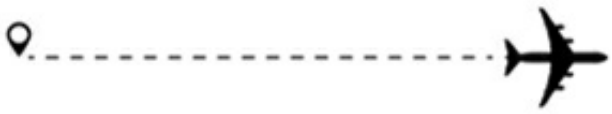
—¿No lo sabías? Pues mira, ya lo sabes. Emma, ¿bailamos tú y yo también?

—Eso está hecho.

Mi prima y ella se nos pusieron al lado y comenzaron a taconear.

—Con lo temprano que es y parece que estamos todos borrachos—decía mi madre entre risas.

Capítulo 11



Ya se habían marchado y yo tenía unas ganas impresionantes de hacer eso para lo que moví mis hilos a primera hora de la mañana.

Mi prima Emma les había propuesto una sesión de belleza casera a mi madre y a mi abuela. Y, sobre todo, esta última, se mostraba entusiasmada.

—No es que tenga arrugas, pero me vendrá sensacional. Una chica siempre tiene que estar estupenda, que nunca se sabe cuándo le puede salir un plan. Además, que tenemos una boda a la vista y que igual de ahí, sale otra.

—Sí, abuela, eso es verdad, igual sale otra—le contestó con el mayor de los descaros, como ella era, y mirándome.

—Mamá, a mí se me ha ocurrido algo—carraspeé.

—Dime, hijo.

—Como esta boda me ha cogido tan de sopetón, ¿qué te parece si hago hoy algún plan con mi cuñada?

—Me parece muy bien, así podrás conocerla algo más. Eso sí, lo mejor será que no se lo digas a tu hermano, que ya sabes cómo es.

—Sí, como se lo digas, querrá secuestrar a esa pobre chica. Y me parece a mí que Valerie tiene las alas muy grandes para eso. Las alas y los ovarios, que vale mucho.

—Ya me extrañaba que no dijeras una de las tuyas, abuela. Os veo más tarde.

Valerie se estaba terminando de peinar en el dormitorio que compartía con mi hermano cuando toqué en su puerta.

—Anda, si está aquí el que tiene a su abuela comiendo de la palma de su mano. Así que ya eras manipulador desde chiquito.

—No lo desvirtúes, era encantador.

—Sí, de serpientes.

—Vengo a hacerte una oferta que no podrás rechazar.

—Vale, sin problema. Vuela a las Seychelles, sé que allí estarás más a gusto.

—No, no me perderás tan fácilmente de vista.

—Joder, tenía que intentarlo.

—Te tengo preparada una sorpresa.

—¿Otra? Ya me diste bastantes en su día: paso. Primero enterarme de que tenías más interés por cualquiera que por mí.

—Eso no es así…

—Pues las tenías todas a tiro.

—Disfrutaba con esas tontunas. Sin embargo, no llegué a más.

—Porque no te dio tiempo. No me dabas mi sitio, no me respetaste como debías.

—Y me daría de azotes por ello, pero no arreglaría nada.

—Quítate el cinturón, que te los voy a dar yo. Igual no sirve, pero me desquitaré.

—Pelín sádica te veo.

—Con ganas de soltar adrenalina, más que nada.

—Pues tengo la fórmula perfecta para eso. Te va a encantar.

Tiré de su mano y ella chillaba.

—¡¡Que no me pienso acostar contigo!!

Una de las chicas de servicio con la que nos cruzamos, nos miró y se quedó como tentada de

llamar a la Policía.

—Cállate o me meterás en un lío—le pedí.

—¿Y tú a mí? ¿Qué crees que pensaría tu hermano si me viera salir de aquí así y contigo?

—Que por fin se ha hecho justicia divina. En el fondo Oliver sabe que no eres para él. Si tienes suerte en los negocios, no puedes tenerla en el amor.

—¿Y tú sí?

—Lo mío es distinto. Me lo he ganado todo a pulso.

—Sin duda, porque te va a caer otra bofetada ya.

—¿Tan pronto? Venga, pero si vas a golpearme igual de fuerte, ya se me mueve una muela. Dame en la misma.

—Eres más idiota, ¿dónde se supone que vamos?

—A hacer realidad un plan que te resultará igual de irresistible que yo.

—Pues vaya mierda de plan.

—Antes no hablabas así, se te están pegando cosas de Emma.

—No son de Emma. Son de la nueva Valerie, la que se alzó sobre los escombros de la que tú derrumbaste.

—Eso es muy dramático y no te pega.

—Tienes razón, mejor te pego a ti.

—Déjalo, anda, que me vas a traumatizar. Sube en el coche.

—Solo si conduzco yo—me pidió.

—¿Y por qué?

—¿Y por qué no? ¿Te crees que porque seas piloto los demás no sabemos conducir o qué?

—No he dicho eso, solo he dicho que… ¡¡Que me matas!! —fue lo siguiente que pude pronunciar tras quedarme mudo durante unos segundos.

—No seas quejica, ¿no querías que viviéramos una experiencia? ¡¡Pues toma experiencia!!

—Que estamos en una carretera, no en un circuito de Fórmula 1.

—Pues por eso justamente no corro más.

—Es que el coche no da más.

—Eso lo dirás tú. Toma acelerón…

Lo pisó como una loca. Nunca me la hubiese imaginado así. Siempre fue audaz, echada para delante, todo un personaje… Pero de ahí a coger las curvas de aquella carretera como si fuera sobre raíles mediaba un abismo.

—Te estás quedando a gusto, ¿eh?

—Sí, sí, no sé cuál será tu propuesta, pero esto no lo vas a superar. En velocidad no, desde luego.

—Ya lo veremos—la reté.

—Qué hijo de la gran…. Me callo porque tu madre es una santa, que si no…

Se empleó a fondo. La había picado y pasé miedo, lo que se dice miedo, en los siguientes kilómetros en los que la fui guiando. La llevaba entretenida y no se dio cuenta de adónde íbamos hasta que llegó el momento.

—¿Un aeródromo? ¿Qué planeas?

—Ven conmigo—la volví a tomar de la mano y la llevé hasta aquella avioneta que había alquilado online y que ya nos esperaba a pie de pista.

—¿Es para que la pilote yo? —se le abrieron los ojos como platos.

—Tanto valor no tengo.

—Dijiste que harías cualquier cosa por recuperarme, ¿te lo recuerdo?

—Pero no a costa de mi vida, que entonces no tendría ningún sentido.

—Ya me extrañaba. Pobre de mí.

—¿Pobre de ti vas a decir? Llevaba años sin rezar y he recitado todo el repertorio en el coche.

Me ha faltado sacar un rosario.

—Te pega a ti eso mucho, vamos. Menudo santo estás hecho.

—No te gustaría si fuese un santo—volví a tirar de su mano.

—No me gustas de ninguna manera—me corrigió.

Capítulo 12



Me puse a los mandos de la avioneta, por mucho que a ella no le pareciera la mejor de las ideas.

El entusiasmo se le veía en los ojos. No lo podía disimular. Tampoco a mí me había hecho nunca tanta ilusión un vuelo como aquel que haría con ella. Ni siquiera el primero, y ese que estuvo dotado de unas dosis de emoción considerables.

Justo antes de despegar, puse mi mano sobre la suya, que ocupaba el asiento del copiloto.

—Cuidadito con esa mano, que te la corto.

—¿La mano también? Estoy amenazado por todos los lados. Con tanta presión no puedo volar, rebaja.

—Tú volarías hasta con los ojos cerrados, por lo que veo. Sí que es tu verdadera pasión.

—Detrás de ti. Tú eres la primera.

—Pero no sería la última. Te tirarías a todas las demás detrás.

—Nunca.

—Siempre. Arranca ya motores o me tiro de la avioneta. Aunque no veo el paracaídas.

—No sé para qué lo ibas a necesitar si todavía no hemos despegado.

—Lo único que has despegado de momento son los labios, que no paras de darme cháchara y no tengo ni idea de si sabes volar o vas de farol.

—¿Y te subes conmigo de todos modos? Pues sí que me tienes confianza.

—¿Confianza yo a ti? No me hagas reír, que me haré pis encima.

—Baño no tenemos a bordo, señorita, esto da solo para lo que da.

—Da como tú, por saco, por no decir otra cosa, ¡¡que despegues ya!!

Se le notaban los nervios y también que estaba deslumbrada por la idea de volar en privado, aunque el acompañante fuese yo. O quizás precisamente por serlo, prefería pensarlo así.

Comenzamos a despegar y sus labios se entreabrieron de un modo exquisito.

—¡¡Guauuuu!!

—¿Es bonito, verdad?

—Demasiado viniendo de ti. No me lo creo mucho, la verdad. Ahora es cuando me despierto y, a la par que me tomo un cafelito, recuerdo que todo fue un sueño.

—No digas que fue un sueño cuando es una realidad.

—Pues es una realidad fascinante, la verdad sea dicha.

—La ciudad de París no la podemos sobrevolar porque es un espacio protegido.

—Normal que sea así. Yo vivo en ella y soy una joya.

—Sí, un diamante en bruto eres.

—Lo dices por lo de las hostias, ¿verdad? Pocas te di. Todavía estoy a tiempo de darte más.

—Pues tú verás, porque el control no lo debo perder.

—Vaya por Dios y mira que eres especialista en ir como pollo sin cabeza por el mundo. Espero que, al menos, pilotar lo sepas hacer bien.

—Algo más haría bien, digo yo. Recuerdo que estabas contenta en…

—Una insinuación más sobre la cama y tendré que pilotar yo porque te noquearé.

—Entendido, mi comandante.

—Muy gracioso. ¿Qué se siente?

—¿Al llevar el mando del avión? Una sensación de libertad indescriptible. Es de las mejores del mundo después de…

—Ya, después de un orgasmo, me lo imagino. Quiero sentirlo.

—¿Un orgasmo? No sé si es el momento, pero si te empeñas me puedo apañar con una mano.

—Y la pierdes, imbécil. Quiero sentir esa libertad.

Me lo pensé durante unos segundos. Luego la miré con esa carita de súplica y supe que me hubiese tirado sin paracaídas de habérmelo pedido.

—Ven aquí y siéntate con mucho cuidado—le comenté adaptando mi asiento para que cupiese.

—¿Me vas a dejar de verdad?

—Ya te dejé una vez y es mi cruz.

—Pilotar, no te hagas el tonto.

—Sí, ven… Pero esto no es como el coche, ¿ok? Esto debes hacerlo con suavidad y seguir mis instrucciones sin salarte ni una. Aquí, si vas a tu bola, nos vamos a…

—A tomar por culo, lo entiendo.

Me encantaba ese contraste que se daba en aquella chica elegante que trabajaba en una de las casas de subastas más prestigiosas de toda Francia y luego se comportaba conmigo así de desinhibida, con ese punto de frescura y locura a la vez que tan majara me volvía.

Ella decía morir por llevar el control de la avioneta. Yo morí cuando se sentó sobre mí para hacerlo. Fue el momento en el que pude colocar mis manos sobre las de Valerie sin que opusiese resistencia. Y normal que pensase que en ese instante rocé el cielo con la punta de mis yemas, puesto que estábamos volando.

Pese a estar de espaldas a ella, observaba de lado su sonrisa. Nunca la vi tan apasionada con algo y eso que pasión derrochó mucha durante nuestra relación. De hecho, mucha más de la que merecí.

Pilotó con suavidad y siguió todas mis instrucciones, una a una, acatándolas de buen grado y con una sonrisa que me cargaba las pilas.

—Dime si podemos hacer una pirueta suave.

—Eres la chica más atrevida que conozco.

—Mira quién fue a hablar de atrevimiento. Si tu hermano supiera que estamos aquí, te cagaría a trompadas, como dicen los argentinos—rio.

—Me dejaría matar con tal de disfrutar esto.

—Y dale con el dramatismo. Esto no es "Romeo y Julieta".

—No, porque a ellos no les dio tiempo de casarse y nosotros sí que lo haremos.

—Vuelve a decir eso y te juro que pongo la avioneta bocabajo.

—Me callo porque no es un funeral lo que quiero celebrar.

—Chico listo…

Seguimos volando a partir de ese momento en silencio porque hay experiencias que no requieren de palabras, sino de poner en ellas los cinco sentidos en silencio, percibiéndolas y tratando de grabarlas en la memoria para poder reproducirlas una y otra vez, miles a lo largo de la vida hasta que algún día, cuando se sea mayor, tengas un muestrario de ellas que compongan la lista de los momentos más felices de la que fue tu vida.

Cuando tocó bajarse de la avioneta, se le escapó un abrazo. O quizás no se le escapó, pero tras dármelo se echó para atrás como si le hubiese dado calambre.

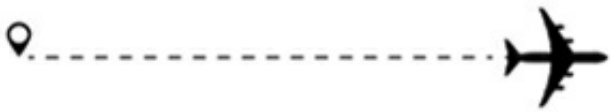
—Un poco más largo no habría estado mal.

—Aquí el único largo eres tú, que sabes mucho. Qué morro tienes.

—¿Besable? Mi morro, digo.

—Más bien aporreable, ¿hacemos la prueba?

Capítulo 13



Almorzamos con mi madre, con mi abuela y con mi prima. A ellas sí que les habló de una experiencia que, a buen seguro, no compartiría con mi hermano para no verle la cara hasta los pies.

La emoción la desbordaba y buscó el pico de la abuela.

—Eso está muy bien, Noah, pero anímate a llevarme a mí también, que no me quiero morir sin tirarme en paracaídas y cualquier día la espicho.

—Mamá, ¿tú no dices siempre que eres una chavala? ¿En qué quedamos?

—Roxanne, no me toques la moral. Para morirse, no hace falta más que estar vivo. Y hasta a las chavalas como a mí nos puede pasar cualquier cosa.

—Abuela, lo de saltar en paracaídas es una experiencia un poco fuerte para ti, ¿no? Recuerda que te pusieron un muelle en el corazón no hace tanto.

—Pues me debieron poner otro en el culo, porque quiero saltar—prosiguió.

—Te entiendo, Victoria, porque debe ser alucinante—dijo Valerie.

—Tú dale carrete a la abuela y verás que tienes que saltar con ella—le comentó Emma.

—Pues no me importaría, la verdad. Es algo que quisiera hacer alguna vez en la vida. Ya hoy hemos sobrevolado los alrededores de la ciudad de París en avioneta y tengo que decir que vengo con las patas colgando.

—¿No tenía suelo la avioneta? Noah, ¿en qué ruina de trasto has montado a la muchacha? Así no la vas a conquistar.

—Mamá, que estás hablando con Noah, no con Oliver. Te ha patinado la pinza.

—No, no, que sé muy bien lo que me digo.

Valerie me miró extrañada y yo miré a Emma por si se había ido de la lengua. Mi prima me dejó claro que no con un gesto de sus ojos y llegué a a la conclusión de que si era largo, como decía Valerie, lo había heredado de la abuela.

Tras un rato en el que descansamos tras el almuerzo, mi prima nos propuso algo.

—¿Y si salimos los tres esta noche?

Por supuesto que, aparte de que podría apetecerle, lo hizo por mí. Habría sido muy descarado invitar a la que se suponía que sería mi futura cuñada a una velada a solas. Y yendo los tras la cosa cambiaba.

—Eso y a mí que me zurzan, ¿no? —se quejó la abuela.

—Es que debes quedarte con mamá, ¿o quieres dejarla sola? —le pregunté mientras besaba su frente.

—Tu madre se sabe cuidar muy bien solita, que no tengo que cambiarle los pañales. Bastante lo hice ya. Y si no, que se venga también con nosotros, ¿quién se lo impide?

—Me lo impide el sentido común, mamá. Es una salida de los chicos, déjalos a ellos.

—Está bien, pero porque tú me lo pides y soy una matriarca de lo más responsable, que si no…

Al rato ya nos marchábamos. Reservé mesa para tres en uno de los mejores restaurantes de la capital. Ella bajó las escaleras con un vestido de dos piezas, con la superior de punto en crudo y cogida a la de abajo, que era una falda de cuero en el mismo tono. Botas altas, abrigo juvenil… Era como una modelo y encima lo más bonito que se puso fue su sonrisa.

Corrí a tratar de coger la posición del piloto y me dieron café, por decirlo de una manera fina.

—Prima, abróchate bien en el cinturón—le aconsejé.

—¿Y eso por qué?

No me dio tiempo a contestar cuando Valerie pisó a fondo el acelerador.

—Por eso, ¿estás bien?´

—Creo que se me ha descoyuntado un poco el cuello, nada que no pueda arreglar un buen

collarín.

—Joder, este freno está muy duro—decía la otra.

—Pues menos mal, porque si llega a estar blando, salgo por el cristal delantero. Anda, mira…

—¿Qué es lo que te tengo que mirar?

—Tú no, loca, tú mira hacia delante por lo que más quieras. Es que me ha contestado ahora mi amigo Pierre.

—¿Quién es? —le pregunté.

—El ingeniero de telecomunicaciones, ¿lo recuerdas? Lo llevé una vez a casa allí en Nueva York hace años.

—Sí, creo recordar algo así.

—Pues le escribí diciéndole que había llegado hace unos días y me acaba de contestar que aterrizó hace unas horas procedente de Dubái, que me invita a cenar, ¿os importa mucho?

—No, no, claro—le comenté viendo cómo me guiñaba el ojo porque lo hizo coincidir todo adrede.

—No hay problema, claro. En todo caso, os venís luego para las copas si os apetece, ¿no? —le sugirió Valerie.

—Contad con ello, chicos.

La dejamos en las inmediaciones de la lujosa urbanización en la que vivía su amigo, muy cercana a la Torre Eiffel. Y de allí nos dirigimos al restaurante con parquin.

—Así que me va a tocar cenar sola contigo.

—Lo dices como si se tratas de una condena.

—De dos: soportarte y que no se entere tu hermano, porque me temo que no le haría ni puta gracia.

—¿Y a ti te hace gracia?

—Yo es que tengo apetito. Y no se te ocurra pensar que vas a sacar tajada de esta noche porque no.

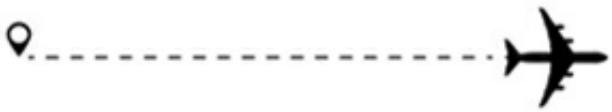
—¿Yo sacar tajada? ¿Cuándo he intentado eso? —la miré poniendo un puchero.

—Conmigo no te valen esas argucias. Te tengo muy calado, te conozco como si te hubiese parido.

—Retira eso, que el pensamiento no me mola nada.

—Pues te jodes, es lo que hay. Tampoco me mola a mí y mira… Aquí estoy contigo.

Capítulo 14



Pese a tratarse del invierno, el ambiente del restaurante resultaba de lo más alegre al estar abarrotado. París siempre es una apuesta segura. Y si encima puedes elegir un lugar como aquel, la victoria ya es rotunda.

Las vistas del mirador del comedor principal también daban a la iluminada Torre Eiffel.

—Recuerdo que una vez comentaste que te morías por ver París iluminado. Mírala ahora, la tienes a tus pies, igual que a mí.

—Pues ten cuidado, no sea que te lleves un buen pisotón. Me extraña que recuerdes esas cosas.

—Recuerdo esas y cada una de las que vivimos juntos. No las aprecié en su momento, cuando las estábamos viviendo, pero bastó con que te marchases para que las fijara en mi mente; no quería olvidarme de nada.

—Pues la llevas clara. En el hipotético caso de que me crea que todo lo que dices es verdad, el karma te ha dado fuerte en toda la cara.

—Ya, pero la mano la has puesto tú, que todavía me duele.

—No seas quejica.

—Me da igual y lo sabes. Dime una cosa, ¿por qué crees que podría estar fingiendo?

—Por medirte otra vez con tu hermano. Estáis siempre los dos ahí, mirando quién la tiene más larga.

—Evidentemente yo—le solté sin pensarlo y el sorbo de vino que se acababa de tomar casi le sale enterito por la nariz.

—Eres un bobo total, mira lo que has hecho.

—Algo maravilloso, te he hecho reír.

—Maravillosa va a ser la bofetada que te llevarás. No pienso hablar de nada de nuestra intimidad contigo, faltaría más.

—Por supuesto que no. Me basta con saber que te acuerdas de mí en esos momentos en los que huirías de sus brazos para refugiarte en los míos.

—O te falta un tornillo, que cabe la posibilidad, o eres uno de esos narcisistas de libro que tan de moda están.

—No soy narcisista. Cierro los ojos y pienso que me recuerdas cuando estás con Oliver.

—Pues ábrelos de una vez porque no es así.

—¿Y por qué no me miras a los ojos cuando me lo dices?

—¿Y por qué no te callas un poco y vas mirando la carta? Todo lo que hay aquí es delicioso.

—Y que lo digas.

—No me refería a mi escote, cafre, que eres un cafre. Y deja de mirármelo de una vez.

—¿Y qué culpa tengo yo si los ojos se me van hacia ahí?

—También te los puesto amoratar y asunto concluido.

—Vamos a dejarlo, mejor te miro a los ojos.

—Pero no se esa manera, idiota.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Embobado, así.

—Es lo que siento.

—Pues yo lo que siento es un calor infernal cuando lo haces.

—Así que te pongo caliente.

—Así que me enciendes y sacas de mí una parte que mejor no quieras ver… Ni oír.

—Todo lo que venga de ti quiero verlo, olerlo, sentirlo y tocarlo.

—La que te tocará la cara de nuevo seré yo. Y luego te quejarás.

—No lo haré. Me convertiré en tu sumiso si es lo que quieres. Y tú en mi ama.

—No quieras pensar cómo te torturaría en ese caso.

—Ni tú cuánto me dejaría.

—Definitivamente, la cordura no es lo tuyo.

—¿Y quién quiere cordura pudiendo vivir una locura perpetua contigo?

—A cadena perpetua me condenarían a mí como te haga la mitad de lo que estoy pensando.

—¿Algo sexual al menos?

—No, pero a mí me pone.

Y a mí me ponía ese jueguecito del tira y afloja en el que parecía que no, pero al menos la notaba más cercana. Y en el que la veía reírse, porque Valerie siempre se rio mucho y eso lo eché en falta en los días anteriores. De pronto lo hacía. Y yo lo disfrutaba muchísimo, como cada uno de sus sugerentes movimientos, porque los llevaba a cabo. No adrede, simplemente era sugerente. Lo llevaba en su ADN.

—¿Un postre para compartir? —le propuse cuando terminamos con los exquisitos platos de carne.

—¿No te llega para invitarme a uno para mí sola? Ahora que sé que eres rico, no cuela tampoco.

—No quise dejarte al margen por ningún motivo en concreto.

—No, solo lo hiciste sin pensar, porque no me diste ninguna importancia. No le des más vueltas.

—Fui y necio.

—Y un cretino, aparte de un…

—De un idiota y de un imbécil, eso me lo has dejado claro—la interrumpí.

—Bueno, pues yo quiero tarta de queso con frutos rojos.

—Frutos rojos de la pasión. Ummmm…

—Qué bofetada tienes. Luego te quejas cuando te la doy. Pues que sepas que no la vas a probar.

—Joder, qué bien. Así me gusta, poder tomar el postre sin presiones.

—Con las justas, con las que te buscas. A mí no me vengas con quejas que me da exactamente igual.

—Eso ya lo estoy comprobando, no te preocupes.

—No, si no me preocupo por nada. He aprendido a vivir sin comerme demasiado el coco. Fue lo que me aconsejó mi psicóloga.

—¿Buscaste ayuda profesional? ¿Cuándo?

—Lo dices como si estuviera como un cencerro.

—No, claro que no… Si yo también debería haber ido.

—Y que lo digas, doy fe. Pues yo la busqué después de que lo dejásemos. Me sentía hundida en el lodo, hasta que alcé el vuelo.

—Y en el cielo te encontraste con el bicharraco de Oliver, que es un buitre.

—Ni una palabra de tu hermano, ¿queda claro? O me levanto y me voy. Es mi prometido y solo puedo decir cosas buenas de él.

—Ok, pero sabes que no serás feliz a su lado.

—Ocúpate de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos, ¿te queda claro?
—Clarísimo, como que ahora nos iremos a bailar, ¿tienes ganas?

—Pues de eso muchas, la verdad.

—¿Te acuerdas cuando salíamos de fiesta?

—He de reconocer que las mejores juergas de mi vida me las he corrido contigo. Llevas la

palabra “fiestero” tatuada en la frente.

—No, por suerte no he desvariado tanto como para levantarme así. Aunque recuerdo una vez que estuve en Las Vegas…

—Con un resacón, como en la peli. ¿No estarías de despedida de soltero?

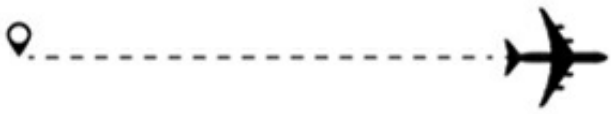
—Pues mira sí, con un colega piloto que se casaba y su hermano.

—Normal, tú no iba a ser el que se casase. Decías que eso te provocaba irritación en la piel, entre otros efectos secundarios. Todo un problema para ti.

—Y ahora mi problema es convencerte para que te cases conmigo.

—¿Qué graduación dices que tiene este champán? Porque no creo que aquí te vayan a servir garrafón precisamente, pero te está entando fatal.

Capítulo 15



Ya estábamos en aquel selecto lugar de copas en el que sonaba música latina a tutiplén. En realidad, tenía varias salas, pero optamos por esa.

De lejos, vimos alzarse el brazo de mi prima Emma, quien venía de cenar con su amigo Pierre.

—¡Ya está aquí lo más bonito de la fiesta! —exclamó en cuanto llegó hasta nosotros y saludamos a su amigo.

—Mira, ella es Valerie, la novia, y él es mi primo Noah…

—El novio—dio por sentado el otro.

—No en este momento—se le escapó.

—¿Tú lo sabes, Emma? —le preguntó en ese instante mirándome con un cabreo de mil demonios.

—Vale, vale, a mí me lo contó… Pero solo a mí y soy cascarón de huevo. Haría cualquier cosa por mi primo Noah, nunca os voy a perjudicar. Dime lo que quieres, preciosa, que vamos a pedir.

—Pues quiero que no conspires en su favor contra mi matrimonio, eso es lo que quiero, Emma.

—¿Yo? Dios me libre. Pierre, venga, vamos a pedir una ronda de lo que nos dé la gana que estos dos no se terminan de aclarar.

Mi prima de fiesta era la reina. En cuanto a Valerie y a mí, también nos gustaban más que a un tonto un globo. Y Pierre no se quedó atrás, por lo que formamos un cuarteto sensacional.

—¿Se lo has tenido que decir?

—Me pilló con un mono de tabaco que me moría por tu culpa. Yo también lo he pasado mal en este tiempo. Y encima llegar a París y verte con mi hermano, ¿sabes la conmoción que me supuso?

—Conmocionado te dejaré yo de un porrazo. No se te ocurra contárselo a nadie más o mueres.

—Vale. Piensa que Emma es una tumba y que jamás nos traicionaría.

—Eso espero u Oliver montará en cólera.

—¿Por qué no se lo has contado? Dime la verdad.

—Porque no soy una inconsciente como otros y no he querido avivar el fuego que existe entre tu hermano y tú. Por eso. Pero espero que no me salga caro. Me prometiste que no me fallarías, que él no se enteraría. Es muy orgulloso y no me perdonaría que me lo hubiese callado.

—Vaya por Dios… Qué mal me vendría eso.

—No hagas bromas con ese tema, que me pongo muy nerviosa.

—Y yo que creí que lo que te ponía nerviosa era mi cercanía. Maldita sea mi estampa.

—Nerviosa me pones sí, porque me crispas los nervios.

—¿Y entonces por qué se te eriza el vello así cuando me acerco?

—Se llama carne de gallina y, en realidad, es una idiotez porque se te tendría que poner a ti.

—¿Me estás llamando gallina?

—¿Tú cómo llamarías a alguien que dejó a una mujer a la que ahora dice que quiso como a ninguna otra? Y eso en el caso de que sea mínimamente verdad.

—Lo es del todo. Ojalá te lo pudiera demostrar.

—Bebe y calla. Ahí vienen los chicos con las copas.

Sonaba *"When I dream at night"* de Marc Anthony. Cuando llegó a la parte que dice *"nunca supe lo que era correcto para mí hasta el día que ella abrió mi corazón y lo liberó"*, me la comía con los ojos.

Mirando sus profundos y azules ojos, claudiqué ante ellos. Durante un tiempo pude hacerla mi mujer y hui de esa posibilidad por querer considerarme libre. Y, de repente, tomaba conciencia de que me había quedado encadenado a ella al perderla, de que mi verdadera libertad hubiera estado en vivir a su lado, en amarla como la comencé a amar en su ausencia.

Su sugerencia era total. El vestido le quedaba ideal y bailaba conmigo mientras coqueteaba con su pelo. Llamaba la atención tanto por su figura como por su melena y por sus enormes y azulados ojos enmarcados en esa cara de ángel que, en la intimidad, se transformaba para convertirse en una diosa del sexo.

Me dolía cada uno de esos movimientos que un día fueron míos y a los que renuncié por una cobardía que me hizo ver esa noche. Me escocía muchísimo también que me considerase un cobarde mientras que la vida seguía y ella era de otro, del último ser con el que me la hubiese imaginado.

Sorbo a sorbo, nos íbamos bebiendo la noche. Cuando se me acercaba para hacerme alguna confidencia al oído me quedaba como hipnotizado por ese olor fresco a cítricos que provenía del perfume que aderezaba su piel.

Entrecerraba los ojos y me veía besándola, me imaginaba yendo más allá y poseyéndola sobre una cama donde la embestiría de un modo descomunal. Pero, al mismo tiempo, también me imaginaba en la más cariñosa de las actitudes con Valerie, mientras mis dedos recorrían su piel, mientras se dejaba llevar por mí, mientras volvía a entregarse como un día lo hizo, sin ningún tipo de reserva.

Luego abría los ojos y caía en que tan solo estaba bailando con ella, si bien ya era mucho más de lo que habría podido soñar, pues nosotros no quedamos precisamente bien. Todo lo contrario, ella resultó muy dolida y no quiso volver a saber nada de mí. Y con razón.

Nos lo pasamos genial. Apuesto a que no solo fui yo quien se olvidó durante unas horas de lo sucedido, pues encontré en ella a esa Valerie que un día conocí y que, en cierto modo, notaba que estaba encorsetada con mi hermano, como si hasta un punto determinado renunciase a ser quien era (o al menos quien era conmigo) para seguir en una relación con él que le aportaba estabilidad, pero nada más.

—Me mata el dolor de pies, me mata—decía achispada, riéndose sobre mi hombro un buen montón de horas después, cuando cerramos el local.

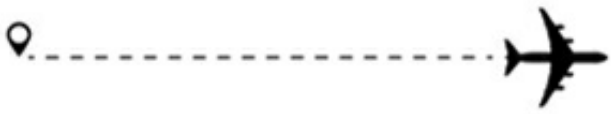
—Pues quítatelos, mujer—le decía mi prima—, yo voy a hacer lo mismo.

Ambas se descalzaron y notaron que el suelo de París estaba helado una vez que estuvimos en la calle.

—¿Lo hacemos? —le pregunté a Pierre, quien no lo dudó.

Ambos las cogimos en brazos y nos las llevamos hasta el coche, en el que conduje yo pues, a salvo de esa primera copa en el local, luego seguí bebiendo cócteles sin alcohol para poder hacerlo. Y esa primera copa la había sudado ya con tanto baile.

Capítulo 16



Toqué en la puerta de su dormitorio a primera hora de la mañana.

—Mamá, que me duele la cabeza, que no quiero ir al colegio—me contestó en ese momento como si estuviese en trance.

—Y luego diréis que la que está chocheando soy yo.

Mi abuela lo había escuchado porque avanzaba con su sillita por el pasillo, empujada por una chica de servicio.

—Nadie dice eso, abuela. Si nos enterrarás a todos y totalmente lúcida. Si alguien tiene la cabeza bien puesta en esta familia eres tú—le comenté mientras le pedía a la chica que nos dejara a solas. Entre otras cosas, porque no me fiaba de lo que me pudiera soltar.

—Eso lo puedes jurar, desde luego que sí. Si yo fuera tú, ya le habría entrado a saco.

—Es la prometida de mi hermano, abuela—disimulé.

—¿Y antes qué fue? Yo no me tragué eso de que no os conocíais el día que os presentasteis en esta casa. Y tu prima Emma está en el ajo, ¿cuánto le has pagado por su silencio?

—Calla, por favor, que se va a enterar Valerie y no quiere que nadie lo sepa.

—Así que no me he equivocado, qué ojo tengo. ¿Dónde la conociste?

—En Nueva York. Estuve saliendo con ella un tiempo y no le di mayor importancia.

—O sea, que le hiciste pasar las de Caín, porque te quiero más que a mi vida y esto en público no lo diré nunca, pero con las mujeres nunca has hecho las cosas bien.

—Tampoco le mentí a ninguna.

—No solo te las tiraste y luego a otra cosa, mariposa. Como pañuelos de papel las has usado. Hasta que ha llegado una que te ha tocado la patata…

—Sí, pero me di cuenta tarde.

—Y la patata se te está pudriendo en el pecho al ver que es la prometida de tu hermano.

—Correcto.

—Muy bien, pues más tienes que correr, porque tampoco me trago que no tengas en mente recuperarla. Tanto vuelecito en avión y demás…

—Fue muy romántico. Y, además, que cuando ella se empeñó en pilotar se sentó sobre mí.

—Si hicisteis cochinadas en el aire, no me las cuentes. Es lo único que no me interesa de esta historia.

—No, no hicimos nada de eso.

—Vale, que paso de películas porno. ¿Y qué tienes pensado hacer? Falta nada y menos para la boda. Si quieres, finjo un ingreso o algo para ganar tiempo. Sé que no es demasiado creíble que lo necesite a mi edad, pero a cualquier jovenzuela le puede pasar—me guiñó el ojo.

—No, abuela, no finjas nada. Ya me las apañaré yo…

En esas, se abrió la puerta y era ella.

—Blancanieves ha resucitado, y eso que no has entrado a darle un beso—me guiñó un ojo y siguió ella por el pasillo, sin ayuda y sin nada, sola con su silla.

—¿Por qué ha dicho eso la abuela Victoria? ¿También se lo has contado a ella?

—Me ha sonsacado, lo sabía, lo sabía desde el principio. No se tragó que no nos conociéramos.

—¿Quién queda por saberlo? A mí se me está desatando el corazón.

—Y el lacito del camisón también. Oh, Dios, no quiero verlo—miré hacia otro lado.

—Has quitado la cara a tiempo porque iba otra bofetada, ¿por qué no se lo has negado?

—Porque si hay alguien inteligente de verdad en esta familia es la abuela Victoria. Y porque nada le jode más que las mentiras, a las que por cierto detecta a través del olfato. Las huele como

los perros al miedo. Mira que me adora, pues más de una colleja me llevé de niño por no decirle la verdad.

—Ya eras un Pinochito entonces, quién lo diría con esa nariz tan mona que tienes.

—¿Te parece mona?

—Sí, ¡¡lástima que te la tenga que partir!!

De nuevo se le desataron los nervios.

—Tranquila, la abuela tampoco dirá nada. Y mucho menos a Oliver.

—Tampoco me haría ni pizca de gracia que se enterasen tus padres. Joder, Noah, que voy a ser su nuera.

—Por supuesto, nos casaremos en cuanto entres en razón. Ah, calla, que no lo decías por eso —rectifiqué en cuanto la vi con el puño en alto.

Mientras desayunábamos, mi madre no paraba de hablar de la boda y Emma se ponía bizca. Yo hacía por mirar para otro lado y más me buscaba con la mirada mi prima. Y también mi abuela, que soltaba pildorazos como castillos.

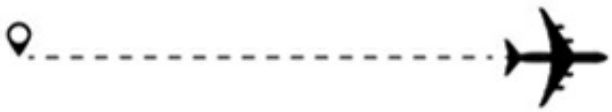
Mi madre siempre fue bastante simpática y divertida, pero más ingenua que la abuela. Y no se enteraba de nada.

La que estaba como alucinada observándonos a todos era Valerie. Diría lo que le diese la gana, pero aquello le estaba dando que pensar y no poco.

Y mientras pensaba ponía esa carita tan guapa que me tenía totalmente enamorado, porque yo habría sido un golfo integral, pero por ella estaba dispuesto a jubilarme de la vida nocturna, por ella haría lo que me pidiese con tal de que me perdonase. Si hasta soñaba con tener familia a su lado… Yo, que lo más parecido que había cuidado a un niño en mi vida fue un peluche del Gremlim bueno que me regalaron de crío y la cosa no salió bien.

Y, de un momento para otro, me veía como padre a su lado, cambiando las copas nocturnas por los biberones. Vivir para ver. Y estaba seguro de que la vida que quería era la que podría compartir con Valerie.

Capítulo 17



Tras el desayuno, mi abuela propuso algo.

—Vas a tener que entretener a tu cuñada hoy también porque nosotras tenemos planes.

—¿A mí? —señaló Valerie a sí misma.

—Sí, sí, a ti. Porque resulta que mi hija y mi nieta se tienen que venir conmigo a la prueba de mi vestido para la boda.

—¿Y por qué no puedo ir?

—Porque yo no he visto el tuyo y tú no verás el mío, lista.

—Mamá, no seas así. Valerie es la novia y cierto que no ha querido que su vestido lo viera nadie. Está en todo su derecho. Nos va a dar una bonita sorpresa.

—Y grande, y grande será también la sorpresa. Andando, nos vamos.

Emma me dio un golpecito en el hombro y chocó los cinco con la abuela. El plan lo urdieron entre ambas y me quedé a solas con Valerie, quien se estaba cepillando los dientes en su cuarto de baño, el que había dentro de su dormitorio. Y en él entré sin más.

—¡¡Serás descarado!! —me tiró con una toalla.

—Venga, prepárate que nos vamos.

—¿A dónde nos vamos? No voy contigo ni a la puerta de la calle, que tienes mucho peligro.

—Dirás que no te lo pasas bien.

—Lo de ayer estuvo sensacional, no te lo puedo negar.

—Pues estoy deseando mejorarlo.

—Qué será eso que se te haya ocurrido.

—Enseguida lo verás. Venga, no te demores. ¿Te has fijado en lo claro que está el día? Para estar en París, es una suerte.

—Es París, tú lo has dicho, no Mordor.

—Para el caso…

—¿Le tienes tirria a París?

—A París no. Solo a lo que has venido a hacer aquí.

—Mientras no me lo jodáis entre todos…

—Sería una pena.

—Mucho cuidado, porque no te voy a consentir que me arruines la vida otra vez.

—No, esta vez eres tú quien estás dispuesta a arruinártela solita. Por cierto, ponte ropa cómoda… Unos leggins, deportivas…

—¿Me vas a llevar a hacer senderismo?

—No, soy más de aire que de tierra.

—Si ya volamos ayer.

—No quieras que destripe la sorpresa. Corre ya, no seas cansina.

—¿Y la cansina soy yo? La madre que me trajo al mundo.

—Esa misma me estará agradecida. Por cierto, ¿cuándo llegan los tuyos?

—Poco antes de la boda, mi familia no tenía mucho margen. Ni mis padres ni mi hermano mellizo Nathan.

—¿Tienes un hermano mellizo? Si nunca me lo habías contado…

—¿Y acaso me lo preguntaste? Por lo máximo que te interesabas cuando salíamos era por el color de mi ropa interior. Hasta que lo descubrías. Para lo que me duraba puesta… No ganaba

para tangas, todos me los partías.

—Te pido por favor que dejes la conversación o no podré salir del castillo, al menos no sin una armadura.

—Desde luego, porque la espada ya la llevas entre las piernas. Tienes un problema mental, Noah.

—Lo tengo desde el día que te perdí, correcto.

—No, desde que me dejaste perder sin hacerme el más mínimo caso. Entonces ya demostraste estar tarado.

—Pues sí, pero ahora ya estoy curado de la tara.

—Tarde, aparte de que no me creo ni una palabra de la que sale de tus mentirosos labios—se los quedó mirando.

—No niegues que te gustaría besarlos.

—Me gustaría aporrearlos. Si no salimos ya, me quito la ropa y me quedo en casa.

—¿Te quitas la ropa? Entonces no vamos a ninguna parte.

—Tira, ya, por favor—resopló.

Me gustan los deportes de riesgo y lo demostré al dejar que de nuevo se pusiera al volante. Era eso o se bajaba del coche. Y preferí la posibilidad de sufrir un accidente mortal a vivir sin ella.

Por el camino me fue contando que su hermano Nathan era profesor de instituto, igual que sus padres. También que estos se llamaban Nathan y Valerie y, que por tanto, no se comieron demasiado el coco al ponerles nombres a sus hijos.

Me daba cuenta que era cierto que no sabía nada de ella, que habíamos compartido muchas juergas y camas, pero que jamás le pregunté ni lo más esencial. Todas las quejas que me diera serían pocas. Tenía todo el derecho del mundo a estar que trinaba conmigo.

Charlaba por los codos sobre los suyos e iba sin control cuando un coche patrulla nos indicó que nos echásemos a un lado.

—¡Mierda! Nos han cazado—murmuró mientras uno de los agentes venía hacia nosotros.

—¿Es usted consciente de que iba casi al doble de la velocidad permitida en esta carretera? —le preguntó con las peores pulgas.

—¿Tanto? Uff, la culpa es de los ingenieros, que hacen coches como si fueran aviones y claro, una que es muy apasionada—le puso ojitos.

El tipo era bastante mayor y noté que tragó saliva mirándola. Hasta calor le entró, quitándose la chaqueta del uniforme.

—¿Él es su novio? —le preguntó señalándome.

—¿Este? Qué más quisiera… No, es mi hermano, y entre usted y yo, está tarado del todo. Lo llevo al centro de salud. Desde que se metió lo que no debía cuando era joven, se quedó así.

El agente me miró sin entender demasiado a qué se refería.

—¿Es gay?

— Un poco también, la verdad, que es muy vicioso y le da a todo. Pero me refería a la mierda esa de las pastillas que venden por todos lados. Que sé que la Policía hace su trabajo, no crea, pero a él se las vendieron y se quedó fatal el pobre. Es lo que digo yo, que todo el mundo tiene derecho a equivocarse, ¿es o no es? Si la Policía estuviera más al loro de esa gentuza…

—Entiendo, entiendo.

Lo tenía en el bote, ese le hubiera cedido su placa en ese momento si ella se la hubiera pedido. Lo tenía babeando.

—Pues eso, que quién no ha metido la pata alguna vez, ¿verdad? ¿No podríamos dar este incidente por zanjado, porfi? —le pidió con voz melosa.

—Claro que sí, señorita. Pero haga el favor de no saltarse las señales de velocidad más. Se lo digo, más que nada, por su bien… Sería una pena que le sucediese algo a esa cara tan bonita—y a mí, que iba en el coche, que me zurcieran, claro—. Y, si cuando deje a su hermano, se encuentra con algún problema, no dude en llamarme. Dado lo que le pasó, me siento en deuda con usted, que es quien está pagando las consecuencias de lo que él hizo—me señaló.

—No lo sabe usted bien.

La muy descarada lo estaba disfrutando y encima le siguió dando bola.

—Pues lo dicho. Me llama usted.

—¿Y cómo quiere que lo haga? ¿Por señales de humo?

—No sé a lo que se refiere.

—Que no sé dónde podría llamarle.

El hombre cada vez se hacía más ilusiones.

—Qué despistado. Claro que sí, mujer, ahora le dejo mi número personal.

—Perfecto, pues dígame, que tomo nota.

Fue haciéndolo y él feliz cual perdiz. La miraba y no daba crédito. Si me enamoré de Valerie fue por algo. Ella era fuera de lo común y encima es que parecía contar incluso con una mayor soltura desde entonces.

—Pues nada, aquí lo tengo. Y ahora lo añado a la agenda como "amable agente parisino" y punto.

—A mandar, señorita—hasta se le cuadró antes de que nos moviéramos.

—¿Es cierto que le has añadido así? —le pregunté cuando se marchó.

—Míralo tú mismo—me pidió.

—Has puesto "capullo", ¿se puede tener más cara?

—Sí, porque la mía es pequeñita. Pero la más bonita del mundo, ¿es o no es?

—Es, es, y la más dura también.

—Pues eso.

Llegamos al aeródromo de nuevo y ella parecía confundida.

—Lo de ayer estuvo sensacional, pero ¿vamos a repetir? Te creía más original. Ah, no, es que esta vez me dejarás pilotar a mí sola, ¿es eso? Ganarías unos cuantos puntos.

—En todo el cuerpo, sí, me tendrían que remendar entero en el remoto caso de que sobreviviera. No es eso.

—¿Y entonces qué?

—Entonces la idea es…. Ven.

La tomé de la mano y me fui a hablar con aquel otro piloto.

—Os tirareis vosotros dos solos, ¿traes la licencia conforme puedes ejercer como instructor?

—Sí, aquí la tienes—se la enseñé.

—Espera, ¿vamos a saltar en paracaídas? —me preguntó asombrada.

—Sí, y suerte que he podido esquivar a la abuela o estaría aquí la primera.

—Es que lo flipo. Te juro que lo estoy flipando, no lo esperaba para nada.

—Pues es la idea. Mira, él es Adrien y será quien pilote hoy la avioneta para que podamos tirarnos tú y yo.

—Creí que pilotarías tú.

—Eres más inteligente que eso. Si piloto yo, ¿qué hacemos con la avioneta a la hora de tirarnos?

—También es verdad. La culpa es tuya porque me tienes atacadita de los nervios.

—Para bien, espero.

—No sé, mira cómo me bota el corazón—me llevó la mano al pecho.

—Joder—me puse hasta bizco.

—¡¡El corazón he dicho, idiota!! —me empujó.

—Es que ese no te lo puedo acariciar directamente. Lo he notado, eso sí.

—Y yo he notado que hasta te has empalmado otra vez, con eso te lo digo todo. A mí no te acerques más.

—Pues entonces tenemos un problema, porque hemos de tirarnos muy juntitos. No hay otro modo.

—Déjame que me lo pienses, que eres capaz hasta de hacerme un hijo antes de tomar tierra.

—Y di tú que la tomemos y no nos hartemos de ella.

—¿El paracaídas puede fallar? —me miró con terror.

—Rara vez. Venga, ¡¡a volar, pajarito!!

Ya nos habíamos colocado el equipo y era hora de despegar. Quizás no debí hacer esa última broma, porque dio unas cuantas patadas en el aire antes de subir. Y una vez ya en el aire, parecía más nerviosa de la cuenta.

—¡No me tiro! —exclamó mientras la aguantaba por las axilas.

—Pues claro que te vas a tirar. Pero no desde aquí, que es peligroso, sino desde mucho más arriba.

—¿Y qué lógica tiene eso?

—Que desde aquí no se abriría el paracaídas, mujer.

—Y desde más arriba igual tampoco y entonces fijo que no lo contamos. En tu caso, harás tortilla de huevos. Lo que te mereces.

—Que antes lo dije en broma. Un accidente es muy improbable.

—Pero no imposible.

—Imposible no hay nada en el mundo.

—Sí, que yo vuelva contigo. Eso es imposible del todo—se volvió y me dio una patada en los cataplines que me dejó doblado.

—Una más así y no puedo volar.

—Pues mejor, nos ahorramos el salto.

—No, no, tienes que saltar. Te prometo que será la mejor experiencia de tu vida.

—Y a lo mejor también la última.

—Que no, que no….

No lograba calmarla y en el momento de tirarse era más una furia que una mujer.

—¡¡Sigue mis instrucciones!!

—Y tú las mías si quieres vivir: si tienes valor me haces otra jugarreta así, que no paras de liar las cosas.

—Tú dijiste que te gustaría.

—Y también ser madre y me cago de pensar en meterme en el paritorio, ¿no? Son cosas que se dicen.

—¡¡Vamos allá!!

Lo que pudo gritar en los primeros momentos… Suerte que allí no me podían detener. La sujetaba y trataba de tranquilizarla, hasta que llegó el momento de abrir el paracaídas.

—¿Otra vez para arriba? ¡¡Te mato!!

—Tranquila, mi niña, tranquila. Disfrútalo…

—Lo mismo me dijiste la primera vez que me la metiste por el culo y no te digo lo que me dolió.

—Ya, ya—tuve que aguantar la risa.

Por fin se calmó, al ver que el paracaídas permitía una caída mucho más suave. De pronto, noté cómo se relajaba y comenzaba a disfrutar.

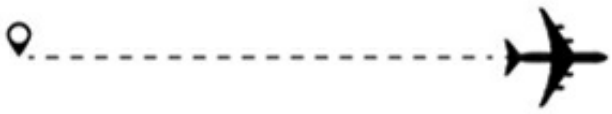
—¡¡Qué pasada!! —chilló entonces.

—Disfrútalo, que es todo para ti…

—También decías eso cuando me dabas… Mira, prefiero no acordarme.

Se hizo el silencio y los dos vibramos con aquella caída que pronto nos llevó a aproximarnos al suelo. Le recordé cómo tenía que colocar las piernas y lo hizo como la campeona que era.

Capítulo 18



—¡¡Estás loco!! —se volvió aporreándome el pecho sin parar.

—No me hagas hablar, no me hagas hablar. No quieras saber por quién lo estoy—le comenté mientras le agarraba las manos.

—A mí no me eches la culpa de nada, que tu tara debía ser de fábrica, ¿has visto lo que hemos hecho?

—Lo he visto y lo he sentido—le guiñé un ojo.

—Yo también te he sentido a ti, anda que no te agarras nada.

—¿Hubieras preferido que te soltase?

—¡¡Y te mato!! —me chilló.

—Me vas a matar igual cualquier día. Deja ya de tratar de darme patadas.

Como la tenía cogida por las manos, comenzó con las piernas.

—Es que eres incorregible, eres….

Me miró fija durante un segundo en el que los dos, inequívocamente, sentimos unas irresistibles ganas de besarnos. Y lo hizo, ¡¡me besó!! No, mejor dicho, lo hicimos ambos, porque cada uno avanzó con su rostro los pocos centímetros que lo separaban del otro, y ambos nos fundimos en un cálido y húmedo beso.

A continuación, se retiró. Y de inmediato le puse la mejilla pensando que de nuevo me iba a zurrar. Por el contrario, lo que sucedió me dejó pasmado.

—¡¡Toma!! ¡¡Por írsete la pinza!! —se dio a ella misma hablándose en tercera persona y

reprimí la risa, aunque el espectáculo fue de lo más cómico—. ¿Y tú qué miras? ¿Te da envidia y quieres otra?

—No, no me da nada, tranquila.

—Ah, bueno, por si las moscas.

Salimos del aeródromo. Ella iba delante, muy digna, apretando el paso. Con eso de que calzaba deportivas, caminaba a toda pastilla con ese gracioso contoneo suyo de caderas que me hipnotizaba sin remedio.

—¿Qué miras? —se volvió a preguntarme.

—¿Te dije alguna vez que me fascina tu forma de caminar?

—¿A mí? No creo ni que te fijases, más bien tendrías la vista puesta en todas las demás.

—Eres muy dura conmigo, bombón.

—Vuelve a llamarme bombón y mueres. Espero haberme explicado con la suficiente claridad.

—Afirmativo.

—Es que no sé ni lo que tengo encima.

—Hambre, seguro que es hambre. El salto me ha abierto el apetito, ¿a ti no?

—A mí ha podido abrirme la cabeza, pero si llega a pasar, cojo la tuya y no paro hasta abrírtela como un melón, te lo prometo.

No le di ni opción. Miré en Internet durante un minuto y escogí un céntrico restaurante en el que reservé online de momento. Tenía las mejores referencias y pinta de contar con unos salones acristalados con vistas que merecía la pena visitar.

—No estás enfilando el catillo, ¿dónde se supone que vamos?

—Necesitas airearte, Valerie. Es mejor que vayamos a almorzar.

—¿Más aire quieres que coja? ¿Has visto desde dónde hemos saltado? ¿Y qué es eso de que eres instructor de salto? ¿Me has puesto en peligro deliberadamente? Porque seguro que te lo has sacado de la manga, que mientes más que hablas.

—Lo soy, ¿o acaso te ha pasado algo malo conmigo?

—Hoy no, pero cuando salimos…

—Tampoco es que te mintiese. No estaba en tu misma onda en ese momento. O mejor dicho, no sabía que lo estaba.

—Ya, hasta que moriste de amor por mí.

—No morí, pero lo pasé mal.

—Si pudiera creerte aunque solo fuera por una vez.

—Si me pudieras mirar a los ojos sin rencor, encontrarías en ellos el motivo de que esté aquí.

—Estás en París porque tus padres no te perdonarían si no asistieras a la boda de tu hermano.

—Ok, pero si viendo el plan me he quedado, es porque quiero recuperarte a toda costa.

—Te voy a hacer una pregunta y me gustaría que por una vez en la vida me fueses sincero, ¿es mucho pedir?

—Claro que no.

—Vale, pues ahí va, ¿desde cuándo te drogas, Noah? ¡¡Y no te rías!!

—Me haces esa pregunta y quieres que me quede serio. Me pides un imposible, Valerie.

—Es que no hay otra… Seguro que te drogas.

—Me hacen controles médicos continuos en la aerolínea, como al resto de pilotos. Detesto las drogas, pero si no fuera el caso, no podría consumirlas tampoco.

—O te estarás tirando a la enfermera que hace las analíticas, que no me extrañaría nada.

—¿Tú te crees que me he tirado a medio planeta?

—¡¡Más o menos!! Por ahí debe andar la cosa.

—Venga, vamos a reponer fuerzas, a ver si te vuelve la cordura. Almorcemos.

—En eso tienes razón. Debe volverme porque en el aeródromo me has provocado una enajenación mental transitoria de la que no me siento nada orgullosa.

—Me has besado de corazón, digas lo que digas.

—He sido una necia, eso es lo que he sido… Me arrepiento por completo de haberme dejado llevar por los nervios.

—¿Eso quiere decir que me has besado porque estabas nerviosa?

—Evidentemente.

—¿Y besas a todos los que están a tu lado cuando te sientes así?

—¿Eres abogado ahora?

—No, solo responde a mi pregunta, por favor.

—Claro que no, idiota.

—Pues entonces, ¿me lo puedes explicar un poco mejor?

—¿Vas a sacar un polígrafo para hacerme la prueba? ¡¡Ha sido un error!! Un error garrafal, como todos los que cometo cuando estás cerca de mí.

—¿Y eso no te da que pensar?

—Sí, me da que pensar que deberías alejarte de mí.

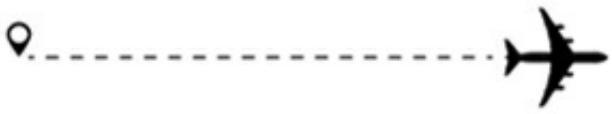
—No es esa la conclusión que yo saco, la verdad. Pero si lo quieres ver así.

—No puedo verlo de ninguna otra manera. No quiero que me arrastres. Lo que ha pasado hace un rato ha sido fruto de la adrenalina y de la confusión del momento. Estaba muy alterada y no volverá a suceder. Solo te ruego que no se lo…

—Jamás se lo contaría a mi hermano, eso no tienes que decirlo, ¿vale?

—Eso espero. Ya me decepcionaste una vez y no quiero que lo hagas más. No deseo perder lo que tengo con Oliver. No te pido que lo entiendas, pero sí que lo respetes, creo que me lo merezco.

Capítulo 19



—Espero, quiero dar una vuelta por el centro—me pidió después del almuerzo.

—Por supuesto, también podríamos tomar un café. No tengo prisa por volver al castillo, aunque reconozco que es una maravilla. Anda que habéis escogido una cabaña para que nos alojemos en París.

—Tu familia no está precisamente acostumbrada a quedarse en cabañas. Es muy poderosa. Qué calladito te lo tenías.

—Ya ves. Sin embargo, seguro que mi hermano te lo contó enseguida. A Oliver le gusta sentir eso que llaman la erótica del poder.

—Me lo comentó, sí. Nunca ha tenido secretos conmigo.

—Ya lo vas a santificar. Pues nada, San Oliver.

—No es eso y tú no deberías hablar así de él después de lo que le hiciste. Aunque el karma te la haya jugado para empatarla.

—Pues sí me la ha jugado bien. Dime una cosa, ¿qué le viste? De verdad.

—Pues aparte de que es un tío atractivo…

—Lo es, lo es. Y eso que es el más guapo de los dos, evidentemente, soy yo.

—Y el más engreído también—me sacó la lengua justo en el momento en el que dio un resbalón.

—¡¡Que se descalabra la novia!! —la cogí al vuelo y a continuación le ofrecí mi brazo.

—No sé si debería cogerlo.

—Y eso que ha sido el brazo. Si te llego a coger la mano, me descalabras tú a mí.

—Exacto. Va, el brazo porque el suelo está resbaladizo—me comentó a cuenta de que habían pasado una de esas máquinas con agua que van limpiando las aceras.

—Ahora en serio, ¿qué más le viste?

—Que vino flechado por mí, que no titubeó. Si te soy sincera, eso me conquistó por completo, Me diste tantas veces esquinazo, me hiciste tanto daño con eso, que cuando vi que Oliver venía así por mí, deseando conquistarme, me ganó por completo.

—¿Te ganó o te enamoró?

—Y dale con el polígrafo otra vez, me enamoró obviamente. Por qué si no me iba a casar con él.

—No lo hagas. Fúgate conmigo.

—Tú has visto muchas películas.

—Y tú muy pocas, por lo que veo. A veces, las historias dan un giro radical e inesperado.

—Y tanto. La mía ya lo ha dado, ¿es que no lo ves? Quería algo contigo y ahora me voy a casar con tu hermano.

—Qué dura de mollera eres.

—Y tú qué sencillito y qué fácil de llevar.

—No te hubieras enamorado de mí si hubiera sido alguien sencillo.

—¿Y quién te dice que me enamoré de ti?

—Lo sé porque entonces me mirabas como ahora te miro yo a ti.

—Mira este escaparate—me salió por la tangente—. Estoy buscando algo así, ¿qué te parece?

—Que en las Seychelles no vas a necesitar un abrigo de ese tipo.

—Es que no voy a ir. Al menos contigo. De luna de miel no sé adónde iremos, porque es una sorpresa que Oliver me quiere dar.

—Pues igual te lleva a una reunión de trabajo.

—No te burles así de tu hermano.

—Es que no es normal lo suyo, ¿dónde está ahora mismo?

—Para él es importante el reconocimiento, que le admire.

—Sí, y si puede ser subido en un pedestal, mejor que mejor.

—No te van a servir de nada tus bobadas. Voy a entrar a probarme ese abrigo, me ha encantado.

—Y yo contigo.

—No te hagas ilusiones, que no necesito desnudarme para hacerlo.

—Solo de mencionarlo, se me ha subido la tensión.

—Pues controla que sea lo único que se te suba o te las verás conmigo.

—Eres mala. Valerie, eso no lo recordaba.

—Pues si lo soy, me habrás enseñado tú.

Entró y comentó con la dependienta que quería probarse el abrigo. El estilo siempre lo tuvo impecable. Aun con sus deportivas, le quedaba que ni pintado.

—Estás alucinante, nos lo llevamos.

Se trataba de un abrigo con doble botonadura, de estilo militar y en verde kaki, elegantísimo y muy versátil.

—Sí, es ideal. Me lo llevo, no “nos lo llevamos”.

—Como quieras, tú lo cargas si quieres—le guiñé un ojo—. Pero te lo regalo yo, eso es incontestable.

—Recuerda que siempre tengo contestaciones para ti.

—Lo recuerdo y también que casi ninguna suele ser bonita.

—Pues eso, que no me lo vas a regalar tú.

—Que sí.

Convencí a la dependiente mientras ella bufaba. Valerie se resistía, pero al menos quería hacerle ese pequeño regalo.

Salimos a la calle y lo llevaba yo.

—Mira que eres pesado. Pues, como bien dijiste, lo voy a llevar yo.

—Pesa lo suyo, ¿eh?

—¿Y dudas que pueda con él? Ya sabes que…

—Que te machacas en el gym. Comenzaste a hacerlo para machacarme a mí, ¿no es así?

Lo discutíamos entre bromas cuando de pronto vi pasar a un tipo corriendo a toda velocidad a su lado, mientras ella caía al suelo.

—¡¡Hijo de puta!! —le chillé mientras trataba de levantarla.

—Ve tras él, por favor, ¡¡que se ha llevado mi bolso!!

Miré y era cierto que iba corriendo con él en la mano. Soy piloto, aunque no me salieron alas hasta ese día en el que enrojecí de rabia ante el cobarde comportamiento de aquel maldito delincuente.

Corrí a la velocidad de la luz tras él, tanto que la gente se comenzó a apartar asustada. No pensaba dejar de perseguirle en ningún momento, ni siquiera cuando en un acto bastante kamikaze cruzó la carretera sorteando los coches. La gente comenzó a chillar porque le seguí y no puedo negar que también me puse en riesgo. Todo menos dejar que se esfumase.

Cuando ya estaba a punto de alcanzar la acera contraria, un coche casi se lo lleva por delante y tuvo que frenar en seco. Ese fue el momento en el que lo cogí por la parte trasera de su anorak y tiré de él.

—¡¡Ya eres mío, cabrón!! —chillé y entonces tiró el bolso al suelo.

Me agaché a cogerlo porque lo hizo a cierta distancia. No era tonto. Así tendría que decidir entre seguir sujetándolo a él o ir a por el bolso, porque de otro modo cualquier coche lo podría atropellar.

No me quedó otra que correr a recogerlo y el tipo, mientras, salió pitando y se perdió entre las calles.

Di media vuelta y regresé adonde estaba ella, ya de pie.

—Gracias al cielo. Tengo el móvil nuevo, todas las tarjetas, en fin… Que me has salvado la vida.

—Eso es lo de menos. Dime que estás bien, de verdad—la abracé.

—Lo estoy. Y tú, ¿en qué estabas pensando al cruzar así? ¡¡Me has dado un susto de muerte!!

—Estaba pensando en que haría cualquier cosa por ti.

—Estás muy loco tú, Noah Vanderbit, pero que muy loco.

—Ven, vamos a revisarte las rodillas—traté de levantarle sus elásticos pantalones.

—¿Qué haces? ¡¡Todos nos están mirando!!

—Comprobar si las tienes peladas.

—Que no soy una cría…

—Un poco sí que te las has pelado. Vamos a llevarte a urgencias y que te ingresen. Así no te puedes casar.

—Sabes que es imposible ser más tonto que tú, ¿verdad?

—Puede ser, pero te he hecho sonreír. Y ahora, por favor, cógete a mi brazo—se lo ofrecí de nuevo.

Lo hizo de buen talante y eso me alegró. Le hizo pensar mi gesto. Al llegar a casa, se lo contó a todas, que ya estaban de vuelta.

—Tendríais que haberle visto. A mí casi me da un pasmo, cómo corría sorteando los coches mientras perseguía al otro.

—A mí me da seguro.

Mi madre se llevó las manos al pecho. Era bastante asustadiza en los temas referentes a la seguridad de sus hijos.

—Hija, qué poco espíritu tienes. Deberías decirle a Noah que se ha comportado como un héroe.

—Abuela, tampoco te pases, que no ha sido para tanto.

—Que sí, Noah, que sí. Que tú siempre los has tenido muy buen puestos. El problema es que tu madre se asusta de todo.

—De todo tampoco, no seáis así—se defendió ella. O más bien, trató de hacerlo.

—Que sí, tía Roxanne, que eres la típica madre protectora. Cuéntale, cuéntale a Valerie lo que le dices a Noah cuando va a volar.

—Pues que no corra mucho, qué le voy a decir.

Comenzamos a carcajear todos y ella no paraba de pestañear, en un gesto muy gracioso.

—Cuando todos tengáis hijos, ya me entenderéis.

—¿Eso me incluye a mí? —más se reía mi abuela.

—Me está sonando el teléfono. Este es Marc para decirme que ya llegan por la mañana, seguro.

Descolgó y enseguida notamos que la cara se le desencajaba.

—¿Cómo? ¿Un día más? Sí, sí, pásame a mi hijo, que le voy a cantar las cuarenta, ¿cómo te has dejado embaucar así por él? Ya, ya, que es una gran oportunidad y que Oliver está entusiasmado. Pues eso que me lo diga a mí, ¿qué cara crees que se le quedará a su novia? Qué hartura de negocios ya. ¿Que no se pone? Pues dile de mi parte que va a ser el más rico del cementerio, pero que igual se pierde más de una cosa por el camino. Y te dejo ya, que se me está calentando el pico.

Colgó y no sabía ni cómo decirle a Valerie.

—No te preocupes, que ya me he enterado, Roxanne. Que no vienen mañana, sino pasado.

—Lo siento mucho, Valerie. A mí no me parece apropiado, no en estos días para los que teníamos proyectados muchas cosas. Mi hijo mayor es así, el trabajo le ciega. No quiere decir que sea malo, pero…

—No tienes que excusarle. Y tranquila, que sé muy bien lo que representan los negocios para él.

—¿De verdad que no te sienta mal?

—Para mí que le ha sentado hasta bien.

—Mamá, ¿qué dices? ¿Estás borracha? —le preguntó a la abuela.

—Anda que no es difícil eso. Si no me dejáis ni una botella a mano. Más de una propina he tenido que soltarle al servicio para que me bajen una.

Mi madre se echaba las manos a la cabeza. Emma intervino enseguida.

—Tía Roxanne, esta no es ninguna tragedia. Estamos en París, en unos días de vacaciones y súper alegres, podemos hacer lo que nos dé la gana, ¿dónde está el problema?

—Pues eso digo yo también, hija, quita esa cara de penuria. Esta noche nos vamos todos de fiesta y arreglado—le propuso mi abuela—. Baile, alcohol, pastis…

—Mamá, ¿qué parte de que las únicas pastillas que puedes tomar son las del corazón no entiendes?

—Roxanne, qué te gusta aguarme la fiesta.

—Vosotras igual no, pero ¿os importa si salimos otra vez nosotros? —les preguntó mi prima.

—Emma, con que pague yo la condena de quedarme con la aburrida de mi hija es suficiente. Los demás, largaos.

—Mamá, no soy aburrida, soy responsable.

—Es lo mismo. Venga, ¡¡a los demás ya os quiero fuera!!

—No, salid vosotros. Creo que no es buena idea que vuelva a salir esta noche. Soy la novia y tengo que cuidarme—se excusó Valerie—, o al final llegará el día y tendré ojeras.

—O no llegará el día—soltó la abuela por lo bajo, mirándome cómplice.

—No, no. Tú te vienes, Valerie, que voy a llamar a Pierre para que se nos una y nos vamos los cuatro por ahí—tiraba Emma de ella.

—*"Y si con otro pasas el rato, vamo' a ser feliz, vamo' a ser feliz, felices los cuatro…"*

—Eres la bomba, abuela Victoria, ¿te sabes esa canción? —le preguntó Valerie al ver que la cantaba. Mi abuela sabía castellano porque su abuelo fue argentino y se lo enseñó de niña.

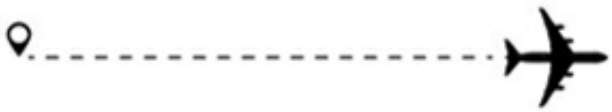
—Y un montón más. Si me llevarais de fiesta, sabríais lo que es bueno, pero como está la desaborida de mi hija poniendo orden…

—Ya me tocó otra vez.

—¿Acaso es mentira, Roxanne?

—Hijo, qué cruz con tu abuela—me hizo una carantoña—. Siempre fue cariñosísima conmigo mi madre. No podía tener ninguna queja de la familia que me tocó en suerte.

Capítulo 20



La familia de Pierre también era rica, una de las más adineradas de París. Y cuando nos citó a orillas del Sena se me vino a la cabeza que mi prima tenía algún plan para esa noche.

—¡¡Fiesta a bordo de un barco!! —nos propuso nada más llegar.

Pierre salió a recibirnos. Desde luego que no se trataría de una fiesta a cuatro, como cantaría la abuela, sino que eran muchos los amigos de aquel chico que ya estaban a bordo.

—¡¡Bienvenidos!! —nos dijo con una copa en la mano.

—¡¡Guau!! ¡¡Cómo te lo montas, chaval!! —le dio un piquito Emma y Valerie la miró con ojillos picantones.

Estaba claro que a mi prima, cuando menos, le molaba su amigo, quien enseguida fue a por copas para todos nosotros.

—No nos habías dicho que se trataba de una fiesta en un barco, petarda—le comentó a Emma.

—Y tú no lo quieras saber todo de antemano, ¿o no son las sorpresas lo mejor de la vida?

—Estoy de acuerdo, porque no esperaba encontrarme contigo en París y estoy de lo más contento—le comentó Pierre.

—Tú no solo estás contento por verme a mí—le cogió ella por la camisa y le dio otro pico. Era evidente que él ya llevaba varias copas encima.

Comenzamos a bailar a ritmo de salsa, de bachata… Me encantaba hacerlo con Valerie, aun a riesgo de que me petase el corazón porque sus sugerentes movimientos me ponían muchísimo.

A Emma también se la veía animadísima con Pierre, al punto de que en nada comenzaron a besarse mientras su mano trascendía la parte baja de la espalda de mi prima.

—¿Se están liando o me lo parece a mí?

—Se están liando, se están liando un poco. Debe ser que la noche nos confunde a todos.

—Yo no pensaba salir, me habéis traído casi a rastras.

—Porque no quieres que la noche te confunda tampoco, ¿no es así? —acorté las distancias con ella.

—No, no me va a confundir. Te dije que no se repetiría lo de esta mañana y pienso cumplirlo —me indicó mientras notaba cómo la frente se le perlaba de sudor y daba un paso atrás.

Se encontró directamente con la pared y me aproximé un poco más. Las manos las apoyé en esa misma pared y me quedé mirándola, como delirando. Le costaba sostenerme la mirada…

—¡¡Vamos a bailar!! —me empujó porque se notó acorralada.

Lo hicimos, yo iba sonriente por lo que acababa de ver. Al notarse acorralada, le costó mucho contenerse. Y de ahí el empujón.

El francés siempre me ha resultado un idioma de lo más insinuante y cuando aquel barco, navegando por el Sena, comenzó a reproducir música en ese idioma, noté que le pasaba lo mismo.

Era música más lenta, de esa de bailar agarrados. Y más de uno y más de una habían seguido la estela de mi prima y del anfitrión. Había parejas que se estaban besando mientras sonaba esa melodía que incita a hacerlo, titulada…

A Valerie seguía costándole mirarme a los ojos. Y entonces yo hacía por subirle el mentón para que no tuviese otra opción.

—Hace demasiado calor aquí, parece que estuviéramos en el jodido infierno.

—¿No es allí donde están las niñas malas? —le dije colocando mi mano en su trasero, no me lo pensé. No pude resistirme.

—Ya, por favor… Subamos a cubierta, que eres el mismo demonio.

—Por eso estamos en el infierno.

Suerte que íbamos arreglados, pero con ropa de abrigo por encima, puesto que la temperatura en cubierta no tenía nada que ver.

—¿Quieres que te deje también mi abrigo? —le pregunté.

—¿Para ponérmelo encima del mío? Voy a parecer una boya de esas del mar.

—Tú del mar solo puedes asemejarte a una sirena.

—Si hasta sabes decir cosas bonitas. No, no tengo frío, gracias. De hecho, tengo mucho calor, ¿has contado cuántas copas llevamos?

—Ni idea. No es noche para andar con recuentos de copas, sino para disfrutar.

Lo estaba haciendo y mucho. La deseaba como nunca llegué a desear a ninguna otra mujer, pero era evidente que había dado pasos en su dirección. Y no pocos. A la vista estaba que se encontraba allí conmigo y que ya no me miraba solo para abofetearme.

—No es el mar, pero se le parece, ¿verdad? —me comentó mientras veía el vaivén de olas que produciría el crucero a su paso por el río Sena.

—¿Te gustaría estar en el mar?

—Estoy un poco borrachita, por eso no me puedes tener en cuenta nada de lo que te diga esta noche, ¿estamos?

—Estamos. Tampoco te creas que voy muy fino yo.

—Pues a veces me gustaría estar en medio de una isla desierta y olvidarme de todo.

—¿De todo? ¿Hasta de la boda?

—Hasta de la boda y de Oliver, sí. Y no chistes, no digas nada, que no quiero—me puso los dedos sobre los labios.

No añadí nada. Sobre todo porque no quería que lo sedoso de sus dedos dejara de rozar mis labios. Es más, después de permanecer con ellos quietos durante unos segundos, sus yemas comenzaron a recorrerlos, dibujándolos por encima.

—Estos labios, Noah, estos labios me llevaron a delirar. Me hicieron la más feliz y luego la más infeliz. Cuando me di cuenta de que habías jugado conmigo, te maldije y luego me maldije yo. Y ahora también te maldigo, ¿por qué tuviste que hacerlo?

—Ojalá nunca te hubiese dejado, ojalá que no—le comenté mientras mi rostro se acercaba al suyo, mientras iba robándole un poco de su espacio personal, deseando meterme en él casi tanto como deseaba meterme en sus bragas.

Sucumbió. Lo estaba pidiendo a gritos, lo mismo que yo. Y entonces sí que nos dimos un largo beso, en aquel romántico escenario, con las letras francesas sonando de fondo.

—Te deseo, Noah, te deseo tanto…

—Y yo también a ti, Valerie, y yo también a ti—le respondí mientras buscaba su trasero por debajo del abrigo, momento que aprovechó para saltar sobre mí.

Había camarotes en aquel crucero, evidentemente, cómo no iba a haberlos. Y entré con ella buscando uno desesperadamente.

Valerie jadeaba mientras entramos en uno en el que encontramos a una pareja haciéndolo. No se dieron cuenta de echar el pestillo, iban tan pedo como nosotros.

—¡¡Lo siento, lo siento!! —exclamé cerrando la puerta de golpe.

—Esos se han debido pensar que queríamos hacer una orgía—rio ella.

—De eso nada, no te compartiría con nadie.

Arqueó una ceja como diciendo que no era mi novia, que eso tenía poco sentido, aunque para mí lo tuviese todo.

Íbamos alcanzando la puerta de otro de los camarotes cuando una pareja compuesta por dos chicas entraban en él.

—Que podéis pasar si queréis, ¿eh? —nos invitaron.

—No, gracias. Hay un solo rabo y ese es para mí—les soltó con una gracia que nos tuvimos que reír todos.

—¿Tú has escuchado lo que les has dicho?

—Claro que sí. Es que hay mucho vicio en este barco. Comenzando por el mío.

Alcanzamos un nuevo camarote y ese sí que estaba vacío.

—Menos mal. Se nota que no hay que pagar alquiler por ellos, qué demandados están.

—Pagaría lo que fuera por estar esta noche aquí contigo.

—Eso es porque eres rico, no tiene mérito.

—Lo pagaría igual si tuviera que robar un banco para ello.

—Eso lo tendrían que ver mis ojos. Como también quieren ver…

Ya me estaba desabrochando la bragueta. Iba a tiro hecho mientras yo la despojaba también de su abrigo (el mío me lo fui quitando camino del camarote) y tiraba de su vestido hacia arriba.

Recordé que siempre me pareció que el de Valerie era un cuerpo de diosa, pero al tenerlo de nuevo ante mí comprobé por qué era la mujer por la que me moría con estar.

No voy a decir que no hubiera cuerpos mejores, aunque para mí el suyo fuese perfecto. Lo que sí puedo afirmar y con ello no me equivoco es que ninguno podría atraerme como el de Valerie.

Sus turgentes senos tan bien colocados y del tamaño justo para que mis manos pudiesen cubrirlos, esas caderas suyas que parecían haber salido del mismo Caribe, esa otra tierra que tanto me tiraba… Su melena, la que dejó crecer para darle un aspecto aún más provocador y que movía de un modo que me dejaba absolutamente hipnotizado. Y luego estaba lo del brillo de sus ojos, de esos enormes y azules ojos suyos que parecían dos espejos en los que se veía mi propio reflejo.

Era pura lujuria la que nos acompañaba en aquel camarote en una noche en la que la luna llena nos servía de faro, en una noche de pasión en la que le pedí a mi lengua que se afanase para darle el mayor de los placeres.

Antes de hacerlo, fueron mis dientes los encargados de tirar de sus braguitas brasileñas de encaje hasta deshacerse de ellas. Valerie, mientras, se agarraba fuerte a mi pelo como si temiese que me fuese a marchar de nuevo, cuando no existía ningún otro lugar en el mundo en el que quisiese permanecer más que en aquel.

Al descubrir de nuevo su sabor con la punta de mi lengua en el interior de su monte, tuve la constancia de que jamás me había olvidado de él. Es más, de que lo busqué en todos aquellos montes en los que hice una incursión desde que ella no estuvo en mi vida.

Gimoteaba y se removía. Mi miembro ya había adoptado para entonces era rigidez que era de impresión y lo notaba tan duro que, de no encontrar pronto el alivio, incluso me dolería. Ella lo encontró palpitante mientras lo tomó con su mano. También palpitaba su clítoris cuando salí del interior de su monte y le di alcance, mientras abría con suavidad sus labios vaginales.

Fueron muchas las veces durante aquel tiempo en las que me imaginé cómo sería volver a poseerla. Con el corazón en la mano os digo que siempre me imaginaba haciéndolo con una fiereza que no se correspondió a la de ese momento.

Por mucho que lo deseara con toda mi alma, no podía tener la absoluta certeza de que después de esa noche, hubiera más noches con ella, hubiera más noches con la mujer de la que estaba

enamorado hasta el punto de que el alma se me desgarraba cuando pensaba en la posibilidad de que quizás no pudiera compartir más momentos así con la dueña de mi corazón.

Al menos, la tenía allí en aquella ocasión, y por la posibilidad de que pudiera ser la última, solo quería decirle con mis gestos eso que solía hacer con mis palabras y que no parecía surtir efecto: que la quería.

Era su placer lo que buscaba por encima de todas las cosas. Nunca me consideré mal amante. Jamás ninguna mujer tuvo queja alguna en ese sentido, si bien no puedo obviar que fui a lo mío en más de una ocasión y que tampoco me esforcé demasiado por dejar la mejor huella en la otra persona.

Pese a ello, la vida me brindó la oportunidad esa noche de deshacerme con ella, de que me encontrase en la intimidad a pecho descubierto, y nunca mejor dicho, loco de deseo y loco también por demostrarle que ella y solo ella era lo que más me importaba en la vida.

Se abría conmigo como una flor, como si fuese la primera vez. Obviamente no lo era, pero percibí así la delicadeza de su sexo.

Una vez logré que llegase al clímax, que el éxtasis la invadiera por completo, bebí de esa vasija que derrochaba pasión en forma de gotas húmedas que lubricaron mi garganta, pues jamás un líquido me sació como aquel. Procedía directo de sus entrañas y allí era justamente donde deseaba meterme.

Valerie continuaba como extasiada y me dedicó una preciosa y sugestiva sonrisa sobre el colchón de aquella mullida cama en la que se estaban revolcando nuestros fogosos cuerpos.

Todo apuntaba a que sería una noche tórrida, si bien mi deseo era que también lo fuese inolvidable. La amaba, la amaba con una pasión desmedida, con una pasión que se dejaba ver en cada uno de mis gestos y de mis movimientos. También en mis palabras, que salieron de mi boca sin permiso de mi cerebro, si bien él allí no mandaba nada. El único que lo hacía era mi corazón y él era el que me impulsaba.

—Te amo, te amo tanto—susurré en su oído mientras que iba entrando en ella, mientras que mi rígido miembro iba ganando posiciones y se adentraba en ese canal tan estrecho y húmedo que me llevaba hasta los confines de Valerie.

—Yo también te amo, Noah, yo también te amo.

Juro que su cuerpo me ponía como ningún otro, pero que más me pusieron sus palabras. Habría dado lo que no tenía por escucharlas durante mucho tiempo y de pronto, como quien no quiere la cosa, me las regaló, haciéndome sentir el más feliz de los hombres del mundo.

Me paré durante unos segundos para abrazarla. No pude ni quise evitarlo. Solos ella, ese

abrazo y yo. Un abrazo con el que le dije tantas cosas que sentí que la emoción me invadía al tiempo que comprobé que hay amores que crees que ya no pueden crecer más. Y de pronto te ves en una situación en la que compruebas que pueden hacerlo, iniciando un ascenso tan meteórico como imparable, y entonces tuve la certeza de que mi amor por Valerie alcanzaría un nivel infinito.

Bebía también de los labios de su boca mientras mi cadera seguía el ritmo de la suya, pues pese a estar bocarriba y con su cuerpo casi aplastado por el mío, no dejaba de moverse. Ella llevaba el ritmo en la sangre y eso se nota en cualquier lugar y circunstancia.

Notaba también los fuertes latidos de su corazón. Nunca hubiese imaginado que pudiese latirle de un modo tan apreciable desde fuera y hasta llegué a temer que aquel escandaloso ritmo se debiese a que no se encontrara bien.

Me quedé más tranquilo al comprobar, poniéndole la mano encima, que al mío le pasaba lo mismo. Y entonces comprendí que era cosa de dos, que Valerie sentía lo mismo que yo, y que eran nuestros corazones, latiendo a tope, los que tomaron el relevo a nuestras bocas a la hora de confesarlo.

Me explayaba en su interior. No se trataba de las típicas embestidas en las que entras y sales de alguien, echándole un pulso a tu aguante. Para nada era eso. Más bien se trataba de otro tipo de embestidas en las que con mi miembro viril saboreaba cada uno de los milímetros de la hirviente piel de ese camino que transitaba para introducirme en ella.

Se le notaba el total sofoco previo al orgasmo. Ya había bebido sorbo a sorbo del anterior, del que le provoqué con la lengua, y en este segundo recibí una lluvia que me empapó hasta los alrededores.

De nuevo paré unos segundos para volver a coger comba. Quería disfrutar de ese riego que recibí de su parte mientras me deleitaba con ese gesto que se le quedó cuando las contracciones del orgasmo cesaron.

Me gustaba tanto que hubiera estado toda la noche haciéndole el amor. Laxa, parecía que su cuerpo no podía acumular más fuerzas, si bien Valerie era especialista a la hora de sorprenderme. Lo digo porque cuando menos lo esperaba, se vino arriba totalmente. Y justo arriba de mí fue donde quiso colocarse.

No se me hubiera ocurrido una mejor postura para seguir disfrutando de la visión más erótica que jamás habrían podido contemplar mis excitados ojos. Y no eran mis ojos los únicos que lo estaban, pues por momentos aumentaba la temperatura del camarote debido a lo ardiente de nuestros cuerpos.

Ella se había ido haciendo con el control, al dirigir la maniobra a la hora de que me colase en su monte, desde arriba, eligiendo la calma mientras se movía al ritmo de las eróticas melodías que procedían de la fiesta y que nos servían como música de fondo.

Nos venía bien esa música porque nunca se cortó a la hora de correrse y tampoco lo hizo esa noche en la que redescubrí su cuerpo. Y entonces, sus gritos quedaban amortiguados por esa música que se quedaría en mi mente para siempre, porque hay cosas que no se olvidan.

Fue en esa postura cuando llegó a pasarle por tercera vez. Y también la que eligió para que me pasara. Me refiero a que cuando una mujer decide llevarte al límite, sabe muy bien cómo hacerlo. Y más si se trata de una mujer volcánica, como podría decirse de ella.

No sé si en realidad fue un volcán lo que entró en erupción en aquel camarote o fue más bien la fuerza de un huracán que, a puros soplidos, se lo llevó todo a su paso.

Cuando nos pasó de modo simultáneo, cuando sus uñas se clavaron en mi piel al mismo tiempo que mis ojos lo hicieron en los suyos, terminamos por caer reventado el uno al lado del otro.

No dijimos nada. Solo nos fuimos quedando en silencio, mientras nuestros ojos iban cediendo poco a poco, cerrándose. De aquella alucinante noche siempre recordaré muchas cosas, si bien una de las que jamás olvidaré será la preciosa sonrisa que se le fue dibujando en su rostro y que ni siquiera se borró una vez que se hubo dormido.

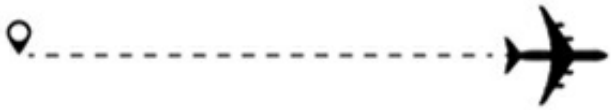
Valerie ya no me veía, tampoco la abracé para que me viera. Si lo hice fue porque me nació, porque mi alma me gritaba que la deseaba tanto que no podía resistir la tentación de tratar de fundirse con ella durante el sueño.

Luego recordé las palabras que mi madre siempre me repitió desde niño, muy alentadora: que yo podría llegar a donde quisiera, hasta la misma luna si me lo proponía, que solo tenía que volar con mis pensamientos, tan alto como deseara.

A la luna no me había propuesto llegar, aunque los cielos los surcaba a los mandos de un avión muchos días del año, entre nubes que parecían de algodón y se me antojaban como figuras muy diversas. Más de una vez imaginé en ellas la silueta de mi adorada Valerie, y esa noche la tenía entre mis brazos tras haberla poseído a placer.

El alcohol no me permitía pensar con claridad, pero sí disfrutar de mis pensamientos. Y ese disfrute fue el que me condujo a un reparador sueño.

Capítulo 21



—¡¡Hora del desayuno!! ¡¡Polizones al comedor!! —escuchamos decir a Pierre por la mañana.

Fue ese el instante en el que volvimos a la vida. De la borrachera de la anterior noche tan solo nos quedaba un curioso dolor de cabeza a cada uno, a ella más que a mí por lo que pude comprobar después.

—¡¡Esto no puede haber pasado!! —exclamó al abrir los ojos y encontrarse con mi cuerpo al desnudo. A continuación, miró al suyo con idéntico resultado. Y volvió a taparse de inmediato.

—Buenos días, preciosa.

—¡¡Echa el freno!! ¡¡Echa el freno!!

—Dirás mejor que eche el ancla, porque te recuerdo que navegamos en un barco.

—La madre que me va a parir de nuevo, esto no es un barco, ¡¡es un antro de perdición!!

A todo esto, escuchamos la voz de mi prima Emma. Por el tono con el que hablaba, y que yo conocía muy bien porque había salido mil veces con ella de fiesta, esa se había pillado también un pedal de mucho cuidado la noche anterior.

—¡¡Chicos!! ¿Estáis por ahí? Contestad, que estoy acojonada.

Fui a abrir la puerta del camarote sin darme cuenta de que estaba desnudo aún.

—¡Insensato! ¿Qué crees que pensará tu prima cuando te vea así?

—Lo mismo que pensará cuando le abra con los pantalones. Pierde cuidado.

—¿Que yo pierda cuidado? Eres tú quien ha perdido la cabeza, te lo juro. ¡¡Y yo más!! ¡Qué he hecho?

—¡¡Chicos!! —escuchamos de nuevo.

—Emma, estamos aquí, tranquila—entreabrí la puerta del camarote.

Valerie no la veía, pero ella me dedicó una picante sonrisita que le devolví.

—¿Valerie también? Entonces me quedo más tranquila—pronunció.

—Sí, sí, y esto no es lo que parece.

—Qué va, yo también he estado de retiro espiritual toda la noche. Con la copa en la mano, eso sí.

Cerré la puerta y ella estaba roja como un tomate. Las mejillas le hervían y cuando quise echarle un poco de aire en la cara, me empujó hacia atrás de un manotazo.

—¡Joder! ¿Me huele el aliento?

—Claro que no, imbécil, pero ¿has visto lo que hemos hecho?

—Lo mismo que los demás, ¿o es que acaso no has oído a mi prima?
—Pero ella no se casa en unos días, ¡¡esto es una locura!!

—No te pongas así, considéralo una despedida de soltera, ¿quién no hace alguna locurilla en ellas? —traté de calmarla con una sonrisa socarrona.

—Esa sonrisilla me la vas quitando si no quieres perder los dientes. Las cosas se van enredando cada día más, ¿por qué ha tenido que marcharse Oliver?

—Por negocios, por negocios—le recordé—, que es lo que más le importa en la vida.

—Porque es muy responsable, por eso. Ha salido a tu madre.

—No, mi madre y él no tienen nada que ver. Te lo digo yo que los conozco bien.

—Te crees muy listo, ¿no? Te las has ingeniado para acostarte conmigo. Vaya táctica la tuya, pero no te va a servir de nada.

—No, no, por ahí no paso. Yo no quiero que te cases con Oliver, pero te juro que jamás se me ocurriría aprovecharme de ti. Estábamos borrachísimos los dos.

—Ya, si es que nos lo bebimos todo. Vaya par de inconscientes, ¿te das cuenta?

—De que todo va sobre ruedas cuando te dejas llevar, ¿no?

—No, idiota… De que me buscas la ruina cada vez que apareces en mi vida. Eres lo peor, Noah.

—Venga, no piensas lo que estás diciendo. Nos esperan para desayunar.

—Yo por el comedor no pienso aparecer. Ya puedes hacerlo tú cuando te dé la gana.

—No pienso dejarte sola, me quedo aquí contigo.

—De eso nada, ¡ya te estás largando! Quiero estar sola.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto, ¡¡que te largues!! No sé cuántas gilipolleces pude decir anoche. Me arrepiento de todas ellas, que lo sepas. Y lo peor fue las que hice, la verdad.

—Va, va, te voy a dejar un poco a solas, que tampoco estoy teniendo mi mejor despertar.

—Pues no sé por qué, la verdad porque te has terminado saliendo con la tuya. Deberías estar dando saltos de alegría.

La dejé allí y salí. Mi prima ya estaba sentada a la mesa con Pierre y varios de sus invitados.

—Triunfaste anoche como la Coca Cola, ¿eh?

—Fue fabuloso, aunque ahora se ha pillado un rebote conmigo que no veas.

—Está confundida, déjala.

—No puedo hacer otra cosa. No quiere ni verme. Hemos vuelto al punto de partida.

—Eso no te lo crees ni tú. Si Valerie está así de cabreada esta mañana es porque lo que siente por ti la ha puesto contra las cuerdas y la ha llevado a hacer cosas de las que se arrepiente.

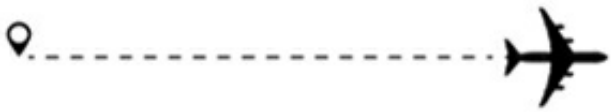
—¿Tú te arrepientes de alguna de las que hemos hecho nosotros? —le preguntó Pierre divertido en ese momento.

—Me arrepiento de algunas de las que nos han quedado sin hacer—le guiñó el ojo.

Apenas tomé más que un café. El estómago todavía lo tenía tocado y encima me disgustaba ver a Valerie así. Todo era muy contradictorio, puesto que eso ocurría después de una noche en

la que toqué el cielo con las manos y sin necesidad de subirme en ningún avión.

Capítulo 22



No conseguí que despegase sus labios en todo el camino. Apenas conversó tampoco con mi prima, y eso que entre ellas había un rollo muy bonito.

—¿Qué horas son estas de aparecer? —nos preguntó mi abuela apuntando a su reloj.

—¿A qué hora hubieras vuelto tú, abuelita? —le dio un beso Emma.

—Yo hubiera empalmado con mañana. Pero os lo pregunto a vosotros porque estoy cabreada. Tiene guasa que no me llevarais.

—Ni caso, ¿dónde habéis estado? —nos preguntó mi madre.

—En el barco de la familia de Pierre, tía Roxanne. Organizó una fiesta nocturna.

—¿Y habéis estado bailando hasta por la mañana?

—Claro—disimuló—, menudo dolor de pies que traigo. Me voy a echar un ratito.

—A ti lo que te duele es otra cosa, Emma, menudos frotes que te deben haber dado—le indicó mi abuela mientras ella iba en dirección a su dormitorio.

—Yo también quiero descansar un poco, Roxanne—le comentó Valerie con el rostro desencajado.

—Está bien, claro. Pero recuerda que dentro de un rato vienen a hacerte la última prueba de tu vestido de novia.

—Ese, el que no quieres que vea nadie, ni siquiera yo, que soy pura discreción—intervino mi abuela.

—¡Cielos! El vestido, ¡¡no me acordaba!! —se llevó las manos a la cara.

—Lo dices como si fuese un suplicio, mujer, ¡¡que es tu vestido de novia!!

—Eso, no una mortaja de la que le ponen a una cuando se va para el otro barrio, aunque según con quién te vayas a casar, la cosa está igualada.

—Mamá, qué cosas dices…

—Hija, las que pienso, que no puedo ni hablar. Me voy a quedar tonta aquí en la sillita si no puedo ni expresarme con libertad.

—Anda que estás cohibida tú…

—Pues un poco sí, porque ni beber puedo.

A todo esto, Valerie ya iba camino de su dormitorio. La alcancé al entrar en él.

—¿No te apetece hacer nada esta mañana?

—¿Y tú no te has enterado? Tengo la prueba de mi vestido de novia, la que, por cierto, se producirá en la total intimidad. ¿Sabes lo que es eso?

—Vale, lo capto—alcé los brazos.

—Menos mal.

—Como quieras todo, de verdad… Ya te dejo tranquila.

—Es lo menos—bufó.

Se la notaba agobiadísima y hasta diría que con ganas de llorar. Me metí a darme una ducha y escuché que hizo lo mismo. No podía apartar de mi mente las imágenes de la noche anterior, con Valerie debajo de mi cuerpo, encima, con sus cabellos enredados entre sus dedos…

La había sentido tan cercana y de pronto estaba de nuevo tan distante que me dolía.

Cuando salí de la ducha, con la cabeza a pájaros, escuché que mi madre la llamaba porque había llegado la modista.

En los días anteriores oí más de una conversación en torno a ese misterioso vestido. La mayoría de las novias guardan su diseño como el gran secreto de sus enlaces, compartiéndolo solo con sus más allegadas. En el caso de Valerie, ni siquiera eso, lo guardó para ella sola.

La vi bajar por las escaleras bastante apagada. Sentí lástima, no me gustaba en absoluto verla

así, pero era lo que había. Todos los actos tienen sus consecuencias y nunca llueve a gusto de todos. Nada me habría satisfecho más que el hecho de que volviera a mi lado sin sufrir, pero Valerie estaba comprometida con mi hermano y creía haberle fallado.

La modista la saludó. Debían tener bastante confianza porque le hizo hasta una carantoña al detectar la poca alegría de su cara.

Después, entraron en el gran salón del castillo para hacer la prueba. La mujer traía un par de ayudantes que venían con el que debía ser un vestido de lo más fastuoso (dado lo que ocupaba) y que cargaban entre ambos, cuidadosamente envuelto para que no se viese nada.

Salí al jardín y busqué la manera de subirme en un poyete desde el cual se podía ver el interior del salón, que quedaba a una cierta altura debido a la disposición del castillo.

Tuve que haber malabares, pero me daba igual. Había cosas que quería comprobar y no cejaría en mi empeño. Ni siquiera cuando perdí el equilibrio y creí que me abriría la crisma, me bajé. Aguanté el tipo y entonces contemplé de lejos cómo lucía con el vestido.

No se le podía objetar nada a su corte princesa y cierto que su cola venía a ser más o menos kilométrica. La elegancia era el común denominador de todo el diseño y con él parecía un ángel. Pero no lo era: Valerie era una mujer que estaba sufriendo en ese instante.

Lo supe porque rompió a llorar en un gesto que la modista debió interpretar como de total emoción, a juzgar por la forma en la que la abrazó.

A mí se me partió el alma y hasta llegué a cuestionarme por un segundo si era correcto lo que estaba haciendo. Ya le hice daño una vez y, según me decía, se lo estaba haciendo de nuevo.

Al poco, la mujer se fue. Yo me encontraba fumando en el jardín. No había conseguido soltar el cigarrillo desde mi llegada a París. El tabaco estaba asociado a mis desgracias con Valerie.

Volvió a su dormitorio y me estaba observando desde su ventana cuando miré hacia arriba y la vi. Traté de saludarla, pero por toda respuesta se metió dentro y cerró la ventana de golpe. Ese golpe resonó en mi interior como si me lo hubiese dado a mí.

Tampoco quiso bajar a almorzar, argumentando que estaba muy cansada, lo mismo que Emma, quien sí debía estarlo porque me acerqué por su dormitorio y me la encontré durmiendo a pierna suelta.

Me sentía agobiado. No notaba cansancio alguno, ese no hizo acto de presencia en mi cuerpo pese a lo larga que había sido la noche. Y, sobre todo, intensa.

En la sobremesa, me subí en el coche y conduje hacia el aeródromo. La echaba de menos, echaba de menos la sensación de los días anteriores de llevarla de copiloto, sentada a mi lado.

Necesitaba volar. Volar para mí era sinónimo de libertad. También yo tenía que aclarar mi cabeza. Quizás estaba actuando de un modo egoísta otra vez, ¿era posible? Aunque juro que si trataba de boicotear esa boda no era solo por mí, sino porque tenía la seguridad de que podría hacerla más feliz que mi hermano, mucho más feliz.

Alquilé una avioneta durante unas horas. Mi cabeza precisaba desfogar, era como un hervidero. Despegué y comencé a relajarme y a ver las cosas un poco mejor. Siempre me había pasado, en las alturas pensaba con más claridad.

Hablaría con ella a mi vuelta, una vez más. No solo era a mí a quien debía escuchar, sino también lo que quisiera decirme de corazón, Valerie. ¿Era cierto que me amaba? Me lo susurró en la cama, con el alcohol corriendo por sus venas.

Bajé de la avioneta un rato después con la sensación de haberme cargado la batería. Llegué al castillo. Mi madre y mi abuela tomaban el té con Emma en el salón, quien les estaba contando detalles de la fiesta en el barco la noche anterior. No todos, evidentemente.

Llamé con los nudillos en su puerta.

—Emma, ya te dije hace un ratito que no me apetece té, gracias—dijo Valerie desde dentro.

—No soy Emma, soy Noah.

—Contigo no me apetece té ni tampoco hablar.

—Por favor, abre la puerta.

—Lárgate, Noah, no me lo pongas más difícil, ¿no te basta con el daño que me hiciste en su día?

Me quedé consternado. Quizás tuviera que haberme ido en ese instante, pero no lo hice.

—Accede a hablar conmigo, por favor. Y si continuas pensando igual, me iré. Pondré alguna excusa y ni siquiera me quedaré para la ceremonia.

—Eso no lo puedes hacer, ¿qué pensaría tu familia?

—Me da igual. Tengo palabra, de verdad.

—Vale, pero solo unos minutos—abrió la puerta en ese momento y la cerró de inmediato en cuanto entré.

—He ido a volar un rato, ¿sabes? —rompí el hielo diciéndole.

—Lo que tienes volada es la cabeza, Noah. Este enredo no puede continuar.

—Creo que puedo hacerte más feliz que Oliver, de verdad. Bromas aparte, mi hermano no es como yo.

—Y justo por eso le elegí. Porque nadie quiere a un novio igual que su ex. Si hasta Karol G lo dice en su canción.

—Sí, pero ella dice también que el nuevo se lo hace mejor y en tu caso no es así. Te he visto en mis brazos esta noche, no me puedes engañar.

—Todo en la vida no se reduce al sexo, ¿sabes, Noah?

—Ya, tiene que haber química en muchos más sentidos. Y si te digo la verdad…

—Hazlo por una vez, sí.

—Pues que entre vosotros no la veo por ningún lado.

—Pues ponte gafas, ¿la vista no os la revisan a los pilotos?

—Eso es lo que más.

—Pues que jubilen al ocultista.

—Vamos, no digas eso, Valerie. Sé que estas muy cabreada y que por eso no quieres darme la razón en nada. No eres tú misma con Oliver, no actúas como conmigo.

—No sabía que ahora fuese actriz, la verdad. Me sorprende mucho.

—No estés a la defensiva. Te prometo que no pretendo hacerte daño.

—Esa sí que es una novedad.

—No lo pretendí en su día y mucho menos ahora, que te quiero con locura. Anoche también dijiste que me amabas.

—Olvida cualquier tontuna que pudiera decir en plena borrachera.

—¿Se la has dicho a alguien más en este tiempo? ¿Aparte de a Oliver?

—¡¡Serás desgraciado!! ¿Te crees que le voy poniendo los cuernos a tu hermano como si tal cosa? No se te ocurra volver a insinuarlo.

—¿Y eso no te hace pensar nada?

—Por supuesto, que sí. En que no me haces ningún bien, Noah, en eso.

—¿Y si fuera de otra manera? Conmigo eres más tú.

—En ti no voy a poder confiar nunca. He visto gestos por tu parte, no te lo voy a negar, como cuando corriste detrás de aquel tipo a por el bolso. Te jugaste el pellejo, pero no es suficiente. Ya nada lo será.

—Porque te has empeñado en que así sea. Yo he sido un bala perdida, pero tú eres tela de terca.

—Soy como soy. Y si te hubieras detenido a saberlo en su momento, te garantizo que no estaríamos en el punto en el que estamos.

—O sea, que no tiene ningún tipo de arreglo.

—Si no quieres joderme la vida, no.

—Pues entonces, al menos no te cases con ese vestido. No te hace justicia.

—¡¡¿Cómo?!! Es lo que me faltaba, ¿me has visto con él? ¿Has puesto cámaras en el salón?

—No, te he mirado desde fuera.

—¡¡Eres el mayor sinvergüenza que he conocido en mi vida!!

—Se ve que sí, que todo lo hago a lo grande.

—¿Cómo se te ocurre?

—Quería saber cómo lucías vestida de novia y lo hice. Soy impulsivo. Es lo que hay, como dirías tú.

—Eres imbécil, eso es lo que eres. Y a mí me duele la boca de decírtelo.

—Y a mí los oídos de escuchártelo, que hasta me pitan ya. Pero no por eso dejo de decirte las verdades que pienso.

—¿Y qué se supone que le pasa a mi vestido? ¿Acaso tampoco tengo gusto ahora?

—Tienes todo el del mundo y es muy elegante. Pareces de la realeza con él, muchos hombre

matarían por verte vestida así de novia para casarte con ellos, pero ese no es tu estilo.

—No me jodas, ahora me vas a decir tú cuál es mi estilo.

—Pues sí. El tuyo es más fresco, Valerie, más sensual, como tú. Ese vestido no te representa, es una maravilla, pero no te representa.

—Vaya tela lo que hay que escuchar.

—Eso, ni la tela la veo apropiada para ti con tanto encaje como lleva.

—¿Ahora eres modista también? Estás hecho una cajita de sorpresas, palabra.

—Búrlate lo que quieras, pero tengo la sensación de que no lo has escogido tú.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Dime, mirándome a los ojos, que no está mi hermano detrás de ese vestido.

—Pues no, porque si hubiese estado detrás y te hubiera visto espiándome, las hostias te habrían caído a cascoporro, que es lo que te mereces.

—No hagas bromas de esto. Dime que no te casas como quiere Oliver, dímelo, de verdad.

—¿Y qué si a él le gustan ese tipo de vestidos? ¿Y qué si me lo comentó un día? Tú también me lo decías cuando me veías guapa. Eso cuando aparecías, que más de una vez me dejaste tirada y me salieron lágrimas como puños mientras me desmaquillaba maldiciendo.

—Y daría lo que no tengo por remediarlo, por subirme a una jodida máquina del tiempo.

—Esas no existen, confórmate con pilotar aviones, que no es poco.

—Ya sé que no existen, emplearía todo mi dinero en hacerme con una, volver a una de esas noches y aparecer por tu casa diciéndote que estabas radiante con uno de tus vestidos. Pero ¿sabes qué? Que yo te veía así porque eran a tu gusto, porque los elegías tú y porque te sobraba la personalidad para dar en el blanco de la diana sin importarte un bledo lo que pensase nadie. Siempre has sido tú misma y te ha ido genial.

—Sigo siendo yo misma.

—Oliver te condiciona más de lo que crees. No lo ves porque es muy astuto.

—Y dale con criticar a tu hermano, ¿de verdad te ves mucho mejor que él? Ojalá no te lo

creyeses tanto, ojalá aceptases que es el hombre que me conviene y dieses un paso hacia el lado en lugar de entorpecer nuestra boda.

—Si de verdad es lo que quieres… Si estás totalmente segura, me marcharé mañana por la mañana.

—¿Acaso no puedes mirarle a los ojos después de haberle traicionado por segunda vez? Porque ya lo hiciste antes. No debe afectarte tanto.

—No te voy a decir que ha sido un golpe bajo porque después de que me rechaces, puedo encajarlo sin dolor. Lo que me duele de verdad es saber que te he perdido para siempre. Me inventaré algo: que me necesitan urgente en la aerolínea o…

—Tu padre es uno de los peces gordos, no colará. Vas a quedar como el culo. Deberías quedarte para la boda.

—¿Tú quieres que me quede?

—En realidad, sí. No quiero más problemas entre vosotros y Oliver podría hasta sospechar que hemos tenido algo si te marchas de repente.

—Pues entonces, no se diga más. Me quedo. Lo último que deseo es causarte más problemas.

—Pero te los crearás tú. Sé que vas a sufrir.

—Aclárate, ¿no piensas que no tengo corazón? Entonces, ¿cómo voy a sufrir? Olvídate de todo, haré lo que tengo que hacer. Me retiraré, pondré buena cara durante la ceremonia y luego veré cómo te jode la vida. Lo haré desde la sombra, no volveré a acercarme a ti.

—Está bien. Si eso es lo que piensas que pasará, no puedo mandar en tus sentimientos, solo pedirte que no vuelvas a expresarlos.

—Así será—la miré con dolor, con mucho dolor.

Ni ella ni yo teníamos ganas de nada aquella tarde, pero cuando Pierre se coló en nuestra casa con las mejores entradas para asistir al mítico “Moulin Rouge” por la noche, fue complicado convencerle de que nos quedábamos. Y a mí prima también.

—No me puedes hacer esto, Noah.

—Desde luego que no, porque este muchacho ha traído seis entradas. Por fin alguien considerado que se acuerda de tu madre y de mí.

—Mamá, no sé si es buena idea que tú vayas. Lo digo por tu salud.

—No sé cuánto tendrá Dios pensado que viva, hija, pero qué larguito se me hará a tu lado. Pienso asistir a ese espectáculo caiga quien caiga, palabra.

La abuela estaba totalmente convencida y mi madre tuvo que acceder, así que habría sido una grosería por mi parte quedarme en casa. Tampoco Valerie quiso hacerle el feo a la mujer y todos nos arreglamos para asistir a ese glamuroso cabaret ubicado en el corazón de Montmartre.

Para ver a la abuela cuando salía del castillo con su lazo cruzando su frente y aquel vestido de lentejuelas.

—Mamá, si pareces una cabaretera—se llevó la mía las manos a la cabeza.

—Pues claro, Roxanne, pareceré una más de las chicas. Y di tú que no salga de allí con mi siguiente esposo del brazo. A los hombres les chiflan ese tipo de mujeres, parece que les hacen brujería, les dejan que hasta se les cae la baba.

Todos nos reímos con su comentario y Valerie no fue una excepción. No la veía bien, pero hizo el esfuerzo de arreglarse por no incomodar a la abuela. Iba preciosa con un vestido en tono malva que le sentaba de lujo, pegado por la parte superior y con varios volantitos conformando su corta falda.

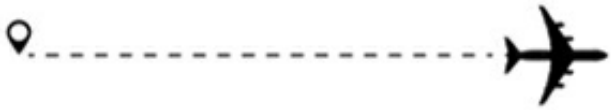
Me hubiera gustado tanto alabárselo… Decirle lo bella que estaba y no tener que callármelo, dejándolo para mí. Sin embargo, le había hecho una promesa y era hora de que comenzase a cumplirla.

Ella creía estar segura de que podría ser feliz al lado de Oliver. La consideraba mucho más libre que eso, porque mi hermano mayor era muy controlador y se notaba que había comenzado a tejer su red de manipulación en torno a ella, en temas como el vestido de novia.

De ahí a tratar de someterla una vez que fuese su esposa, no habría nada. No obstante, ella decía haber escogido su camino y los demás no éramos nadie para tratar de apartarla de él.

Me había dejado muy, pero que muy clarito, que tomó una decisión y que no pensaba apartarse de ella, a pesar de que mis oídos repetían una y otra vez esas palabras que vertió en ellas la noche anterior; palabras de amor que, pese a que lo negaba, estaba seguro de que salieron del fondo de su corazón, de ese lugar en el que no existe la posibilidad de que habiten las mentiras.

Capítulo 23



En ningún momento en todos aquellos días estuvo tan contenta la abuela como cuando entramos en el mítico cabaret, inmortalizado por algunos artistas como lugar de reunión imperdible de las noches parisinas.

Ninguno de nosotros había estado allí antes, a excepción de Pierre, quien vivía en París de siempre y, por tanto, lo conocía muy bien.

—Guauuuu—soltó Emma al atravesar la puerta de ese lugar tan emblemático y que atrapa.

—Aquí tendría que haber trabajado yo, Roxanne. De no ser porque mis piernas ya no me sostienen, daría un espectáculo impresionante esta noche.

—Y todavía lo dará, como la abuela se tome un par de copitas, lo da, hijo—depositó mi madre el comentario en mi oído y le sonreí.

Quien también parecía anonadada era Valerie. A ella le entusiasmaba todo lo que tuviese que ver con el arte y a mí… A mí me entusiasmaba ella.

El local al completo iba vestido de un modo muy elegante, como manda el código de vestimenta, puesto que para conservar su esencia de años atrás allí no se permite ir vestido de un modo demasiado casual o deportivo.

La abuela, con su estrafalario look, se estaba convirtiendo en la reina de la fiesta improvisada y ella misma se aplaudía cuando más de un caballero la piropeó al pasar.

—¿Lo ves, Roxanne? ¿Ves ahora por lo que necesito salir? A mí cada uno de esos piropos me alarga la vida un año. O dos. Yo también he nacido para ser una estrella, para destacar igual que esas chicas.

Todo en el ambiente apuntaba al tipo de espectáculo que íbamos a contemplar y que ya os adelanto que sería muy seductor y con cantidad de detalles que incitaban a una sexualidad no explícita, por supuesto, aunque sí encubierta.

El entusiasmo de la abuela era total y nos lo estaba contagiando. Para mí era oro molido ver cómo Valerie comenzaba a sonreír de nuevo, arrastrada por los cómicos comentarios de la anciana, quien terminó por hacerla reír a mandíbula batiente como al resto.

A la hora de sentarnos, fue Pierre quien nos distribuyó y lo hizo de un modo estratégico que seguro que no se sacó de la manga. Emma estaba, fijo, detrás de esa decisión de que Valerie y yo quedáramos juntos.

—Este es el cabaret más famoso del mundo, hija. Un mundo de ilusión donde puede pasar cualquier cosa—le comentaba a mi madre en el interior del local que cuenta en sus afueras con el mítico molino rojo, sin duda uno de los puntos más fotografiados de todo París.

—Lo sé, lo sé, mamá.

—Se tendría que poder nacer dos veces. Con lo que sé ahora, yo misma triunfaría encima de ese escenario—lo miró como con nostalgia, pese a que nunca lo había visto antes.

No era la primera vez que mi familia y yo visitábamos París, eso es muy cierto, pero nunca nos dio por acudir a un espectáculo que hoy sé que es digno de contemplar. En fin…

Pierre se había encargado de todo. Incluso de ofrecernos unas de esas entradas que incluyen cenar allí, por lo que la experiencia nos resultaría de lo más completa.

Emma charlaba animadamente con él mientras que yo me fijaba todo el rato en Valerie. Había dolor en su expresión, ese no se había marchado, pero lo mezclaba con esa mirada suya tan curiosa que "robaba" cada uno de los detalles de un lugar que parecía observar con lupa.

Cada vez que algo llamaba su atención, lo comentaba con mi madre, con quien hizo muy buenas migas. A mí aquella noche me dolía especialmente porque me había dejado bien clara su decisión y el daño que mi aparición le causó.

Valerie no se merecía más daño, sino vivir una vida feliz, una vida confeccionada a su medida. Y si para ello no me había elegido a mí, mala suerte.

La siguiente noche se celebraría en el castillo la gran cena en honor a ese matrimonio que parecía seguir en marcha. Coincidí con mi prima en dirección al servicio. Más bien, ella me siguió.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos? Si todo iba genial, Noah.

—Quiere que la deje en paz, Emma. Me lo ha pedido de corazón. Le estoy haciendo daño.

—¿Daño? Esa chica no sabe lo que dice.

—Piensa que lo nuestro es una locura.

—¿Una locura? Pues entonces que pruebe a vivir la vida monótona que le ofrecerá tu hermano. Esa sí que pondrá a prueba su cordura. Oliver puede tener mucho dinero y posibilidades, pero solo explotará aquellas que tengan que ver con ganar más.

—Lo sé, pero no encuentro la manera de hacérselo entender.

—Te quiere, Noah. Valerie te quiere. Se le nota en los ojos. Solo tiene miedo.

—He estado a punto de marcharme de París antes de la boda. Si no lo he hecho, es solo porque me ha pedido que no lo haga para que no salten las alarmas.

—Ya, porque Oliver es muy listo.

—Oliver, sin saberlo, me ha ganado la partida de la vida. No solo es listo, sino que tiene suerte. No puedo hacer nada más—negué con la cabeza.
—Ya lo siento, primo, ya lo siento—me dio un abrazo.

Al volver a la mesa, Valerie me miró. Cada una de sus miradas, por estar ya en el momento en el que estábamos, se clavaba en mis pupilas como si se tratase de alfileres. Contemplando su belleza y sabiendo lo mucho que me gustaba hacerlo, concluí que no habría mayor desgracia que experimentar una ceguera repentina que me impidiese verla. Al menos, eso era lo único que me quedaba.

Cenamos en medio de un ambiente muy animado por parte de la abuela, que estaba eufórica. Esa noche había decidido dejar su silla de ruedas en casa, por lo que tanto Pierre como yo la ayudamos a caminar, a paso lento, cada uno de un brazo, hasta que se sentó en su silla.

—¡¡Mamá no me lo puedo creer!! —exclamó la mía al ver que la abuela llevaba unos altos zapatos de tacón. Hasta ese instante, no se había fijado.

—¿Y qué creías? ¿Que traería zapatos ortopédicos a un sitio como este, Roxanne? Antes me corto los pies.

—Ella es así y lo será siempre—le comenté a Valerie mientras me encogía de hombros.

—Naturalmente, porque la gente no cambia—sentenció ella.

Cada una de esas frases que soltaba en el momento menos pensado tenía la habilidad de hacer que mi corazón se desangrase, que se dispusiera a verter hasta la última gota de sangre por ella.

—Venga, venga, chicos, ¿sabéis que este lugar se llamó en sus inicios “la casa de la mujer”? —nos preguntó mi prima.

—Yo sí. Me he empapado de todo antes de venir—contestó la abuela—. Y se ganó una mala fama de aúpa, por eso tuvieron que darle una vuelta de rosca.

—Los giros en la vida son lo mejor, ¿verdad, abuela? —le preguntó Emma con su sal y su pimienta.

—Sí, hija. La rutina mata. Hay que ser valiente y vivir. Vivir siempre…

Valerie sabía muy bien por qué lo decía la mujer. Quien estaba en su nube era mi madre. Al final, se trataba de la única que se mantenía ajena a lo que nos traíamos entre manos y observaba cada uno de los rincones del célebre cabaret.

Cuando el espectáculo comenzó, Pierre no paraba de darle las oportunas explicaciones a mi prima. Se les veía muy compenetrados y, por contraposición, me salía una sonrisa amarga al comprobar que Valerie estaba haciendo por distanciarse de mí.

Lo sensual del espectáculo no ayudaría en ese sentido. Era mucho lo que habíamos experimentado juntos en el camarote de ese barco y cada una de sus ardientes palabras, de esas que me dedicó, revoloteaban por mi cabeza.

Dolía y no poco. Hubiera vendido mi alma al diablo con tal de volver a verla tan cercana y entregada. Pero no. Valerie comenzó a construir un muro entre ambos y lo hizo a marchas forzadas. Un nuevo muro, después de lo que me costó derribar el anterior.

—¡¡Así se hace, chicas!! —la abuela comenzó hasta a silbar una vez que el espectáculo estuvo en marcha y derrochó glamur.

Con deciros que hubo un momento en el que las vitoreó tanto que llegaron a parar el espectáculo y a preguntarle por su nombre y por su procedencia.

—Yo me llamo Victoria y soy de Nueva York, aunque voy a dejar una parte de mi corazón aquí, en París, dentro de este espectáculo. Este es uno de esos sitios que una elegiría para morir —comentó y se hizo el silencio total—. ¡¡Pero a mí para eso me faltan decenas y decenas de años!!

La gente la aplaudió y el espectáculo volvió a echar a andar. El encargado se acercó a la mesa. Pierre lo conocía y ese hombre no quiso perder la oportunidad de saludar a la mujer que estaba revolucionando la noche.

—Es usted una dama no solo bellísima, sino increíble—besó su mano.

—Y la más sexy de todas, ¿ves lo que hacen todas ellas encima del escenario? Pues a mi lado parecerían unas pavas. Si una pudiera moverse a su antojo… Espera, que lo intento.

Tuvimos que sujetarla porque estaba más que dispuesta a ser la estrella de la velada, si bien en nuestros corazones lo era y siempre lo sería.

Fue tal su ímpetu y lo mucho que disfrutó, que logró que hasta Valerie lo hiciera también. La abuela era lo suficientemente larga para saber que ella no lo estaba pasando bien y en más de una ocasión la cogió por el brazo y la hizo partícipe de sus bromas.

Las copas iban y venían. Había barra libre para todos nosotros, salvo para la abuela, quien debía pasar la inspección de mi madre.

—Mamá, suelta ese cóctel, que es el mío. El tuyo es el otro, el que no tiene alcohol.

—Ni en una noche como esta bajas la guardia. Mira, mira lo que viene por ahí—le señaló al otro lado del local y, mientras, se pimpló su cóctel de un solo sorbo.

—¡¡Mamá!! Más tonta y no nazco…

—Pues unos cuantos dolores que me hubiese ahorrado. Y no pongas esa cara, que no me arrepiento de nada. Pese a que podría haber sido una estrella como estas chicas—señaló a las del escenario—, yo triunfé en mi familia y estoy bien orgullosa. Eso sí, ¡¡quiero otra copichuela!! Eso o renegaré de ti, Roxanne.

—No vas a beber más…

—Pues entonces tendré que acudir a mis nietos, que nunca me dejarían colgada. ¿A que no, Noah?

—Abuela, que vas a crear un conflicto familiar. Mira el espectáculo, por favor.

—El espectáculo es ver lo guapísimo que viene esta noche mi nieto favorito, vestido de etiqueta.

—No vas a lograr nada con eso…

—Lo que vais a lograr todos es ponerme de mala leche—se cruzó de brazos.

—¿Qué me dices? Pues es una verdadera pena porque por ahí viene el fotógrafo del local y yo quiero una foto contigo.

—Ah, sí, es verdad. Venga, que pongo morritos, ¡¡dile al chaval que venga!!

Nos hicimos una foto juntos. Ella sonreía con pose de artista. Una vez hecha, no dudó en pedirle que nos hiciera una a Valerie y a mí.

—No es necesario—le comentó ella.

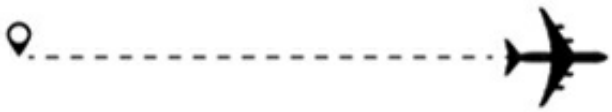
—Que sí, tonta, que estáis muy guapos.

—Claro, formáis una pareja preciosa—nos comentó él.

—¿Una pareja? Qué cosas. No, ellos son cuñados. Los cuñados más guapos y bien avenidos del mundo. Y eso que apenas se conocen.

—Ya, mamá, no hace falta que le cuentas toda nuestra vida.

Capítulo 24



Por la mañana llegaron Oliver y mi padre. Mi hermano estaba exultante en la mesa cuando llegué, porque mucha prisa no me di para bajar a desayunar con tal de no verle la jeta.

—Pues sí, mamá. Ha sido un gran negocio y ya está cerrado. El imperio Vanderbit no hará más que crecer en mis manos. Puedes estar bien orgullosa.

—Pues en lo tocante a mí, andando me perdía lo que hemos vivido aquí estos días para irme a hacer negocios. De eso nada.

La abuela lo soltó con total seguridad y a Valerie se le reflejaron los colores en las mejillas.

—¿Y qué se ha vivido aquí, abuela? Porque no veo nada distinto. Todo está como lo dejamos.

Me hubiera encantado poder contarle. Poder decirle que no, que en su ausencia Valerie volvió a ser mía. Ella me miró. Creo que sabía bien que no volvería a defraudarla, que mis labios estarían sellados a ese respecto y, aun así, me lo suplicó con la mirada.

—Pues nada, que anoche estuvimos en el Moulin Rouge todos y que nos lo pasamos de muerte, ¿no es así, abuela? —intervino Emma.

—De muerte, de lujo, de vicio… Me costó enganchar el sueño de la emoción. De buena gana hubiera enganchado mejor a ese camarero, al pelirrojillo, que tenía un morbo…

—Mamá, que podría ser tu nieto.

—Pero no lo era y eso lo cambia todo. No me seas aguafiestas, Roxanne.

—Y hablando de fiestas, por fin esta noche podremos celebrar la cena para todos vuestros amigos y conocidos aquí en París. Ya está bien de tanto retraso.

—Y de tanto retrasado—añadió mi hermano, mirándome.

—Oliver, ni una bromita más, que ya no sois críos.

—¿Bromita? He dicho lo que…

—Ya está bien, Oliver, ¡¡ya está bien!! —le chillé dando un golpe encima de la mesa que no esperaba.

—¿Qué pasa? ¿No te salió la jugada de anoche? Seguro que querías tirarte a una de las chicas del espectáculo. O a todas. Igual ni habías elegido, porque a ti te debe dar igual. Tú…

—Tú no sabes nada de mí, ¿me oyes? —me levanté en ese momento.

Él hizo lo mismo. Se estaba engrandeciendo por momentos.

—¿Te crees el gallo del corral? Porque te recuerdo que si te trato así es porque te lo mereces, porque fuiste un capullo y porque….

—Y porque te jodió que Sue se fuera con él en su día. Pero tu hermano no la forzó, lo hizo ella libremente. No voy a decir que estuviera bien, aunque lo que no tiene nombre es que no le hayas perdonado tantos años después. Por favor, que erais unos niños, ¡¡ya está bien!!

Quien habló así fue la abuela que hizo el esfuerzo de levantarse sola de su silla. Se apoyó en la mesa para hablarnos de un modo tan categórico.

Valerie miró a mi hermano. Sabía lo de Sue por mí, no por su prometido.

—Perdona, nena. Si no te lo conté fue porque no quería remover nada feo en los que son los días más fantásticos de mi vida—se acercó a ella e hizo que se levantase.

Le venía bien, así distraía la atención y evitaba que la abuela siguiera largando, porque el pico de esa mujer podría llegar a ser mordaz si se lo proponía.

—No pasa nada, Oliver—le contestó sin mirarle a los ojos.

—Ahora ya sabes por qué lo detesto. Me jodió la vida hace muchos años, aunque si te digo la verdad hoy me alegro, porque no quedarme con aquella chica me ha permitido conocerte.

—Pues menos mal que te alegras. Que no vuelva a ver que atacas así a tu hermano o probarás de mi bastón—le amenazó la abuela.

—No necesito que me defiendas, abuela. Es cierto que fui un capullo en aquella ocasión—le reconocí.

—Y bien que te lo recuerda cada día. Ya pagaste un precio alto por ello, no tiene que tratarse de una jodida deuda eterna. Se acabó. Y ahora todos a desayunar.

Nadie dijo nada más. Por supuesto que Valerie no le dio a entender a Oliver que ya lo sabía. Eso implicaría reconocerle que habíamos charlado y también hasta que habíamos compartido una serie de momentos a solas en su ausencia, algunos de ellos increíblemente sexuales, los más prohibidos de todos y también los que más me dolían.

Las cartas estaban bocarriba entre ella y yo. Le dije que no le fallaría y, aunque moría de ganas de contarle a Oliver toda la verdad, me bastaba con mirar sus ojos para tomar conciencia de que nunca lo haría.

Solo deseaba estar lejos de allí. La vida me la había jugado. Quizás tenía mucho que pagar y llegó la hora de rendir cuentas.

A media mañana, ellos salían hacia la ciudad cuando él se dio cuenta de que se había dejado su móvil en el dormitorio.

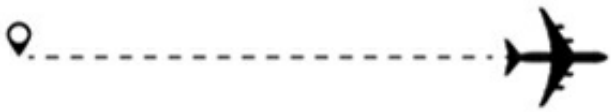
Ella me habló entonces, tan agradecida como triste.

—Gracias por aguantar el tipo. Oliver se ha mostrado muy inquisitivo contigo. Podrías haberle hecho un tremendo daño con solo soltar la lengua. Gracias de verdad—reiteró.

—Eso hubiera supuesto hacértelo a ti también. Y jamás lo haría. Ya no. He cambiado. Tú lo ignoras e incluso puede que ya no te importe, pero he cambiado, Valerie.

Solo podía mirar sus grandes ojos azules mientras se lo confesaba. Se me asemejaban al mar… A ese mar de Punta Cana en el que tanto me gustaba perderme, aunque me hubiese valido cualquiera del mundo con tal de evadirme con ella. No hubiera estado mal tampoco en el de las Seychelles, esas islas que me quedé sin visitar por asistir a una boda que seguía en marcha, a una que no tenía derecho a boicotear porque así me lo había pedido Valerie.

Capítulo 25



Las horas se me hicieron años en un día en el que no volví a verla hasta por la noche. Y eso que mi prima y Pierre se encargaron de invitarme a almorzar y de que diéramos una vuelta por el animado centro de París.

A media tarde regresamos para prepararnos con vistas a celebrar esa cena que sería el pistoletazo de salida para la boda y que era de total etiqueta.

De momento, los invitados que venían de Nueva York aún no estaban allí, como tampoco lo estaba la familia de Valerie. Quienes asistirían a la cena serían los amigos que ambos habían hecho desde que vivían en París. Por parte de mi hermano, eran un montón, ya que se trataba de gente con la que había hecho negocios.

En cuanto a ella, a Valerie, acudieron tres amigas que trabajaban a su lado en la galería de arte. No eran muchas, pero sí que se las veía en sintonía. Parecían ser amigas de verdad y no gente con la que cerrar contratos, como todos los invitados de Oliver.

—Chicas, os presento a mi cuñado Noah. Noah, ellas son Nicole, Nancy y Linda. Perdonadme un momento, por favor, que me llama Roxanne.

Nos acababa de presentar en el enorme salón en el que se estaban sirviendo los entrantes y salió corriendo.

Las chicas me dieron carrete, aunque solo podía admirar el cuerpo de esa diosa rubia que se movía con una sensualidad que me hacía hervir, moviendo su larga melena. Su vestido, en tono marfil y elegantísimo, la hacía parecer una de esas burbujas del champán, pero una con personalidad propia y arrolladora. Era la novia ideal, la anfitriona perfecta. Calzada con esas altas sandalias, aún daba la impresión de ser más alta y sus piernas las imaginaba súper estilizadas bajo la glamurosa tela de aquel vestido.

—¿Pasa algo? —escuché preguntar en un tono que solo podía venir de Oliver. Me había cazado mirándola y no dudó en comentarlo delante de las chicas.

—No, no pada absolutamente nada.

—Quiero que sepas, que te metas en esa jodida cabeza tuya, que no volverás a poseer nada de lo mío por muchos años que pasen. Me tomaste por pardillo una vez, pero a ella no la tendrás jamás.

—No sé de qué mierda me hablas—le solté.

A todo esto, nos habíamos retirado de las amigas de Valerie, lógicamente.

—Te hablo de que veo cómo la miras y ella es mía. Está fuera de tu alcance.

—Te equivocas.

—¿No está fuera de tu alcance? Trata de joderme una vez más y te mato—me amenazó y me llamó la atención porque nunca había llegado tan lejos.

—No vuelvas a amenazarme en lo que te queda de vida, Oliver. Y no te lo decía por eso, sino porque Valerie es libre, ella no es de nadie.

—¡Y un cuerno no es de nadie! Es de quien la cuida.

—¿Y ese eres tú? No me hagas reír.

—No lo pretendo porque el único payaso de la familia eres tú.

—¡¡Ya está bien, Oliver!! No voy a tolerar más tu actitud. Si te jodí una vez no lo hice a conciencia. Y bien que lo he pagado—se me escapó.

—¿Tú lo has pagado? ¿Solo porque te recuerde de vez en cuando que eres un cretino?

—Que te den, Oliver.

—Que te den a ti. Y que no te guste, además…

No podía confesarle que la vida me la había jugado y que pagaba a cada segundo porque se iba a casar con la mujer que yo amaba. De haberlo sabido, eso sí, se habría regodeado como nunca. Igual hubiese impedido la boda porque se habría muerto de gusto, ahogado en su propio ego.

En fin, que sentí ganas de oxigenarme porque quien se estaba ahogando allí dentro era yo. El ambiente se me hacía soporífero. Me dirigí hacia el jardín sacando un cigarrillo y entonces escuché que las tres amigas de Valerie estaban cuchicheando.

No es que me escondiese detrás de un seto para ejercer de espía. Simplemente, las escuché al llegar y frené en seco.

—Pues el cuñado está para ponerle un lazo y sortearlo entre las tres. Qué tío más bueno, por favor—decía una de ellas.

—No, yo os reconozco que lo raptaría con lazo y todo. Nada de sorteos, pequeñas arpías: lo quiero todo para mí—añadió la siguiente.

—Pues yo me lo tiraría mientras lo discutís. Joder, si es que está que cruje… Qué pedazo de tío—prosiguió la tercera.

—Y le he escuchado decir a su madre que es piloto. Encima…

—Encima o debajo. Me lo calzaría como fuera, la verdad…

Aún no tenía claro qué voz correspondía a cada una de ellas. Pero sí que hablaban de mí y que me estaban subiendo la moral por momentos. Si eso me hubiera pasado en otro momento, les propongo un trío, pero en aquel solo sacaron mi sonrisa.

—Y encima se llama Noah, qué coincidencia para Valerie, ¿verdad? —siguieron hablando y agudicé el oído.

—Verdad, como el gilipollas aquel de Nueva York que le jodió la vida. Ese que no pagaba ni ahorcado. Cuando la conocimos se moría de la pena, estaba consumida, incluso perdió mucho peso. Se vino aquí, a París, para olvidar.

—Y conoció a Oliver, otro tío bueno… ¡¡Y rico!!

—Sí, pero no lo compares con su hermano, ¿no opinas lo mismo, Nicole?

—Yo es que a su hermano no le veo demasiada gracia, la verdad.

—No, ni nosotras tampoco, pero tiene su punto también.

Me quedé consternado. Hasta las chicas sabían que lo había pasado fatal por mi culpa, aunque no tuvieran ni idea de que yo era ese mismo Noah; el Noah que le jodió la vida.

Escuchando todo aquello, me vi como un desgraciado. Puedes tener muchas cosas en la vida, pero si te falta la principal, la persona a la que amas, y si encima ella se va a casar con tu hermano, olvídate de ser feliz.

No estaba pasando precisamente una buena noche. Y menos cuando nos tocó sentarnos a la mesa, en la cual mi hermano se deshizo en atenciones con Valerie.

Me jodía mucho porque él no era así. No dudó en apartarse de su lado varias veces en los días anteriores, en dejarla con tal de cerrar más negocios suculentos. Y de pronto, se mostraba ante todos como el novio del año, como el más amantísimo de todos.

Comencé a beber más de la cuenta. Lo hice ya desde el mismo momento de la cena. Las chicas también bebían, porque me sentaron al lado de las amigas de Valerie, pero lo hacían a un ritmo más lento. A excepción de Nicole, que esa empinaba el codo a la misma velocidad que yo.

Se trataba de una cena muy chic, de una en la que incluso tomó la palabra Oliver para agradecerles a todos su presencia "en una noche tan especial como esta en la que estamos celebrando de antemano el enlace que me unirá para siempre a mi querida novia en tan solo unos días. Valerie, gracias por ser mi apoyo, gracias por entenderme en mis días buenos y en los menos buenos, gracias por pasar por alto que a veces pueda ser un tanto particular y, gracias, muchas gracias, por existir".

Todos alzaron la copa y me quité de en medio. Emma no tardó en venir a buscarme al jardín, donde me encontró fumando un cigarrillo. No era el primero, sino el tercero que me fumaba seguido. Y ella vio la huella del delito en forma de colillas.

—¿Es que te has vuelto loco? A ese paso te vas a echar a perder los pulmones en dos días.

—Que tú también fumas, ¿eh?

—Pero moderadamente, Noah. ¿Tan jodido estás?

—La jodida es ella. Le hice daño de verdad y ahora no tengo manera de resarcirla. He perdido ese tren. Ha pasado de estación.

—Pues corre a la siguiente, que igual aún tienes tiempo.

—No puedo hacerlo. Se lo he prometido.

—¿Le has prometido que la dejarás ser una desgraciada? Porque eso será en manos de tu hermano y lo sabes.

—Le he prometido que no me meteré más en sus decisiones y es justo que lo haga.

—Valerie no es una niña.

—Eso ya lo sé. Es una mujer. Una mujer hecha y derecha que me tiene loco. Y me lo merezco, porque no sabes el daño que le hice.

—Me lo imagino. Porque vales mucho, primo, y ella pensó que te había perdido para siempre.

—Ella debió llegar a la conclusión de que era lo mejor que le podía suceder.

—Ya, porque te tiene por un mujeriego y por un fiestero, por todo junto.

—Eso es…

—Qué raro—me sonrió.

—No volvería a ser nada de eso. Si tuviera la oportunidad de redimirme.

—Pídeselo al universo. Es lo único que se me ocurre ya. Eso sí, atina en tu petición porque hay veces que te puedes quedar cerca, pero no conseguir lo que quieres del todo.

—Ya, como si pido que ella se case con un Vanderbit como yo y lo haga con otro como mi hermano.

—Eso es. Así que ten cuidado. Y deja ya de fuma, joder, que me estás poniendo nerviosa.

—Creo que te llama Pierre. Ve con él, que le tienes comiendo de tu mano.

—Pues claro. Me parezco a ti en eso. Siempre logramos todo lo que conseguimos, no te olvides.

—El universo te escuche.

—Joder, qué solemne. Un poco más y dices lo de "que la fuerza te acompañe".

—Siempre has sido mi prima favorita, ¿lo tienes claro?

—Es que no tienes más, idiota.

—Otra que me llama idiota.

—Es que tú me lo pones a huevo y yo lo bateo, lógico—me guiñó el ojo.

Había bebido bastante y tenía ganas de ir al baño, así que me deshice de ese último cigarrillo antes de terminármelo. Y me fui directo a cambiarle el agua al canario.

La cabeza me daba vueltas. Y lo malo era que la noche apuntaba maneras porque solo quería una copa más. Y después de esa, otra.

Justo salía del baño cuando vi cómo una puerta de las del pasillo se abría y entraba en ella rápidamente Nicole. Se trató de un movimiento muy extraño y la seguí.

Juro que soy consciente de que comenzaba a estar bajo los efectos del alcohol, pero también que jamás he perdido la conciencia total a causa de una borrachera, de manera que me fui hacia esa puerta para comprobar si ella estaba bien. Al igual que yo, Nicole había bebido lo suyo y lo mismo estaba buscando un baño sin demasiada suerte.

A punto de aporrear la puerta con los nudillos, escuché una voz desde dentro que me resultó tan familiar como que era la de mi hermano.

—Nicole, estás borracha, ¿para qué querías verme? ¿No te das cuenta de que me pones en un compromiso? —le preguntó.

—Pues me hubieras llevado a tu dormitorio, que es donde quiero estar.

—Joder, ¿es que no te enteras de que esto es peligroso?

—Es que ya no me deseas, ¿a que no? ¡¡Es eso!! —comenzó a llorar.

La sangre se me estaba helando en las venas. No daba crédito a lo que escuchaba. Esos dos se conocían mejor, mucho mejor, de lo que admitían. Menos mal que ella les dijo a sus amigas que no le hacía tilín mi hermano, que si no… ¿De qué mierda iba todo aquello? Afiné de nuevo el oído.

—Claro que te deseo, ya lo sabes. Pero este es un juego peligroso. Me voy a casar con Valerie, no hace falta que te lo recuerde.

—Lo sé, ¡¡maldita sea!! Pero no por eso dejas de liarte conmigo, ¿qué mierda es lo que pasa esta noche?

—Pues pasa que podrían pillarnos, eso es lo que pasa.

—Igual sería lo mejor, porque estoy enamorada de ti, Oliver. Sí, no me mires con esa cara porque deberías estar contento. No soy menos que ella.

—No me toques las narices, Nicole. No compliques más las cosas. Tendrás que conformarte con lo que pueda darte cuando buenamente tenga la oportunidad, ¡¡no me jodas!!

Oí pasos que iban hacia la puerta y corrí a refugiarme otra vez en el baño. Desde allí escuché que él se alejaba y que ella comenzaba a llorar.

Tenía a Oliver por muchas cosas, pero no por un mujeriego. Eso se suponía que lo era yo. Había llegado el momento de luchar de verdad por ella, porque le prometí a Valerie que no me inmiscuiría más en sus decisiones, pero las cosas estaban llegando demasiado lejos. Muy, muy lejos…

Estaba demasiado bebido como para pensar con cordura. La busqué por todo el salón y la encontré besándose con Oliver.

Las tripas se me revolvieron por completo, porque me podía esperar que mi hermano no la hiciera feliz, pero no que la engañase. Ni siquiera yo llegué a tanto.

—Tú, tú eres un ser repugnante—le increpé cogiéndole por el brazo y llevándomelo hacia el jardín.

Al menos, nadie se percató de lo que estaba pasando entre nosotros porque Valerie hubiera sufrido tras un escándalo de esa magnitud.

—¿De qué habla, Oliver? —le preguntó a su novio.

—No tengo ni la menor idea, ¿no ves que lleva una cogorza de categoría? Nunca conoció la vergüenza ni le interesó.

—¡¡No te atrevas a hablar así de mí!!

—Es la verdad, Noah, por mucho que te joda. A las pruebas me remito.

—Tu hermano tiene razón, ¿qué pretendes ahora, Noah? —me preguntó ella.

—Que abras los ojos. Oliver no es quien tú crees—arremetí contra él.

—Tiene razón—confesó en ese instante en el que me quedé patidifuso porque eso no lo esperaba.

—¿Lo admites? Venga, cuéntaselo todo, cuéntale que…

—No te dije toda la verdad porque me dolía, no soy el tipo tan franco que creías. Me callé lo de Sue, lo de que él me corneó con mi primera novia, pero fue para evitar que pensaras que ella me importaba todavía. Han pasado muchos años de ese episodio y, como es lógico, lo único que me duele es la deslealtad de Noah. Tú y solo tú eres la mujer de mi vida y las demás me la traen al pairo—hizo como que se abría en canal con ella y hasta de sus ojos brotaron un par de lágrimas de cocodrilo.

—Y tú el hombre de la mía. No te preocupes, todos tenemos nuestros secretillos y no te lo he tenido en cuenta. Ya está—le borró con sus propias manos las lágrimas de los ojos.

—Pues entonces, ya está.

—¡¡No tan deprisa!! Has esquivado bien la bala, pero estoy dispuesto a acertarte en pleno corazón. No es eso lo que he venido a contarle a Valerie.

—No tienes ni puta idea de lo que dices, Noah. Sí, ya le pedí perdón por mi falta de claridad, pero lo haré cuantas veces lo considere necesario.

—Eres un malnacido, Oliver.

—¡¡Ya está bien!! —me chilló ella—. ¿Es que tú no paras nunca de hacer daño?

—¿Por qué dices eso, amor? ¿Te ha hecho algo a ti? Dímelo porque te juro que si es así, lo mato—le pidió el muy falso de él.

—No, a mí, no—disimuló—. Me refiero a ti. Quisiera que no faltasen aún unos días para la boda, quisiera casarme contigo mañana mismo—le besó.

No, no era lo que ella quería. Solo lo decía para ponerse a salvo de mí, para que no le hiciera daño, cuando el único que la dañaría sería el maldito de Oliver.

Después, se volvió hacia mí y me habló.

—Noah, te hemos invitado con todo el cariño a esta boda. Ya está bien, no pretendas cargártela. Ni Oliver ni yo te lo vamos a permitir.

Se dieron la mano y siguieron caminando. Sentí un dolor tremendo fulminando mi corazón, haciéndolo añicos y provocando que los pedazos saltasen en mi interior, cortándome con sus aristas.

Mientras ella seguía caminando con paso firme hacia el interior del castillo, mi hermano volvió la cara y me miró victorioso. Él no sabía que le escuché hablar con Nicole y eso me proporcionaba una cierta ventaja. No pararía hasta demostrarle a Valerie que su prometido tenía un lío con la que decía ser su amiga. Eso también le haría daño, pero me encargaría de curar sus heridas, Me encargaría de demostrarle cuánto la amaba y de hacerla feliz.

Me fui directo a mi dormitorio. En el pasillo, me encontré a Emma, quien llevaba de la mano a Pierre, invitándole a entrar en el suyo.

Mi prima y ese chico estaban dando pasos. No les importaba que él viviese en París y ella en Nueva York. Cuando las cosas fluyen entre dos personas, solo es cuestión de encontrar esa fórmula mágica que las lleve a experimentar el milagro del amor. Y mi prima y su chico estaban en ese fabuloso momento.

Me metí en la cama y no podía dejar de escuchar las palabras de Nicole. Esa chica también había caído en las redes de mi hermano, quien flirteaba impunemente con ella mientras le prometía amor eterno a Valerie.

No podía precisar cuánto me odió Oliver en su día, cuando le engañé con Sue, pero sí cuánto

le odiaba yo en un momento en el que estaba jugando con Valerie.

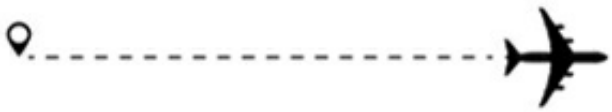
No lo permitiría y todos mis esfuerzos se centrarían, en ese momento sí, en tratar de boicotear una boda que era una auténtica sinrazón.

Valerie se merecía un amor verdadero, un hombre que estuviera por ella y que no se la tomara a risa. Lo de mi hermano era de traca. No quería perderse nada. Se había tirado a la buena vida y, de paso, también a todo lo que se menease. Y eso incluía a las amigas de Valerie.

Estaba muy bebido y todo me daba vueltas. En ese momento, solo me consolaba con las palabras que me dijo también bajo los efectos del alcohol, recordándome que me amaba.

Si ella supiera lo mucho que también la amaba… La amaba con todo mi corazón, la amaba con una intensidad tal que el pecho me dolía solo con visualizarla, solo con recordar el suave tacto de su piel, el cítrico olor que desprendía y la sugerencia de un cuerpo que me traía a maltraer.

Capítulo 26



Me desperté unas horas después. Había dormido regular. Fue Emma quien tocó mi puerta.

—Primo, ¿estás vivo?

—De milagro, pero sí. Puedes pasar.

—Iba a pasar de todas maneras. Sabía que estabas solo—me comentó al entrar.

—Porque no quiero estar con nadie que no sea ella, tú lo tienes claro.

—Tengo claro eso y que tu hermano es vomitivo.

—Y un cabronazo.

—Lo dices con un ímpetu especial, ¿alguna novedad?

—No te la imaginas. ¿Recuerdas a Nicole?

—Sí, es una de las amigas de Valerie. ¿Qué pasa con ella?

—Que está liado con Oliver.

—Venga ya, ¿eso cómo va a ser?

—Es que mi hermano tiene sus admiradoras, a la vista está.

—Prefiero que me harten a palos a admirar a un tío así. Es mi primo, pero me parece detestable.

—Lo es, lo es por completo. Y te juro que están liados. Yo mismo los oí. Ella quería tema y él le decía que allí no podía ser, que Valerie se podía enterar.

—¡¡Qué cabrón!! Juega a dos bandas. Eso no me lo esperaba de él. Creí que apenas le quedaba tiempo para nada de eso después de los negocios. Hasta me sorprendí de que se echase novia.

—Pues ya ves. Ahora resulta que se las lleva de calle a todas, el muy desgraciado de él.

—Hay que cortarle el rollo de raíz. ¿Se ha enterado de que tú lo sabes?

—No, porque fui a contárselo a Valerie y salió por la tangente. Debió pensarse que, con la borrachera, arremetí contra él por las buenas, no por nada en particular. No tiene idea de que los pillé.

—Si es así, mejor. Nos dará ventaja a la hora de cazarle.

—¿Nos dará? ¿Eso has dicho?

—Por supuesto. No te he dejado nunca en la estacada y no lo haré ahora. No aplaudo lo que hiciste con Valerie en su día, pero ya lo estás pagando con creces. Sé que la quieres de verdad, con todo tu corazón. Y que es hora de que la recuperes.

—¡¡Te quiero, prima!!

—Pues claro, cómo no me vas a querer si soy para comerme. Tú hazte el tonto. Yo reuniré las pruebas para que se las puedas enseñar a Valerie. Si Oliver te viera cerca, se mosquearía.

—Es buena idea, aunque te digo que no se enteró de nada. No tiene ni idea de que sé lo suyo con esa chica.

—Pues genial entonces. Bajemos ahora a desayunar. Y una cosa…

—Dime.

—No le des pie a que piense nada raro. Procura actuar con normalidad.

—Pasando de él, eso está hecho.

—No, vas a hacer algo más.

—¿Algo más? Cuidado con lo que me pides, que puedo echar las tripas por la boca.

—¿Tú quieres volver con Valerie?

—Más que nada en el mundo, tenlo claro.

—Pues ten claro tú que debes seguir mis instrucciones.

—¿Qué quieres que haga?

—Pídele disculpas a Oliver delante de Valerie.

—Creí que me pedirías algo más fácil, como que me cortase una mano o algo, ¿es que te has vuelto loca?

—¿Quieres hacer lo que te pido?

—Evidentemente, no.

—Oliver se habrá pasado toda la noche poniéndole la cabeza como un bombo en tu contra. Si ella ve que ahora llegas en una actitud humilde, eso contará.

—Pero a mí se me saldrá la bilis por la boca. Es un hijo de Satanás y la está engañando, ¿encima tengo que agacharme y lamerle el culo?

—Solo como parte de un plan perfectamente orquestado. Haz que tu hermano se relaje, que no piense que le pisamos los talones. Se va a reír de ti, es cierto, pero también lo es que quien ríe el último ríe mejor. Y ese vas a ser tú.

—No pienso hacerlo.

—Lo harás.

—¿O qué?

—O no te ayudaré.

—¿Tú de quién has aprendido esas malas artes?

—De ti, evidentemente.

—Joder, ¿todo lo malo lo aprendéis las mujeres de mí? Menudo profesor se ha perdido el mundo.

—Tus alumnas habrían estado loquitas contigo y lo sabes.

—Loquita te has vuelto tú.

—Venga, so pendejo, ¿quieres o no quieres boicotear esa boda? El destino te ha ofrecido la

mejor oportunidad. He alucinado, tu hermano ha sido un necio al permitir que te enterases de que tiene una amante.

—Mi hermano nació siendo un necio.

—Es cierto. Ni tú ni yo estábamos allí para verlo, pero esas debieron ser las palabras del ginecólogo cuando lo sacó.

—Sí, "señora, ha tenido un necio" —cambié mi voz.

—Y un capullo, y un cretino, porque ese lo es todo.

Bajamos y la abuela estaba en la mesa, tratando de sobornar a uno de los chicos del servicio.

—Solo un chorrito con el café y te llevarás una buena propina—le guiñó un ojo—. Te hablo de dinero, pero si me llegas a pillar con unos añitos menos, solo con dos o tres…

—Abuela, déjalo.

—Si no estoy haciendo nada, ¿es que acaso me tienes manía, Noah? A mí, que llevo toda la vida defendiéndote.

—Ninguna manía, abuelita. No es bueno para tu salud y lo sabes.

—¿Te refieres al alcohol o tener que asistir a la boda de tu hermano Oliver? Y encima con el percal que hay por medio, ¿recuperas a esa chica o no? Joder, nieto, que parece que estás empanado.

—¿De qué habláis? —llegó mi madre en ese instante.

—De nada, hija, de nada. Estos niños, que me quieren obligar a beber de buena mañana y yo les digo que no, que no me viene bien para mi pobre corazón.

—Ya, ya, ¿algo más de lo que deba enterarme? Y a poder ser, cierto—nos sonrió.

—Nada, mamá, ¿dónde está el resto?

—Tu padre está en el baño. En cuanto a tu hermano y Valerie, verás… me temo que a Oliver se le ha ocurrido alquilar una avioneta para dar un paseo aéreo con su prometida. ¡¡Voy, Marc!! No seas chinche—dijo de inmediato porque mi padre le llamaba.

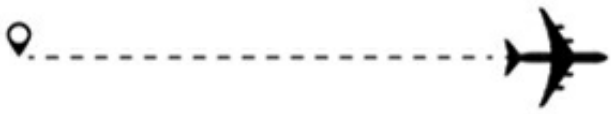
—Qué original…

—Sí, nieta. Qué original, si supiera que mi Noah ya la ha llevado y pilotando él mismo. Eso sí que la debió poner.

—Abuela, por favor.

—¿Qué pasa? Si a las mujeres nos ponen esas cosas, es verdad.

Capítulo 27



Mi hermano se mostraba entusiasmado durante el almuerzo.

—Cuéntales, mi vida, cuéntales cómo se ve París desde las alturas.

La abuela y mi prima me miraban. Valerie también nos miraba. Su malestar era evidente.

—Muy bonito, se ve muy bonito.

—Oye, pues no pareces muy entusiasmada, ¿no te ha gustado el plan? Cariño, que lo ideé con toda la ilusión.

—Por supuesto que me ha gustado, ha sido sensacional.

—Pues podrías decirlo con un poco más de brío—le sugirió mi abuela.

—Es que estoy cansada, familia. Creo que me voy a echar un poco ahora en cuanto almuerce.

—Me parece bien, tú repón fuerzas, que te van a hacer falta—me miró a mí.

Esperé a que mis padres y la abuela se levantaran de la mesa y me quedé con Emma y con ellos.

Me costaba la vida seguir el plan de mi prima, aunque entendía que era mucho mejor hacerles bajar la guardia que no tenerlos en alerta, sobre todo a mi hermano.

Como no arrancaba, ella me dio una buena patada por debajo de la mesa y entonces carraspeé.

—Esto, Oliver, te quería comentar…

—¿Te tienes que marchar antes de la boda? Mira, sé que a nuestros padres les supondrá un disgusto, pero dado el cariz de los acontecimientos, creo que es lo mejor. Yo no te trago porque

tengo motivos y tú no me tragas porque eres un cabrón insensible que solo sabe joder a los demás.

Bonito panorama se me estaba poniendo. Ojalá le hubiera podido zampar allí mismo que sabía lo suyo con Nicole. El gran problema era que debía hacer que Valerie confiase en mí, porque él no negaría categóricamente y diría que me lo había inventado por joderle una vez más, dejándome a la altura del betún.

—No, no es eso. Solo te quería decir—miré a mi prima, quien asintió para que continuase—, que creo que anoche me pasé de la raya al acusarte, ¿vale? Y que lo siento. No debí tratar de dejarte mal delante de Valerie.

—¿De qué era la mermelada que hemos desayunado, amor? ¿De jodidas setas alucinógenas? —le preguntó a ella—. Es que me extraña que mi hermanito por fin sucumba y admita que es un cabrón.

—No he dicho eso. Solo he dicho que siento haberla cagado anoche. Iba muy pedo.

—Ya lo vi, apenas tienes control de tu vida.

—Eso no es verdad.

—Es lo que pienso. De todos modos, disculpas aceptadas. Y espero que sea la última vez que trates de indisponerme con mi futura esposa.

Las pronunció con lentitud, me refiero a esas dos últimas palabras “futura esposa”. A mí, el estómago se me estaba revolviendo hasta el punto de que terminé por echar el desayuno una vez que subí a mi dormitorio.

—No sé si voy a poder con esto, me han dado unas ganas tremendas de estamparle contra la pared, prima—le dije al salir de mi baño, cuando me la encontré sentada en el borde de mi cama.

—Tú puedes con esto y con más, ¿me oyes? Hoy no hay previsto ningún acto: día libre.

—Menos mal, porque no estoy para gaitas.

—¿Te apetecería que diéramos una vuelta a caballo? Hay cuadras en este castillo.

—Hay de todo en este castillo, por lo que veo.

—Sí, caballos, perros, pulgas… Malas pulgas.

—Y todas las tiene mi hermano.

—Ese cretino se va a caer con todo el equipo. Mañana se celebra una subasta en la galería de arte en la que trabaja Valerie, ¿te lo comentó ella?

—Sí, me lo comentó.

—Es un acto benéfico que se le ocurrió a tu hermano, por lo visto. Todo lo que se recaude irá en favor de los más necesitados. Las obras las ha comprado previamente tu padre. Valen una pasta, yo misma me encargué de cerrar alguna de las ventas.

—Y todo para que Oliver se gane el favor de la élite parisina, ¿no es así?

—Claro, San Oliver le van a llamar ahora. Venga, que nos vamos a montar a caballo, ¿sí?

Llegamos a las cuadras y nos encontramos allí a Valerie charlando con una chica que se encargaba de los caballos.

—Este es muy dócil, te vendrá bien—le sugería señalándole uno.

—¿Vas a montar? —le pregunté.

—Así es, ¿también vosotros?

—Sí, le dije a mi primo que sería una buena idea, ¿Oliver no viene?

—No, Emma. Anda con unas llamadas.

—Pues nada. Nos vamos los tres mosqueteros—bromeó.

Nos subimos todos y estuvimos montando un rato. Al rato, mi prima se despistó adrede y me dejó charlando con Valerie.

—Me ha gustado eso que has hecho esta mañana, habla bien de ti.

—Gracias—me aclaré la voz.

—Lo cierto es que creo que ya es hora de que tu hermano y tú vayáis enterrando el hacha de guerra. En breve llegará mi familia, tenemos una boda a las puertas y me gustaría que el ambiente sea el mejor. Creo que ya ha habido bastantes malos rollos.

—No habrá más por mi parte, tranquila.

—También te agradezco que te hayas quedado para la boda. Sé que Oliver te pincha a veces para que no lo hagas, aunque en el fondo no lo hace de corazón. Es esa rivalidad vuestra…

—No te preocupes por eso. Solo dime una cosa, ¿puedes casarte tranquila sin contarle nada de lo nuestro? Me cuesta creerlo.

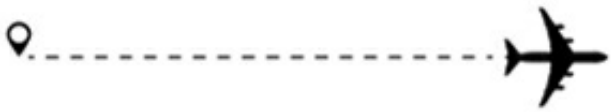
—Todo fue un error… Un error que reviví aquí en París cuando te volví a ver. Ahora lo tengo claro, no debió pasar.

—Pasó porque nos nació a ambos.

—Pues no nos debió nacer. Gracias por entenderlo y si no, al menos, por respetarlo. No quiero volver a hablar de este tema, nunca—comenzó a galopar en ese momento.

Ella tenía tan claro que se estaba apartando de mí como yo que no lo permitiría.

Capítulo 28



La noche anterior los había escuchado en la cama. Y no precisamente hablando.

Lo pasé rematadamente mal y pensé que aquello que tuviera que pagar en el mundo, lo estaba pagando al precio más alto de todos.

Ocurrió al pasar por delante de la puerta de su dormitorio. Me había levantado porque no podía dormir y salí al jardín. A la vuelta les escuché, y entonces no pude conciliar el sueño en casi toda la noche.

Por la mañana, me rendía el cansancio cuando tocaron en la puerta del dormitorio.

—Ya me levanto, Emma, dame cinco minutos.

—No soy Emma, soy Valerie.

—Espera, que ya voy—le pedí con sorpresa.

Me levanté como un cohete y abrí la puerta. No me di cuenta de que lo hice desnudo, aunque tampoco me importó demasiado.

—¿Te podrías tapar un poco? —me preguntó.

—Bueno, no es nada que no hayas visto antes.

—Pero podría pasar alguien y sospechar.

—Vale, vale, ¿a qué debo el honor de tu visita?

—A que espero que nos acompañes a la subasta. Para mí es importante.

—Claro, lo haré.

—¿Sí? Pues te lo agradezco de verdad. Me ilusiona que mi familia política conozca la galería en la que trabajo y a mis compañeros.

—Bien, bien. Por cierto, que a algunas de tus compañeras ya las conozco—carraspeé—. ¿Son buenas amigas para ti?

—Geniales. Y la que más, Nicole. No sabes cómo es.

—Ni tú—se me escapó.

—¿Cómo dices?

—Que no puede ser como tú, tan buena en todo, digo.

—Qué va. Ella es incluso mejor. No te imaginas el aprecio que le tengo. Desde que llegué a París, me echó una mano en todo. No tardes, que nos vamos en un rato.

Ella no se imaginaba que en ese "en todo" entraba el paquete de Oliver, al que también le echó mano su amiga. En fin, que pronto lo iba a saber y que los ojos se le saldrían de las órbitas. Lo sentía por Valerie, porque sería un palo, pero cuando tienes una mala hierba creciendo a tu lado como Oliver y Nicole, lo mejor es arrancarla de cuajo.

Iba elegantísima con aquel traje de chaqueta en color marfil. Sobre sus hombros, una chaqueta de pelito en tonos marrones. Altos zapatos, bolso a juego… Mi hermano se había conjuntado con ella. O ella con él, no sabría qué decir al respecto.

Llegamos a la galería y sus tres compañeras nos saludaron. Emma y yo flipamos al notar el desparpajo con el que Nicole le estampó dos sonoros besos en la cara a mi hermano, como si le tuviese gran cariño al novio de su amiga. Había que joderse.

Desiré, la jefa de Valerie, también se presentó y nos comenzó a hablar maravillas de esa chica a la que consideraba el gran fichaje de los últimos tiempos en la galería.

Lo normal sería que Valerie la escuchara con atención, puesto que la estaba poniendo por las nubes, si bien la encontré ausente mientras Desiré pronunciaba esas palabras que la situaban en lo más alto.

Había conseguido alcanzar su sueño en lo profesional y no por ello se la notaba feliz. Si analizaba su mirada, si traspasaba sus ojos y llegaba a sus pensamientos, existía melancolía en ellos.

¿Quién sabía si sus pensamientos no la estarían llevando a otro tiempo donde su vida era más sencilla, pero también más feliz? Igual pecaba de presuntuoso, pero habría apostado a que pensaba en lo mismo que yo; en nuestros días locos en Nueva York.

Tan ensimismada estaba, que no se dio cuenta de que Desiré le anunció que la subasta estaba a punto de comenzar. Ella misma se encargaría de las pujas y lo hizo con una gracia y un estilo que le valieron para meterse al público en el bolsillo.

—"Señoras y señores, hoy tengo el honor de dirigir esta subasta que han organizado los Vanderbit, quienes se van a convertir en mi familia porque me caso en unos días. De todos ellos podría decir cosas buenas—me miró en ese momento y hasta noté una tímida sonrisa—, pero no puedo detenerme tanto, así que les comentaré que me siento muy dichosa al casarme con Oliver Vanderbit, el hombre que me animó a organizar este evento y quien habló con los suyos para hacerlo posible gracias a su generosa contribución económica. Díganme ustedes, ¿cómo no querer a un hombre así?"

El público asentía. Pocos conocíamos su secreto. Para mí que si ensalzó en alto "las gracias" de su prometido fue por tratar de creérselas ella misma. De todos modos, lo bordó, igual que el resto de la subasta, en la que desempeñó un papel magnífico.

En un momento dado, Oliver se levantó como para atender una llamada. Emma me lo señaló con la mirada y le seguí. Lo curioso fue que enseguida se levantó también Nicole, quien le pisó los talones hasta un pasillo en el que se encontraron.

No era fácil hacerles una fotografía en ese instante, nada fácil, porque mi hermano miraba hacia la esquina en la cual yo estaba refugiado. Y si me descubría, ¡¡adiós a la posibilidad de hacer esa foto!!

Valerie no confiaba en mí y necesitaría pruebas fehacientes de que aquellos dos se la estaban dando con queso. De otro modo, no me creería.

Buscaba otro lugar desde el que fotografiarles cuando alguien más apareció por el pasillo, anunciándolo con sus pasos, y ambos se separaron.

En ese instante me tocaron en el hombro y di un bote.

—Soy yo, primo. Tranquilo, que parece que te has puesto hasta arriba de pastis.

—Estaría más tranquilo si lo hubiera hecho.

—¿Tomarte las pastis? No lo flipes, he visto cada colgado que no veas después de ponerse hasta arriba de ellas.

—No, que estaría más tranquilo si hubiera hecho la foto.
—Ya, bueno, volvamos al salón.

—¿Y si llega el día de la boda y no los hemos cazado?

—Lo dices como si fueran conejos, qué arte.

—En serio, Emma.

—Tranquilo. Mañana llegan los padres de Valerie con su hermano. Habrá otra cena en el castillo. Le he escuchado decir que sus amigas asistirán de nuevo. Y seguro que Valerie anda distraída con los suyos.

—Y la otra atacará.

—La tal Nicole, sí. Vaya gusto el de la tía. Menuda tortura la de liarse con tu hermano. Hay gente para todo.

La subasta terminó y fue un éxito total. Valerie parecía muy satisfecha y volvió a agradecer la labor de mi familia, además de anunciar a qué asociaciones iría destinada la suculenta cantidad recaudada.

—Lo has hecho genial—la felicité después de que se fotografiase con Oliver porque la prensa había cubierto el evento.

—Gracias, el arte es mi pasión, como para ti volar.

—Ya veo que me vas conociendo algo mejor, sí.

—Vas a ser mi cuñado, es lo menos. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a saludar a las chicas.

Se fue hacia sus tres amigas y todas se la comieron a besos.

—Eres la mejor, la mejor, ¿tú te has visto? —le comentó la falsa de Nicole.

—No, qué va. Simplemente lo he hecho lo mejor que he podido. La ocasión lo merecía.

—¡¡Que te vas a casar!! —la achucharon las otras dos.

—Sí, eso, y que a ver si ligamos en tu boda—prosiguió Nicole.
—Yo me pido a Noah, a tu cuñado—le comentó Nancy.

—Anda que eres tonta. Ese es para mí—la cortó Linda.

—¿Os gusta mi cuñado? —les preguntó ella sin demasiadas ganas de que así fuera.

—Está que cruje el tío, claro. Al final, me lo tiraré yo—le soltó Nicole.

O lo dijo por disimular o era ninfómana y le valíamos todos. O igual fantaseaba con montarse un trío con los dos. Pero para mí que esa estaba colada por Oliver porque le seguía con la vista cada vez que se movía.

Varias veces hice el intento de seguirles, sin suerte. Cuando llegaba hasta ellos, o bien no se me ponían a tiro o alguien aparecía.

—Joder, Nicole, pareces mi sombra —se quejó él, pura amabilidad como era.

—¿Es que ya no tienes ganas de estar conmigo?

—Que sí, mujer, pero que me estás poniendo en un aprieto. ¿No entiendes que nos pueden pillar?

—A veces pienso que sería lo mejor—le respondió ella.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Debería ser yo quien se casase contigo. Te quiero más que Valerie.

—¿Y por qué cojones dices eso? Ella está colada por mí, es evidente, ¿no?

—Pues no lo tengo tan claro, porque como te miro yo no te mira ella.

—¡¡Desgraciada!! No inventes, ¿me oyes? Mucho cuidado con abrir el pico y que llegue a oídos de mi prometida.

—¿Y yo qué? ¿Ya no te gusta estar conmigo?

—Claro que me gusta. Nos lo pasamos muy bien en la cama, pero si tratas de joderme la vida me las pagarás.

—Ya está bien, no me hables así. Sabes que nunca te haría daño. Te quiero demasiado como para eso.

—Más te vale, Nicole, más te vale.

Se marchó airado. Se le notaba nervioso. Aquella chica parecía muy desesperada por estar con él, como una olla a presión a punto de estallar.

Se encontró con Valerie, quien ya le estaba buscando.

—¿Dónde estabas, Oliver?

—Por ahí, viendo la galería a fondo.

—Pero si tú ya la conoces y muy bien.

—Cierto, pero me encanta recorrer el lugar en el que trabaja mi mujercita.

—¿Ya soy eso para ti? Si aún no nos hemos casado.

—Ni falta que me hace. Te quiero con todo mi alma desde que te conocí, lo de casarnos es para que también lo sepan los demás.

Mi padre aplaudió sus palabras y mi madre en aquella ocasión le apoyó.

—Espero que vayamos a almorzar algo picante, porque me estoy empalagando con tanto dulce—comentó entonces la abuela.

—Por cierto, Victoria, ¿te lo has pasado bien? —le preguntó Valerie.

—Sí, muy bien, la verdad, aunque creía que podría subastar algo mío y esos muchachos a los que les pregunté se escandalizaron.

—No quiero saberlo—se tapó mi madre los oídos.

—Roxanne, no seas mojigata. Me refería a mis bragas, y usadas, que tienen mucho más valor. Valerie, ¿cuánto crees que podríamos haber sacado por ellas?

—Lo que te hubiese dado la gana, Victoria.

—No le sigas el rollo a mi abuela, por favor.

—Pero si es de lo más divertida, Oliver, ¿no la has escuchado?

—Alto y claro, y por eso te lo digo. Y precisamente por eso no deberías seguirle el juego, ¿o es que eres tonta?

Cayó en el mismo segundo en que había metido la pata. Hasta el último de los músculos de mi cuerpo se me puso en tensión. Emma, quien lo vio, tiró de mí para que no me enzarzase con él.

—No, no soy tonta. Y le seguiré el rollo a tu abuela cuantas veces me venga en gana—le contestó.

—Perdona, perdona… No sé lo que me ha pasado—se disculpó él, rojo de la vergüenza.

—Ha sido por los nervios de la boda—le excusó mi padre de momento. Es que tu familia llega mañana, Valerie, y todo cuenta. A mí también me pasó antes de casarme.

—¿Tú llamaste tonta a mi hija, Marc? Porque todavía te saco los dientes gratis—le amenazó mi abuela.

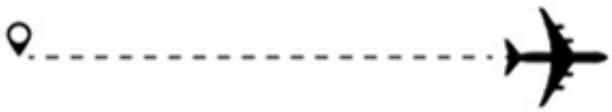
—No, quiero decir que me sentía muy nervioso, igual que le ha ocurrido a Oliver.

—Pues cuidado con tanto nervio, machos alfa, que todavía la tenemos.

—No pasa nada, Victoria, pero gracias—se las dio Valerie quien salió de la galería ella sola, con mi hermano corriendo tras su falda.

Era la primera vez que la veía enfadada con Oliver, a quien defendió a capa y espada hasta ese día. Mi hermano comenzaba a dar la cara y eso que ella ni sospechaba que le estaba siendo infiel con Nicole. Necesitaba reunir las pruebas y hacerlo pronto. Oliver no tendría nada que hacer cuando Valerie conociera la verdad.

Capítulo 29



No puedo saber qué hablaron entre ellos camino del castillo porque volvieron en su propio coche, pero habría pagado por ser un pajarito y colarme en él.

Estaba más que dispuesto a terminar con aquel proyecto de boda y sabía que lo lograría, pero si mi hermano me lo facilitaba no sería yo quien se quejase.

Cuando llegamos al castillo, a ella se la seguía notando contrariada y hasta puso una excusa para no bajar a almorzar.

—Mamá, resulta que Valerie está muy cansada y hoy prefiere echarse un rato. Dice que vayamos almorzando los demás.

—Sí, debe haberse cansado de que la llamen tonta—le respondió la abuela sin pelos en la lengua.

—Ha sido un descuido, abuela. Ese no es mi estilo, te lo puedo asegurar.

—Y yo te puedo asegurar que si tu difunto abuelo se hubiese dirigido a mí así, aunque solo hubiera sido una vez, se queda sin pelos, y eso que lo tenía bien fuerte, que esa herencia la habéis recibido vosotros. Menos mal, porque vuestro padre tiene tres pelusas en la azotea.

—Suegra, sin ofender.

—¿Y qué ofensa es esa? Además, que con el dinero que tienes podrías haberte hecho un injerto o diez. Vamos, digo yo.

—Abuela, hoy tienes para todos, te has puesto farruca.

—Sí, es que hay cosas que me sacan de quicio como mujer, Emma, no hace falta que te diga que no aguantes que ningún patán te diga nada así…

—En la vida, lo sé.

—¿El patán soy yo? —se revolvió como un bicho Oliver.

—Sí, patán es todo aquel que cree que puede hablarles a las mujeres como si tal cosa, nieto, como si las malas palabras no se clavaran en el corazón como dardos envenenados. Lo que no sabe esa gente—entrecerró los ojos—, es que esos dados se revuelven contra ellos como un boomerang.

—Pues estamos apañados, ni que hubiese cometido un delito. Se me ha escapado, ha sido una expresión desafortunada, ¿me vais a llevar a la horca por ello?

—No, te vas a llevar tú solito—le señaló ella con el dedo acusador.

—Mamá, lo siento, pero tampoco voy a almorzar con vosotros.

—Está bien, Oliver—le contestó ella totalmente contrariada y sin insistirle lo más mínimo en que lo hiciera.

—Ya veo que os importa un montón.

Salió del salón dando un portazo que sobrecogió a todos a los que sorprendió. A mí no porque lo vi venir, estaba al lado de la puerta.

Mi padre miró a mi madre y a mi abuela con gesto de preocupación.

—Oliver se ha equivocado, pero tampoco ha cometido ningún delito. Tengo la sensación de que le habéis juzgado con demasiada dureza cuando no hace más que trabajar duro para los Vanderbit.

—Querrás decir para él, para aumentar su propia fortuna y la que será su herencia, porque te recuerdo que tu hijo no hace nada por amor al arte—le aclaró la abuela—, así que mejor cierra el pico, Marc, si no quieres salir escaldado.

Mi hermano salió de la casa un rato después y yo vi la oportunidad perfecta para pasarme por el dormitorio de Valerie.

—Ahora no, Oliver, no me apetece hablar—contestó desde dentro cuando llamé a la puerta.

—Si fuera Oliver no habría llamado, entraría sin más.

—¿Eres tú, Noah? Pues mucho menos voy a discutir ningún tema contigo.

—No he venido para discutir—le aclaré abriendo la puerta—. He venido para recordarte que tú vales mucho más que esto por lo que estás pasando.

—Tampoco exageres. Se le ha ido la lengua a tu hermano, es la primera vez que sucede. Y ahora márchate.

—Alguna vez debía ser la primera. Él no te va a respetar, no te hagas ilusiones. De hecho, aunque lo ignores, hace tiempo que no te respeta. No puedo decirte desde cuándo, quizás desde el principio.

—¿De qué me estás hablando? No creo ni una sola palabra. Oliver apostó desde el primer día por nosotros, no como tú.

—Error: Oliver apostó desde el primer día por él, que es por quien sabe apostar y lo hace muy bien. Al margen de eso, te puedo garantizar que no te respeta y no lo digo solo por lo que ha pasado hoy.

—Eres muy listo, Noah. Pero cuanto más pretendas aprovechar lo que ha sucedido para que me acerque a ti, menos lo conseguirás. No ha estado bien y tengo una conversación pendiente con él, lo cual no quiere decir que te permita que hagas leña del árbol caído porque ese árbol no se va a caer, tenlo claro.

—Crees que esto va de eso y no es así. No se trata de una *vendetta* contra Oliver. Va de que quiero que seas feliz y…

—Y de que dijiste que dejarías el tema. Mañana llegan mis padres y mi hermano. No quiero que se disgusten. Vienen a París para asistir a una boda y no a un velatorio, de manera que pretendo darles el mejor recibimiento del mundo. Y el más feliz.

—¿De verdad estás feliz?

—¡¡Ya está bien, Noah!! Márchate de mi dormitorio y, si de veras pretendes hacerme un favor, pon una sonrisa en esa cara y no pienses en nada, que ser superficial siempre se te dio estupendamente.

—Ojalá, ojalá pudieras mirarme con otros ojos y lograré que lo hagas, te lo prometo.

—No hagas promesas que no quiero escuchar cuando en su día me dejaste a falta de escuchar las que sí deseaba, te lo digo por favor.

—No pierdes ocasión de golpearme bajo.

—Al menos, esta vez, solo lo he hecho metafóricamente.

—Sí, es verdad.

— Y, ahora que lo dices, eso puede cambiar.

—No, no. Tranquila, que no es necesario.

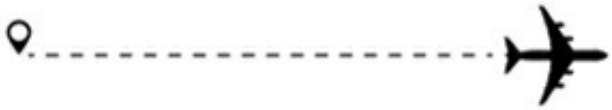
—Ah, vale, lo decía por si acaso…

—Deja, deja.

Salí de su dormitorio más convencido que nunca de que la iba a recuperar. Para ello, pondría el alma y la vida.

No salió de él hasta por la noche y para cenar con todos nosotros. Aún se le notaba el disgusto, si bien Oliver volvió a representar el gran papel de su vida y estaba más que empeñado en hacerse perdonar.

Capítulo 30



Al día siguiente, llegaba su familia. Justo salían mi hermano y ella para el aeropuerto cuando Oliver recibió una llamada de trabajo.

—Papá, tenemos un problema con lo de la hidroeléctrica. Parece que hay un pequeño cabo suelto y la competencia quiere tirar de él para sacar tajada. Se ha convocado una reunión urgente. Os necesito a Emma y a ti.

—¿Y lo de tu familia política? ¿No irás a recogerles con tu prometida?

—No pasa nada. Id, por favor. Yo les recogeré, Marc. No necesito a nadie para eso—le dijo de inmediato Valerie.

Se marcharon y ella se puso al volante del coche. Aún no había salido del recinto del castillo cuando la alcancé, abrí la puerta y ocupé el asiento del copiloto.

—¿Qué mierda estás haciendo, Noah? Y como vuelvas a soltar uno de tus chistecitos sobre que vas a conocer a tus suegros o algo así, piso el acelerador y sales por la luna delantera.

—¿Vas a pisarlo más? Pues entonces iré calladito por la cuenta que me trae.

—No, no irás a ninguna parte.

—¡¡Joder!! ¡¡Que me vas a partir el cuello!! ¿Cómo se te ocurre frenar así?

Lo hizo en seco y de tal forma que recibí un buen tirón, al no esperarlo.

—Es que por las buenas no piensas bajarte.

—Y por las malas tampoco, así que arranca.

—Ya me extrañaba que fueras a cumplir tu promesa de dejar que me casara en paz. Tú no

sabes lo que es una promesa, así de sencillo.

—Ni tú lo que es un carné de conducir, por lo que veo, ¿de verdad te lo sacaste?

—Tengo una pericia al volante que ni un piloto de Fórmula 1, chaval. Que vaya a toda velocidad, por la evidente mala leche que me provocas, no quiere decir lo contrario.

Dicen que como muestra, tan solo hace falta un botón. Y estaba a punto de demostrármelo. De repente, hizo un trompo y creí que nos salíamos de aquella carretera de salida del castillo que, afortunadamente, no estaba nada transitada.

—Vale, vale, ya lo he visto. Luego te doy un premio cuando lleguemos, pero ahora procura conducir como si no estuvieras como una cabra.

—Ya tengo claro qué tipo de premio me quieres dar. Y conduciré como me dé la gana, ¿qué estás haciendo aquí?

—Hacerte de guardaespaldas. Un bombón así no debe ir solo por el mundo. Podrían querer raptarte.

—Ah, pues entonces hay otra solución, ¿no se te ha ocurrido ponerme un microchip?

—Eso sería más propio de mi hermano.

—Oliver es un caballero. Puede cometer sus errores, ayer lo hizo, lo cual no se traduce en que deje de serlo. Estuvimos hablando y me prometió que…

—Que nunca volverá a suceder. Y luego vendrá con flores o con algún regalito. Tú eres mucho más inteligente que eso.

—No digas bobadas. Oliver no seguirá ningún patrón de esos. No le hace falta porque no es así. En su caso es cierto que no volverá a suceder.

—Y en el tuyo te diría que es cierto que el amor es ciego. Pero en realidad no, porque no le quieres como a mí.

—Creí dejarte bien claro que esto no podría volver a pasar y mira. Aquí estás, volviendo a hacer el payaso en mi coche.

—Claro, ¿no ves que llevo la nariz roja y los zapatones?

—Hay muchas clases de payasos, evidentemente.

—No me ves así, no es verdad.

—Espera, es que no me he fijado bien—me dijo apartando la vista de la carretera.

—¡¡Vale, vale!! Da igual. Mira al frente.

—No te van a valer de nada tus argucias. Sé que tramas algo, una especie de plan ridículo de última hora para dinamitar mi boda.

—Dinamita, en eso no había pensado.

—No te burles más y escúchame con las orejas, Noah Vanderbit: nada ni nadie va a hacer que no me case con Oliver. Puede que no sea perfecto, pero es el hombre que he elegido y siempre creyó en lo nuestro.

—Vale, vale, ¿puedes conducir con un poco más de cuidado? Si no lo haces, serás tú misma quien dinamite tu boda. Por cierto, ¿cómo es tu familia?

—Es la mejor. Lo siento por la tuya, pero es la mejor.

—Nada que sentir, me alegra que sea así.

—Por decirlo de alguna manera, digamos que tu abuela Victoria no desentonaría nada en ella.

—O sea, que son más peligrosos que una caja de bombas.

—Ya los conocerás.

—¡¡Eso será si llegamos vivos al aeropuerto!! ¿A ti quién te enseñó a conducir? ¿Lewis Hamilton?

—Muy chistoso tú.

—Ahora en serio, ¿tus padres están de acuerdo con todo esto?

—Pues claro que sí.

—¿Y qué opinan de Oliver?

—Que están deseando conocerle.

—Ah, vale, que no le conocen. Eso lo explica todo.

—No seas malo. Sé que Oliver te tiene inquina, pero reconoce que le diste motivos para ello.

—No remuevas más la mierda, por favor.

—Porque te salpicará en toda la cara, que es lo que te mereces.

—¿Tú crees que esta cara tan bonita está para eso?

—No, está para partírtela. Si quieres, hago el intento.

—Yo creí que los tiempos en los que me usabas como saco de boxeo ya estaban lejos.

—No, lo bueno siempre puede revivirse.

—Eso opino yo, por eso creo que podemos revivir lo nuestro.

—No te pases de la raya: contigo no hubo nada bueno.

—Eso no lo dices de corazón.

—Y tú no tienes palabra. Prometiste dejarme en paz.

—Pronto descubrirás que me sobran los motivos para volver a la carga.

—Ya, y si no, te los inventas, por eso no tienes ningún problema.

—¡¡Que te saltas la salida para el aeropuerto!!

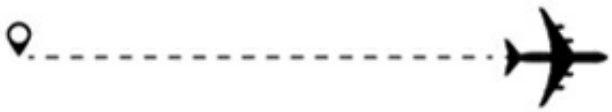
—Anda, pues es verdad. Espera, que doy marcha atrás…

—¡¡No se te ocurra!!

—Pues no haberme entretenido.

En ese momento pensé en que no habría boda que boicotear porque moriríamos allí mismo. Más de un coche tuvo que esquivarnos.

Capítulo 31



Unos minutos después, esperábamos que su familia aterrizase. Les vimos salir con una sonrisa de lo más amplia.

Ya comenté en su momento que su madre se llamaba también Valerie y su padre Nathan, igual que su hermano. Así que el lío de nombres estaba servido.

Se dieron un abrazo a cuatro que duró varios minutos. Incluso comenzaron a saltar. Se les veía divertidísimos y muy alegres. Me quedó claro de dónde le venía a ella la alegría y la vitalidad de la Valerie que conocí en Nueva York y que me enamoró hasta las trancas.

Al lado de Oliver podía lucir más sofisticada, no lo ponía en duda, pero la veía como un cristal muy fino que, sin embargo, lucía opacado, como si le hubieran robado el brillo que le daba su verdadera esencia.

Viéndola allí con los suyos, saltando y riendo, me reencontré con esa Valerie de los comienzos.

Cuando dejaron de abrazarse, se vinieron hacia mí.

—Mamá, papá, Nathan, él es…

—¡¡Tu novio!! —chilló su madre—. Pero hija, si es guapísimo. Las fotos no le hacen justicia. En las distancias cortas gana una barbaridad este chico.

—Mamá, ¿tú llevas puestas las lentillas?

—¿Para el viaje? Qué va, que me resecan mucho los ojos.

—Pues saca las gafas, que este no es Oliver. Es su hermano, Noah.

—Pues qué lástima, porque la verdad es que al verlo, he pensado que hacéis una pareja

perfecta.

—¿A que sí, Valerie? Pues yo lo que he pensado es que cómo han dejado que dos hermanas se llamen igual—le di dos besos.

—Sí, pero yo soy la pequeña—bromeó su madre cogiéndome del brazo—. Has ganado puntos con eso de verme como la hermana de Valerie.

—Este tío mola, me voy a llevar genial con él. Oye, ¿a ti te gusta salir de marcha? —me preguntó su hermano Nathan.

—¿A este? Más que nada en el mundo: te puede llevar a conocer los mejores garitos de París, los mejores prostíbulos…

—Valerie, por favor, ni de coña.

—Niña, que con esa cara que Dios le ha dado no creo que tenga necesidad de pagar por sexo el muchacho. Fila tienen que hacer las chicas.

—Mira por dónde te ha salido una aliada. Lo que el universo te da por un lado, te lo quita por otro.

—Espera, espera…

A su madre también se la veía muy larga y ató cabos en el momento.

—Mamá, vamos hacia el coche, ¿qué piensas ahora?

—¿No se llamaba Noah aquel chico que te partió el corazón? Qué casualidad, ¿no? Es que ahora que lo pienso, una vez que te cogí el móvil vi una foto que se parecía mucho a…

—¿Me pillaste el móvil, mamá?

—Hija, estabas como un alma en pena, llorando por los rincones. Y necesitaba información para poder ayudarte. Total, que viniste a visitarnos y, al dejar el móvil en la cocina para ir al baño…

—Me lo revisaste de arriba abajo.

—No, solo lo que me dio tiempo. Y claro, al ver esta carita hace unos minutos es que me ha resultado familiar, me he hecho un lío.

—Bueno, pues sí: fue él quien me hizo la vida mierda.

—Dicho así, suena fatal…

Vi que su padre se crujía los nudillos y entendí que la afición del boxeo de Valerie bien podría ser heredada.

—¿Y nos no lo puedes explicar? —me preguntó el hombre—. Porque esto parece el guion de una comedia, ¿te estás riendo de mi hija todavía?

—No se me ocurriría. Con decirle que creo que todavía se me mueve una muela de la que me dio al saber que era el hermano de su novio, señor.

—Puedes tutearme, porque estoy a punto de tocarte la cara, vamos a tener cercanía tú y yo.

—Espera, cariño, que el muchacho tendrá que hablar. Esto debe tener una explicación.

—Y la tiene, de lo más cachonda… Os vais a reír.

Su padre no es que tuviese muchas ganas de reírse. También su madre estaba a la expectativa. Y hasta a su hermano mellizo parecían habérsele pasado las ganas de fiesta con tal de escuchar lo que tenía que explicarles.

Lo hice lo mejor que pude mientras ella silbaba y miraba hacia otro lado.

—¿Le doy, Valerie? —le preguntó su padre a su madre cuando terminó.

—No, espera, ¿no has visto lo romántico que es lo que nos ha contado? —le contestó ella, limpiándose una lagrimilla del rostro.

—Mamá, te juro que no sé dónde le ves el romanticismo, ¿lo has escuchado todo?

—Es que este muchacho te quiere, Valerie. Se le nota no solo en el tono de la voz cuando habla de ti, sino en los ojos.

—¡¡Ni se te ocurra mirarle!! Es una serpiente de esas que hipnotizan. Yo tampoco lo hago, por precaución.

—Tú no lo haces por otra cosa que me voy a callar, hija—me guiñó el ojo su madre, poniéndose de mi lado.

—¿Es verdad que quieres a mi niña? —me preguntó su padre.

—Con todo mi corazón, Nathan.

—Pues entonces, ya tienes bastante castigo con haberla perdido, chaval. Llevo toda mi vida al lado de su madre. Cuando la conocí, supe que sería así y jamás me planteé dejar que ese tren pasara de mi estación.

—¡¡Y menudo tren!! —se contoneó ella, que era de lo más pizpireta.

—¿La has visto? Es mi esposa, la mujer de mi vida, mi compañera y mi amante. Junto a mis hijos, es lo que más quiero en el mundo. Si tú dejaste pasar a mi hija, ya tienes razones para lamentarte. No hace falta que te dé de puñetazos porque ya te los has dado tú solo.

—Pues sí, hace falta estar un poco tarado para dejarte pasar a una mujer como mi hermana—continuó su hermano.

—¿Y tú no te dejas pasar a ninguna, listo? Si las novias no te duran más de una semana—le recordó su madre—. Y ahora me vais a dejar al muchacho, que a este paso le vais a deprimir. Ven con tu suegra, Noah, digo conmigo—corrigió en cuanto detectó la mirada incendiaria de su hija y me ofreció el brazo.

—Familia, una cosa os quiero decir: los padres de Oliver no saben nada al respecto. Para ellos, Noah y yo nos hemos conocido estos días aquí en París. Tampoco lo sabe el propio Oliver, así que os ruego discreción.

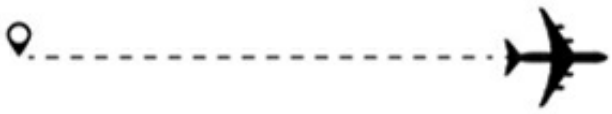
—¿Tu novio no sabe que te tiraste antes a su hermano?

—Mamá, por favor, ¿qué manera de decirlo es esa?

—Yo qué sé, hija. Pues la única que se me ocurre, porque digo yo que te lo tirarías. Si no, habría sido un desperdicio.

A Valerie madre me la tenía ganada. Y al resto, más o menos que también.

Capítulo 32



Nos subimos en el coche y me dejaron de copiloto con ella.

—Y ahora, abrochaos bien los cinturones, que despegamos, digo que arrancamos.

—Es muy cómico él, es que no os he contado que es piloto—les comentó su hija.

—¿Piloto? Ay, por favor, a mí me parece la profesión más interesante del mundo—opinó su madre.

—¿En serio? Pues puedo llevaros a volar en avioneta en estos días. Con Valerie ya lo hice.

—Ya me imaginaba que os habíais acostado, no hace falta que me des detalles, granujilla.

—Cariño, se refiere a que voló con ella—carraspeó su marido.

—Ah, vale, que no puede una ni hablar.

—Qué va, mamá. Te noto cohibida.

—Cohibida se va a quedar cuando arranques—le dije y apreté los dientes, agarrándome a mi asiento.

—No tengo ni idea de por qué dices eso. Más prudente no la hay al volante, Noah. Yo mismo la enseñé a conducir y se sacó el carné a la primera: conducía mejor que el profesor.

—Bueno, Nathan, ahora me lo cuentas.

Esperé a que arrancase y le vi la sonrisita malvada en la cara. Me refiero a ella, que lo estaba disfrutando de lo lindo.

—Con suavidad, ¿verdad, papi? La palanca de cambios se usa con total suavidad—iba

repitiendo mientras él asentía.

—O sea, que lo de acojonarme era una regalito extra—murmuré por lo bajini.

—Ni la centésima parte de lo que te merecías—me respondió.

Una vez llegamos al castillo, su padre, muy campechano, me dio un golpecito en la espalda que un poco más y me tira de boca. Soy corpulento, pero ese hombre tenía una fuerza colosal y era inmenso.

—¿Lo ves? Te dije que mi niña conducía que era un primor.

—Lo veo, lo veo—le respondí hasta tosiendo.

—Por el amor del cielo, cariño, ¿este castillo es de los Vanderbit? —le preguntó su madre.

—Si es así, me caigo muerto.

Su hermano Nathan abrió la boca mientras lo miraba y los ojos se le salían de las cuencas.

—No, mamá. Lo ha alquilado mi suegro para que estemos todos juntos y a gusto durante estos días.

—Su suegro, es decir, mi padre—le abrí la puerta del coche a Valerie madre para ayudarla a salir. A su hija no, porque me habría arañado como un gato.

—Sí, pero no es mi suegro por eso. Calla ya, liante. Mirad, ahí están Roxanne y la abuela Victoria.

Procedió a las presentaciones. La abuela se sintió genial con ellos y enseguida cogió confianza con todos, en especial con la madre de Valerie.

—¿Has visto el nieto tan guapo que tengo? —le preguntaba.

—Guapísimo, es como un actor de Hollywood. Me recuerda a unos cuantos a la vez.

—Supongo que alguno haría de gandul—comentó ella por lo bajini.

—¿En qué momento volviste a declararme la guerra?

—En el momento en el que te vi el plumero de nuevo, ¿qué estás haciendo tratándote de ganarte así a mi madre?

—Le he caído bien, es un hecho. ¿Estás celosa?

—¿Celosa yo? Soy su hija, por muy bien que le caigas, siempre seré lo primero para ella, idiota.

—Ya echaba de menos que me llamaras así. Es algo tan nuestro…

—Nuestro no queda nada, a ver si te enteras.

Mientras, la abuela se deshacía en elogios hacia mí.

—Ya tenemos ganas de conocer también a Oliver—le comentó Nathan padre.

—Ah, a mi otro nieto, ya… Bueno, vendrá luego, aunque ya os digo que no hay color.

—Mamá, por favor.

—Hija, soy mayor. Si me he quedado sin filtros, me he quedado. Mientras no me quede sin controlar los esfínteres, todo irá bien.

Entramos en el castillo y se quedaron ojipláticos. La de Valerie era una familia de clase media que no estaba acostumbrada a ese tipo de dispendios.

Al rato de estar allí conversando con nosotros, llegó el resto de mi familia.

—Así que por fin voy a conocer a mis suegros y a mi cuñado. Encantados, soy Oliver—se presentó mi hermano.

—Este sí, este es el de las fotos—le comentó su madre a Valerie.

—¿Cómo que soy yo?

—Es que mi madre le confundió contigo en un primer momento, Oliver—me señaló.

—¿Al entrar aquí? Supongo que le duraría poco.

—No, fue ya en el aeropuerto—le respondió su padre y a ella se le dibujó en el rostro una sonrisa incómoda.

—¿La has acompañado al aeropuerto, Noah?

—Hombre, claro, ¿por qué la iba a dejar ir sola si no tiene nada que hacer aquí? —salió mi prima en mi defensa, guiñándome un ojo—. Soy Emma, encantada de conoceros a todos.

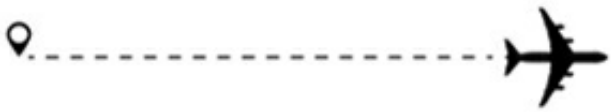
A Oliver le vi bastante molesto. Era lo que había. Por la cuenta que le traía, eso sí, lo disimuló. El día antes la había cagado con ella y el muy zorro sabía que Valerie no le consentiría que lo volviera a hacer.

—Claro, claro, muchas gracias por tratar así de bien a tu cuñada, hermanito—me las dio con todo el retintín del mundo.

—Nada que agradecer, pierde cuidado.

Se notaba que la tensión entre ambos crecía por momentos. Sin embargo, había algo en el rostro de Oliver que anticipaba su siguiente movimiento. Uno del que yo había advertido a Valerie, si bien él no se conformaría con regalarle un ramo de flores como si fuera un maltratador al uso.

Capítulo 33



Ocurrió tras tomar los postres, como colofón a un almuerzo familiar que entre todos hicieron de lo más ameno, ya que la mezcla de la abuela con su familia era ciertamente explosiva.

El único que permanecía más serio, como analizando la situación, era Oliver, que no me quitaba ojo de encima. Bien podía parecer que su novia era yo. Qué horror, me acaban de entrar ganas de vomitar con solo imaginarlo.

En fin, que llamó al mayordomo y antes de que entrase por la puerta acompañado de otras dos personas que sujetaban el marco, nos habló.

—Quiero deciros a todos que hoy es un día muy especial para mí. Amo a Valerie con todo mi corazón y la oportunidad de reunir a nuestras familias, de lograr que por fin se conozcan, habla por sí sola. También deseo aprovechar esta ocasión para hacerle a mi amada prometida (mi prima y yo nos miramos en ese momento con renovadas ganas de potar) entrega de un regalo que espero le haga ver el mucho amor que le profeso.

No podía ser más patético. El tío le ponía los cuernos y luego le hablaba como si fuera un poeta. Para morirse.

—¡¡No me lo puedo creer!! ¡¡Sabes que ese cuadro me tiene enamorada!! —chilló ella al verlo entrar.

Conozco muy bien a Valerie. Sé que no le entusiasmó su valor material (que era altísimo), sino el hecho de que Oliver le hubiera querido regalar una obra tan importante para ella. Ya le avisé de alguna maniobra por su parte, si bien el entusiasmo no se lo dejó ver.

Valerie lleva el arte en la sangre. Su madre lo había referido durante el trayecto en carretera que nos condujo al castillo. Y su hija hizo mención días atrás de que aquella obra era una maravilla. Se trataba de la que alcanzó un mayor precio en la subasta del día anterior. Y fue Oliver quien pujó por ella en la sombra, valiéndose para ello de un asistente.

—Ya sabía que te haría feliz.

—Mucho, pero más por lo que significa, ya lo sabes—le respondió ella.

—Es mi regalo de bodas, aunque he creído mejor entregártelo antes.

Sabía mucho él. Se lo entregó antes para hacerle olvidar el mal gesto del día anterior. Qué ganas de espetárselo en la cara.

—Mamá, papá, este es el cuadro del que os hablé: el que me tenía loquita. Pertenece a un pintor que está alcanzando renombre internacional. Algún día podrá ser una de las grandes obras pictóricas de la historia.

—Vamos, que igual es la nueva Mona Lisa—aprovechó la abuela que todos estaban admirando el cuadro y se pimpló la copa de vino de mi madre enterita.

—Más o menos, abuela Victoria.

—Me alegro de que te guste, Valerie—tomó entonces mi padre la palabra—. No sé si te he transmitido hasta hoy lo feliz que me siento de que pases a formar parte de nuestra familia. Para Roxanne y para mí, ya eres como una hija, igual que nos sucede con nuestra sobrina Emma.

—Una hija va a ser, pero ya veremos por dónde—soltó entonces la abuela junto con un hipo borrachín, ya que no era la primera copa con la que se hacía en la mesa y encima la última se la había tomado de golpe.

—Mamá, calla, que no sabes lo que dices.

—Es verdad, estoy piripi. Llevadme a la cama a que duerma la mona.

—No, suegra, espera, que voy a hacer un anuncio importante.

—Pues que sea rapidito, Marc, que el salón me está comenzando a dar más vueltas que un tiovivo y no respondo.

—Abuela, por favor, que papá quiere anunciar algo—le pidió silencio Oliver.

—Pues como no me hagáis caso y estire la pata, igual que la difunta reina Isabel, a ver qué boda se celebra aquí. Yo también merezco un funeral de varios días.

—A mí me va a dar con esta mujer—decía la madre de Roxanne mientras se secaba las lágrimas de risa de los ojos.

—Algo igual sí que te da en estos días, que todo puede pasar.

—De momento—carraspeó mi padre—, lo que va a pasar es que ha llegado la hora de que Roxanne y yo les hagamos a Oliver y a Valerie el regalo de bodas que se merecen. Dado que se trata de mi primogénito y de mi mano derecha en el negocio…

—Su jodido ojito derecho, eso es lo que quiere decir.

—Mamá, por favor, compórtate.

—Pues dile a tu marido que aligere, que me está entrando sueño.

—Bien, retomo, dado que se trata de la persona que va a heredar las riendas del negocio, me parece que es lógico que reciba un regalo acorde a su estatus aquí en París. Y como he visto el entusiasmo que a mi futura nuera le genera este castillo, estoy a punto de firmar su compra con su legítimo propietario para que la nueva pareja se establezca aquí.

Oliver la miró y ella estaba a punto del desmayo.

—Marc, ¿regalarnos este castillo? No, por favor, eso es demasiado.

—Tú misma dijiste que el castillo entero es una obra de arte, mi amor. Y yo le comenté a papá que el arte es tu verdadera pasión. Él ha creído prudente que ese cuadro que te he regalado penda de las paredes de este lugar.

—No, eso no puede ser. Soy una chica corriente, ¿vivir en un castillo?

Se la notaba desbordada. Una cosa era lo del cuadro, que recibió con entusiasmo, y otra muy distinta aceptar un regalo de tal tamaño y nunca mejor dicho.

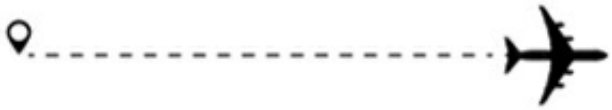
—Dejaste de ser una chica corriente cuando aceptaste convertirte en una Vanderbit.

—El muy capullo se cree que se ha convertido en un príncipe azul de verdad. Estoy por destriparlo para demostrarle que su sangre es roja como la de todo hijo de vecino—me decía por lo bajini Emma.

—Con que me ayudes a demostrarle a Valerie quién es de verdad, me conformo.

—¿Y tú lo dudas? Ese será el verdadero regalo para ella. Y se lo haremos entre los dos.

Capítulo 34



Me hice el encontradizo con Valerie en el jardín tras la gran noticia. Estaba allí fumando y la vi salir, de manera que no perdí la oportunidad.

—Reconozco que ha ido más allá de lo que yo pensaba, lo reconozco—le comenté en ese momento—. No te ha venido con un ramo de flores ni con unos bombones. Él quería impactarte y lo ha hecho.

—No te pongas en plan pájaro de mal agüero porque te juro que no te soporto cuando lo haces.

—Lo que no puedes soportar es que trate de abrirte los ojos. Lo del cuadro ha sido una jugada maestra. Y lo del castillo…

—Eso ha estado de más, es verdad. Lo del castillo, quiero decir. Pero ha sido cosa de tus padres.

—La Valerie que conocí viviendo en un estudio de Nueva York no tenía delirios de grandeza ni necesidad de vivir en un castillo.

—Y yo tampoco. En realidad, me resulta un poco rancio. Una cosa es que admire su belleza y otra que me vea viviendo en él. Prefería la idea de un ático abuhardillado en París ciudad, algo más bohemio.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—¿Has visto la cara que ha puesto tu padre al anunciarlo? Me he sentido incapaz de quitarle la ilusión. Yo no soy así.

—El problema, mi niña, es que si sigues en ese plan con ellos vas a terminar por no saber quién eres de verdad.

—¿Me has llamado “mi niña”? ¿Estás loco? ¿Sabes cuánto hubiese dado en su momento por sacarte una jodida palabra de ese estilo? Y ahora te crees con derecho de llegar aquí y soltarme algo así como si tal cosa.

—Valerie, por favor.

—¡¡Ya está bien!! ¡¡No te metas más en mis asuntos!! Me caso en dos días, ¿me oyes? Me caso con tu hermano y es una decisión que he tomado libremente. Yo y solo yo tengo derecho a tomar las riendas de mi vida. No tú. Esta noche vienen mis amigas a cenar, acaba de llegar mi familia… Es una alegría, un motivo para celebrar. Deja ya de tratar de que todo salte por los aires.

—Es que no puedo conformarme, Valerie, no puedo.

—Pues haberlo pensado antes.

—Te voy a demostrar que existen motivos por los que no te puedes casar con él.

—Ya. Y todos relacionados con tus caprichos. Eres un niño caprichoso, Noah. En eso tiene razón tu hermano. Cuando te lo metas en la cabeza, quizás comiences a merecer la pena.

Sus palabras, una vez más, me cayeron encima como una pesada losa. Y no hicieron sino avivar esas ganas mías de demostrarle que se equivocaba y que él no la merecía.

Emma llegó hasta mí y me quitó el cigarrillo de la boca.

—Ya estás más cerca de abrirle los ojos. Aquí se va a liar una batalla campal cuando le quites la careta a tu hermano, ¿estás preparado para eso?

—Si te digo la verdad, me da igual lo que se líe. Lo único que deseo es irme de aquí y que ella se venga conmigo.

—Ya te ves con ella en las Seychelles, ¿eh?

—Me veo en cualquier parte del mundo, pero con ella, sí.

—Ya me lo imagino.

—Tampoco te veo mal con Pierre, ¿no?

—Qué va. Estoy encantada con él. También te digo que no esperaba más que unas cuantas fiestas a su lado, porque siempre fue un fiestero de cuidado, pero me está demostrando que quiere ir más allá conmigo.

—Ojalá te salga, Emma. Te lo mereces.

—Y tú también. Oye, y que ellos no saldrán mal parados en ese caso, que también valemos mucho.

—Por supuesto que lo valemos y tú, primita, más.

—Venga, ahora descansa un poco. Estás fatal, se te nota. Guapísimo, porque lo eres, pero fatal.

—Tú sí que eres guapa. Y no solo por fuera, cariño. Siempre me has ayudado, eres mi prima pequeña y, sin embargo, te partes la cara por solucionarme la vida. Debería ser al revés.

—Es que yo nunca he necesitado nada, no me he metido en tantos líos como tú.

—Ya, que soy la oveja negra de la familia, siempre lo he sido.

—A los ojos de tu hermano y de tu padre solo, las demás…

—Las demás sois mis chicas, lo sé. Gracias, de verdad.

La abracé con el más sincero de los cariños. Ella se estaba dejando la piel en aquello.

—Sabes que cualquier cosa que necesites, cualquiera, no tienes más que pedírmela, ¿cierto?

—Cierto. Venga. Ve a echar una siesta que esta noche tienes que aparecer totalmente irresistible por la fiesta. Más que habitualmente incluso. Y eso no es fácil de superar.

—Me encanta que me alegres el oído, aunque lo importante de esa fiesta será cazar a mi hermano, ya lo sabes.

—Lo sé. Y servirle a Valerie su cabeza en bandeja de plata. Me froto las manos solo de pensarlo.

—Pues esperemos que haya suerte. Me da miedo que se guarde las espaldas y no se acerque a Nicole.

—Será ella quien se acerque, no te preocupes. Esa chica está muy colada por Oliver. Empieza a estar desesperada. No eres solo tú quien quiere parar esa boda.

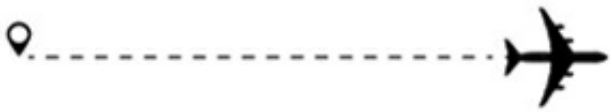
—Tienes razón. Solo tengo que ponerle los ojos encima y seguir sus pasos.

—Recuerda que yo también pondré los míos, primo.

—Ven aquí, que te has ganado un abrazo de los gordos.

Se lo di y la cogí en volandas. Era una de las personas más importantes de mi vida, sin lugar a ninguna duda. Y yo… Yo la quería con todo mi corazón.

Capítulo 35



Llegó la hora de la cena. Valerie bajó con un vestido de transparencias que era una verdadera virguería. Tremendamente sofisticada y guapísima.

Evitaba mi mirada y no le resultaba complicado, puesto que tenía otras muchas personas a las que atender.

—Cariño, estás bellísima—le comentaron Nancy y Linda.

—Sí, realmente fantástica—añadió Nicole, quien, no obstante, a quien buscaba con la mirada era al futuro novio.

—¿Es verdad ese rumor que circula? Se lo hemos escuchado a un amigo de Oliver—le comentó porque no eran ellas solas las invitadas.

—Sí, eso parece. Este castillo va a ser nuestro. Marc está ultimando los detalles de la compra.

—Pues ya solo falta que os compre un título nobiliario y que te conviertas en una *royal*. Lo mismo nos vemos haciéndote una reverencia.

—Qué cosas tienes, Linda.

—Solo digo lo que pienso.

—Nadie es más que nadie por tener ningún título.

—¡Bien dicho, Nicole! —le dio ella un beso.

Qué poco sabía cuando se acercaba así a su supuesta amiga que tenía al enemigo en casa y cuánto me dolía que así fuera.

—Cariño, ven aquí conmigo y con las chicas—le pidió entonces a Oliver, que pasaba por

delante.

De nuevo esa revolución de tripas por mi parte. Ella no se percató de la mirada sutil que se echaron entre ambos. Nicole, muy cuca, se cogió al brazo de él, como queriendo añadir protagonismo, en el momento en el que Linda me pidió que les echara una foto.

—Que es para hoy, Noah—bufó mi hermano mientras yo apuntaba. A él sí que le hubiese apuntado solo, pero con un arma.

—Espera, que hay mucha belleza junta y hay que captarla bien. No lo digo por ti, desde luego.

—Es que se cree el guapo de la familia. Pasad de él, no es más que un vende amores de esos que jamás se comprometen.

—¿Qué coño sabrás tú del amor? —le solté en ese momento mientras apuntaba.

—Ya saltó el gallito del corral—se encaró conmigo—. ¿Qué sé? Sé que he conquistado a una mujer que merece la pena más de lo que puedas llegar a imaginar y que se va a casar conmigo. El día que logres algo igual, vienes y me lo cuentas. Quizás entonces comience a respetarte.

—Chicos, chicos, por favor—nos pidió ella un poco de calma al ver que se venía hacia mí y que no me cortaba tampoco un pelo.

—¿Es que os habéis vuelto locos? —se acercó también Emma, quien observó la escena de lejos.

—Noah, vente conmigo, vamos a tomar una copa y a disfrutar de la noche—me pidió Pierre, quien también estaba invitado.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para que la sangre se me calmase en el interior de las venas, ya que mi hermano solía ponérmela a funcionar a tope, como si me hubiese drogado.

—Noah, no pierdas la compostura, ¿en qué estás pensando?

—Ya sabes en lo que pienso, Emma—le contesté, ya a solas con ellos dos.

—Tenemos un plan y no puedes salirte de él. Si la cagas a tope y tu padre te pide que te marches, ¿entonces qué? Te quedarás sin la posibilidad de demostrarle la verdad a Valerie.

—Vale, vale, si tienes toda la razón. Es que me ha hervido la sangre en las venas una vez más.

—Mira, mira, Nicole ha entrado en la casa—me señaló—. Y lo mejor es que Oliver acaba de hacerlo.

—¡Es mi oportunidad! —volé hacia allí sin avión, por muy piloto que fuese.

Solo por la forma de moverse de ella, se veía que estaba absolutamente desesperada. Le seguía y lo gordo era que él iba en dirección a su dormitorio. Nada más cerrar la puerta, ella la aporreó.

La respiración se me cortó porque no era para menos. Esperaba expectante el momento en el que él abriera y ella se le tirase en los brazos. Preparé la cámara porque no dudé que lo haría así, dado que tenía el gesto torcido y que la inquietud la estaba matando.

En lugar de eso, él abrió la puerta, si bien lo que hizo fue empujarla en ese instante y a ella se le fue el cuerpo hacia atrás.

Juro por mi vida que hubiera intervenido en ese mismo momento, pues no puedo tolerar una acción así por mucho que ella también estuviese actuando mal con Valerie, pero dio la casualidad de que fue el mayordomo quien pasaba por allí y lo hizo.

—Señor, ¿es que se ha vuelto loco? Esta señorita casi se cae, ¿qué está haciendo?

—¡¡Llévesela!! —le chilló.

—No, por favor, necesito estar contigo, Oliver, lo necesito.
—Vas por muy mal camino. Si te has creído que vas a joder esta boda…

—No, vale, sé que te casarás con ella. Pero no me abandones, por favor.

—De momento, vete de esta casa. Di que te encuentras mal y ya hablaremos tú y yo.

—No me abandones, Oliver. He hecho todo lo que has querido. Fui yo quien te ayudó a conquistarla porque así me lo pediste, ¿y ahora me das la patada?

—La hubiera conquistado igual sin tu ayuda, no te apuntes méritos.

No sabía de qué hablaban. El asunto era más jugoso por momentos, pero no pude lograr la codiciada fotografía que demostrase que estaban liados.

Salí como las balas hacia el jardín, antes de que mi hermano me viese y a tiempo de oír cómo Nicole le decía a Valerie que tenía que irse a casa porque le estaba atacando la migraña. Quien la había atacado era un mal mayor llamado Oliver, un déspota de muchísimo cuidado al que no pensaba consentirle por nada en el mundo que llegase a tratar a Valerie como a Nicole, pues ya había quedado claro cómo se las gastaba con las mujeres.

Lo malo era que el tiempo corría y cada vez contaba con menos posibilidades. Mi abuela se me acercó y me pidió un baile.

—Quita esa cara, nieto preferido, ¿o es que ahora le vas a dar la satisfacción a tu hermano?

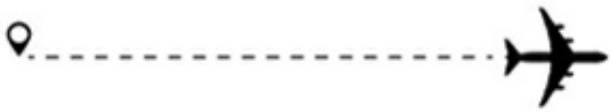
—No es esa mi intención, abuela.

—Pues entonces, que te salga esa sonrisa bonita. Todas las mujeres te miran, eres el mejor de los Vanderbit, que se note.

—Y voy a bailar con la dama más bella de toda la fiesta—le dije sacándola con cuidado de su silla.

—Y de todo París. Y ya puestos, ¡¡del mundo entero!!

Capítulo 36



Me levanté a tiempo de desayunar con todos. Valerie madre lucía radiante un día antes de la boda.

Sí, estábamos a solo un día y la partida tendría que terminar antes de que se produjera y siendo el ganador yo, por supuesto.

Puede parecer que eso se había convertido en una rivalidad absoluta entre hermanos que llevaban toda la vida jodiéndose el uno al otro, pero mantengo que lo que más me importaba era que se quedase conmigo, que Valerie tuviera esa oportunidad. Y no lo digo desde un punto de vista egocéntrico, sino porque me dejaría la piel en hacerla feliz.

No lo estaba y eso que mi padre ya hablaba de los pormenores del contrato de compra del castillo y daba por hecho que su hijo y su nuera serían los dueños.

—Pues yo no me quedaba a vivir aquí ni amarrada, yerno.

—Victoria, por favor, ¿y eso por qué?

—Porque este sitio es muy serio para vivir. Muy bonito y todo lo que tú quieras, pero para vivir no.

—Abuela, es que tú no entiendes.

—Mocoso, ¿qué es lo que has dicho? —se dirigió airada a mi hermano.

—Quiero decir que…

—Que sepas que yo ya entendía de todo antes de cambiarle los pañales a tu madre. Imagínate si con quien me comparo es contigo.

Emma se estaba regocijando en la respuesta, lo mismo que yo.

—No he querido ofenderte, abuela. Ya vale.

—Valdrá cuando a mí me salga del alma, niño. Y no me has ofendido porque eso lo hace quien puede y no quien quiere. Y tú no puedes.

Se hizo el silencio. La abuela podría ser muy dicharachera, lo cual no le restaba autoridad. Siempre la habíamos respetado muchísimo y mi hermano se había colado.

—Victoria, por cierto, ¿cómo es tu vestido de novia? —le preguntó Valerie madre para dar por zanjado un tema tan incómodo.

—Ya, ya, que queréis que me calle. Pero alguien le tenía que parar los pies.

Oliver, muy enojado, se levantó de la mesa y se marchó sin mediar palabra. En otro momento, Valerie se habría ido tras él, pero en aquel no lo hizo porque era la primera contrariada por las palabras de su novio.

—No, no es eso, mujer. Solo quiero que me lo cuentes.

—Pues es precioso, claro. No es porque sea mío, pero me hace rejuvenecer un porrón de años. Y eso que no lo necesito.

—Claro que no, ¿tú qué vas a necesitar? —le dio palique la mujer para que los ánimos se templaran.

Tras el desayuno, Valerie se levantó de la mesa y entonces fue a buscar a Oliver. Me fui tras ella y les escuché discutir. Él no paraba de excusarse y ella insistía en que no fueron formas de dirigirse a la abuela.

—Estoy muy nervioso, amor, es verdad. Bajaré a pedirle disculpas y nos iremos a dar una vuelta por París tú y yo solos, ¿ok?

—No tengo ganas, está aquí mi familia y…

—Solo un rato, por favor, lo necesito.

Como siempre, poniendo sus necesidades por delante. Y si le pidió disculpas a la abuela fue por ganarse a Valerie, que si no…

—Abuela, no debí decir antes eso, perdona—se acercó a ella.

—Eso lo saben hasta los hebreos. A mí no me vuelvas a hablar nunca más así, jovencito.

—No lo haré, en serio.

—Y tan en serio o pierdes los dientes, advertido quedas. Si no fuera por no disgustar a esta chica tan mona que no se lo merece…

—Se ha pasado y lo reconoce, Victoria—la besó Valerie.

—Pues que procure no pasarse más.

A continuación, se marcharon. A ella no se la veía nada contenta en un día en el que su familia al completo estaba allí y prefería su compañía a marcharse a solas con Oliver.

No tardaron demasiado en volver. Supongo que sería porque así se lo pidió, ya que mi hermano no era mucho de mirar por nadie.

Tras el almuerzo, salí a fumar con Emma.

—Como un carretero estás fumando, como un carretero.

—Emma, no tengo cómo demostrar que esos dos están juntos.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Estoy esperando un milagro de última hora.

—Pues suerte la tuya al mostrar fe. Yo no la tengo.

—Confía en que algo cambiará, ya lo verás.

—Sí, algo cambiará. Lo importante es que lo haga para mejor.

—Que sí, no seas bobo. Claro que sí…

Me dio un beso y un abrazo. Nos quedamos compartiendo un cigarrillo. Para animarme, mi prima me recordaba anécdotas de cuando éramos niños y siempre me salía con la mía.

Tenía una memoria prodigiosa. Había cosas que me contaba y que desaparecieron de mi memoria muchos años atrás.

—¿En serio que hice eso?

—Pues claro que lo hiciste. Yo flipaba con tus cosas. Siempre decía que, cuando fuese mayor, quería tener un novio como tú.

—No me jodas que decías eso. Con Pierre te irá bien. Es un buen tío.

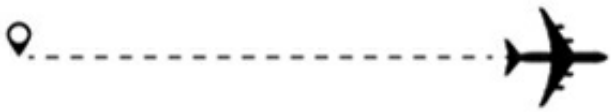
—Lo sé y creo que lo nuestro va a funcionar. Noto mucha conexión. Creo que va a por todas.

—Y si no va, me avisas, que ya le aclaro las ideas.

—Mi primo, ¡¡ven aquí!!

Me dio un tremendo abrazo. Para mí Emma era mi hermana pequeña y me veía como a su hermano mayor. Me adoraba igual que yo a ella. Cualquiera de los dos habría hecho lo que fuese por el otro. Notaba lo mucho que deseaba ayudarme. Y su apoyo me resultaba fundamental en esa carrera para boicotear una boda que no debía celebrarse.

Capítulo 37



Lejos de la polémica de horas antes, el ambiente era bastante festivo aquella noche previa a la gran boda que a mí me ponía el estómago de pie. Solo de pensar en ella sentía náuseas.

La abuela, aunque conocía de sobra mi desesperación, trató de crear un ambiente muy divertido en la cena que también propició la familia de Valerie, tan chistosos como eran.

Fue ya a la hora de dormir cuando todo se desencadenó. Valerie y Oliver fueron los primeros en irse a la cama porque ella decía no encontrarse demasiado bien.

—Esos son los típicos nervios. Recuerdo que no pegué un ojo la noche antes de casarme con Marc, tú procura descansar, hija—la besó mi madre.

Valerie asintió y, al pasar por mi lado, vi la pena reflejada en sus ojos. Si soy honesto, para mí que hasta ella esperaba un milagro de última hora que cambiase las cosas para no casarse con alguien en quien ya no creía como creyó hasta días atrás.

Puede que mi presencia allí la hubiese removido. De hecho, sé que fue así. Pero también puede que Oliver hubiese metido la pata y, sin pretenderlo, comenzara a enseñarle el colmillo como el zorro que era.

Todos se fueron a dormir al poco, excepto Emma y yo, quienes nos quedamos charlando en el jardín. Para no molestar a nadie, nos apartamos un poco y nos sentamos en unos bancos cercanos a una fuente que había. Como una hora después, mientras charlábamos, escuchamos que la gran puerta del castillo se abría.

—Es Oliver, está mirando hacia un lado y hacia otro, como asegurándose de que nadie le ve salir.

—¡¡Cazado!!

—Yo voy contigo. Porque le vas a seguir, ¿no?

—¿Tú qué crees?

Me puse de pie y, en cuanto salió en su coche, cogí otro para seguirlo. Hasta la incorporación a la carretera principal, y a pesar de que por allí apenas transitaba nadie, lo hice con las luces apagadas para que no nos viera.

—Va a verla, seguro. Se va a encontrar con Nicole. Ella debe haberle pedido una cita. Esa chica no está bien, todo se le está yendo de las manos.

—No entiendo nada. Le dijo que le había ayudado a conquistar a Valerie porque así se lo pidió. ¿Es que ellos salían de antes? Y si fuera así, ¿por qué lo hizo?

—Porque ella no está bien y hubiera hecho cualquier cosa que le pidiera por él, aunque la destrozase. La suya debió ser una relación tóxica total. Y, al final, ve que se casa y se muere de celos.

—Sé lo que es eso. Comparto el sentimiento con ella.

—No se van a casar, Noah. Los astros se han aliado para joder esa boda. Y tú y yo también, que todo hay que decirlo.

El coche de Oliver se paró en una urbanización situada al poco de entrar en la capital, una de clase media, en un portal bastante bonito en el que ella ya le esperaba.

No había aparcamiento en la calle y él dejó el coche en doble fila.

—Yo daré vueltas con el tuyo. Bájate y píllales juntos, por favor. Piensa que es…

—Mi última oportunidad, lo sé.

A Oliver se le notaba muy nervioso. Hacía un movimiento muy típico de él de cuando se encontraba así. Le había pasado desde niño, era como un tic en el cuello.

—Ya estoy aquí, ¿qué diablos te pasa? —le preguntó.

Por toda respuesta, ella se cogió de su cuello y le comenzó a besar con pasión.

¡¡Cazado!! Eso fue lo que pensé mientras mi cámara captaba el momento.

Estaba bastante cerca de ellos y me volví a agachar para escuchar lo que se decían.

—Que no te puedes casar con ella, ¿por qué? Creía que era solo un capricho para ti, que si te ayudaba a tenerla se te pasaría enseguida y te quedarías conmigo. Yo soy quien te quiere,

llevábamos un tiempo saliendo.

Comencé a encajar piezas. No es que la hubiera conocido a través de Valerie, sino al contrario. Y mi hermano se encaprichó de ella, pero entonces, ¿por qué no rompió de raíz con Nicole? Si consideraba a la neoyorquina la mujer de su vida, ¿qué sentido tenía eso? O quizás, simplemente la manipuló y luego le dio las migajas hasta quitárselas del todo. Eran varias las hipótesis que se me pasaban por la cabeza, todas ellas muy amargas para Nicole, quien estaba al borde de desmoronarse del todo.

—Me caso con ella porque me sale de los huevos, ¿me oyes? Eso es cosa mía. Debí romper contigo hace tiempo.

—Si decías que también me querías. Y que te lo pasabas muy bien en la cama conmigo. Siempre he accedido a todos tus deseos…

—¿Y qué? No por eso tengo obligación de seguir contigo. Y menos con esta actitud que estás tomando, que me vas a joder la vida. No debería estar aquí. Es la última vez que accederé a una de tus ridículas propuestas de volver a vernos, que ya no me interesan. Vas a borrar mi número de teléfono.

—No voy a hacerlo.

—Sí lo harás y también desaparecerás de mi vida.

—Eso no lo puedo hacer, ¿qué pensaría Valerie? Estoy condenada a asistir a esa boda.

—Le dirás que estás enferma. No quiero ver tu puta cara allí mañana cuando me esté casando con ella, ¿me oyes?

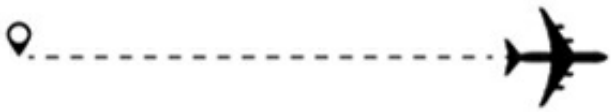
—No lo puedes estar diciendo en serio, no puedes obligarme a hacer algo así.

—Puedo obligarte por las buenas o por las malas, ¿qué eliges? No sabes lo poco que me importas y hasta donde estaré dispuesto a llegar si no haces lo que te pido.

—Tú no me harías daño. Tú siempre has dicho que me querías. Y que te daba mucho morbo.

—Pues ahora lo único que me das es asco, ¿me oyes? ¡¡Asco!! —le chilló.

Capítulo 38



Tenía el futuro de Oliver en mis manos y entonces íbamos camino del castillo cuando mi prima tuvo una idea mejor.

—Lo ideal será que se lo cuentes por la mañana. ¿Te imaginas la que se liará a media noche? Hasta la abuela se despertará sobresaltada y, por mucho que lo niegue, está delicada del corazón.

—Lo sé y lo último que haría en el mundo sería perjudicarla. No te preocupes por eso.

—Pierre está en su barco, ¿nos vamos a celebrar que esa puta boda ya es agua pasada? Valerie no se casará ni de coña sabiendo que Oliver la ha estado corneando todo este tiempo con Nicole.

—Por supuesto que no, vale mucho más que eso. De acuerdo, vayamos a ver a Pierre.

Nos acercamos adonde tenía el barco y nos ofreció toda su hospitalidad. Nos montamos una fiestecita a tres en la que sacó whisky y ron de los mejores.

—Así que resulta que has dado al traste con el plan de tu hermano, bien hecho.

—Se me ha rodeado genial. No veo la hora de contárselo todo a Valerie. Lo haré a primera hora de la mañana.

—Me parece de puta madre, pero mientras, bebe.

—Así lo hicimos. Nos tomamos un par de copas o tres y lo curioso fue que me sentí mareado enseguida. No era propio de mí, quien siempre fui fiestero y toleraba genial el alcohol. Acabé dando un gran cabezazo sobre la mesa y me despertó Emma al amanecer.

—¿Dónde estamos, prima? Me siento muy desubicado.

—Yo también, creo que nos sentó fatal el alcohol anoche. O será la combinación con estar en un barco. Qué se yo.

Cogí mi móvil y nos fuimos hacia el castillo. Mi prima se despidió de Pierre.

—Ya no te digo que te veré en la boda, porque no habrá boda.

—Pues hasta luego entonces, preciosa—le dijo metiéndose para dentro y deseándonos suerte en nuestro objetivo.

Llegamos al castillo y ya había gente moviéndose de un sitio para otro. La abuela entre ellos.

—Ya estoy levantada, porque como tu madre me hace acostarme a la hora de las gallinas. Y vosotros, ¿de dónde venís?

—Abuela, no habrá boda—susurré en su oído.

—¡¡Alabado sea Dios!! Si es que tenía que salirte bien, eres mi nieto preferido, ¡¡me alegro!!

No le di más explicaciones, sino que junto con Emma me fui directo al dormitorio que compartía mi hermano con Valerie.

Toqué con los nudillos en la puerta.

—Valerie, déjame entrar, tengo que hablarte—le dije desde fuera.

Podía imaginar la cara de asombro de ella, aunque muy pronto me entendería.

—¿Qué mierda haces aquí y llamando a mi prometida? —abrió la puerta mi hermano con cara de perro rabioso.

—Apártate, vengo con las pruebas que le demostrarán a Valerie por qué no puede casarse contigo.

—Noah, por Dios, ¿qué estás tramando? —me preguntó ella mientras se tapaba con la sábana, ¡¡anda que no la había visto desnuda ya!! Y lo que me gustaba verla así.

—Este gilipollas, que no sé qué cojones se ha inventado para ponerte en mi contra, amor. Ya sabía que lo haría. Lleva toda la vida tratando de joderme.

—Esta vez no te valdrán tus excusas. Mira, Valerie, mira estas fotos…

En ese momento se las enseñé y a ella se le cambió la cara.

—¿Cómo te atreves, Noah? ¿Cómo has tenido tan poca vergüenza? ¡¡Es el día de mi boda!! —se echó a llorar.

En ese momento, me quedé sin reacción, ¿es que no iba a decir nada?

Oliver se acercó, miró las fotos y luego le dirigió una mirada reprobatoria que la hubiera fulminado. Y no digamos a mí.

—¿De cuándo es eso? ¿Cuándo os habéis acostado?

No entendía lo que preguntaba mi hermano. Emma tampoco. Entonces giré el móvil y el corazón me dio en vuelco.

En aquella carpeta, en la que preparé con las fotos para enseñarle, solo había un par de ellas de la época de Nueva York, de Valerie y mías, en la cama, risueños y medio borrachos. Esas fotos estaban en mi galería, jamás las borré, pero no en esa carpeta. Y no había ni rastro de las que hice la noche anterior.

—Vete, Noah, tengo mucho que explicarle a Oliver—me pidió ella llorando y sin poder perdonar la que suponía que era una traición por mi parte.

—Te juro que no es esto lo que he venido a enseñarle, te juro que no.

—¿Y vas a seguir negándolo? Están ahí, las has traído hasta nuestro dormitorio.

—¡¡Hijo de puta!! ¡¡También te has acostado con Valerie!!

Alzó el puño iracundo. Aún me sentía mareado y no comprendía la situación, que se había tornado en una verdadera pesadilla.

Ni siquiera, entre tanto aturdimiento, vi venir el puño de mi hermano, el cual impactó directamente sobre mi rostro. De mi nariz brotó sangre, que limpié con mi mano.

—Vámonos de aquí, por favor—me pidió Emma cogiéndome por la mano.

No podía entender nada. Ni una sola palabra de todo lo que estaba ocurriendo allí, ¿de qué iba aquello? ¿Es que el destino se había vuelto loco? ¿Acaso habíamos soñado lo que ocurrió la noche anterior?

Mi padre acudió al dormitorio extrañado por tanto grito. También lo hicieron mi madre y mi abuela, esta última con cara de victoria, haciendo honor a su nombre.

Al ver el gesto de Emma negando, entendió que el tiro nos había salido por la culata a mi prima y a mí.

—¡¡Joder!! —murmuró.

—Eso es lo que ha venido a hacer Noah: a joderme otra vez. No os voy a dar detalles, pero está intentando que Valerie y yo rompamos.

—¿Es eso verdad, Noah? —me preguntó mi padre.

—Yo, yo…

—¡¡Vete ahora mismo de aquí!! ¡¡No debimos invitarte a venir!! ¡¡No quiero volver a verte!!

—Marc, no digas eso, por favor—le imploró mi madre rota de dolor.

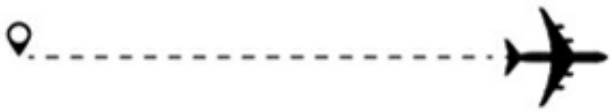
—¿Es que también hoy vas a defender al niño de mamá? ¿Y qué pasa con Oliver?

—A él ya te encargas de defenderle tú—le soltó mi abuela.

—Victoria, no te metas en esto, por favor.

—Me meto porque me da la gana y porque se trata de mi familia, ¿me oyes? Esto no se queda así—salió zumbando con su silla.

Capítulo 39



Me fui rápidamente a mi dormitorio a recoger mis cosas. Imaginaba el concepto que Valerie tenía de mí en esos momentos y me moría de pena. Nunca le hubiese contado a mi hermano lo que pasó entre nosotros por respeto a ella.

Hubiera silenciado para siempre lo que vivimos en Nueva York y en París, en ambos lugares. Y siendo así, no podía entender cómo se pudo liar todo tanto.

Emma estaba sentada a mi lado igualmente incrédula.

—Te juro que parece cosa de hechicería, ¿dónde han ido a parar las jodidas fotos?

—No tengo ni idea, prima. Siento como si el destino se hubiera reído de mí, como si me hubiese tendido una trampa mortal y de pronto se estuviera carcajeando.

—Es que algo ha pasado, algo ha pasado.

—Largo de aquí, Emma—escuché la voz de mi hermano en ese momento.

—No pienso moverme, Oliver.

—Tengo algo que aclarar con Noah, niñata, ¡¡que te largues!!

—No tengas valor de volver a hablarle así—me abalancé hacia él—. Dicho esto, por favor, déjanos solos, prima—le pedí.

Lo hizo a regañadientes y entonces cerró la puerta.

—De todos los escenarios que se pudieran dar, se ha dado el mejor—rio con ira en ese instante.

—¿De qué carajo me hablas? Sabes que la has estado engañando con Nicole todo este tiempo,

lo sabes.

—Sí, ¿y qué? También sé que nos has estado siguiendo, vi tu coche la otra noche. Ya le dije a Pierre que tratarías de cazarme.

—¿A Pierre? ¿A santo de qué?

—A santo de que le tengo de mi lado con tal de hacer negocios juntos, el dinero es muy apetitoso para todo aquel que sea inteligente, y ese tipo lo es.

—¿Pierre ha manipulado mi teléfono esta noche?

—Digamos que un poco. No le ha sido difícil, para algo es ingeniero de telecomunicaciones. Y de los buenos. Enseguida lo supe, en cuanto lo vi. Observé la ambición en sus ojos, de eso sé mucho. Su familia tiene dinero, a mansalva, pero él aspira a tener más y más. Y sabe que poniéndose de mi lado haré que papá cierre contratos millonarios con él.

—Nos echó algo en la bebida, por eso estamos aturdidos.

—De haber estado en vuestra camita, nada de esto os hubiera sucedido.

—¿Por qué Nicole? ¿Por qué ella?

Llevaba un tiempo viéndome con esa imbécil cuando me presentó a Valerie. Enseguida me resultó familiar. Una puta noche, en Nueva York, hace tiempo, coincidimos en un local de moda. Tú ibas con ella y no me viste, pero yo a ti sí. Me resultó una mujer increíble, impropia de ir contigo. Cuando Nicole me la presentó aquí en París, tardé unos minutos en caer en quién era y me resultó casi imposible. ¿Cómo iba a tener tanta suerte? Juré que la conquistaría para joderte. Pero estaba cerrada al amor. Apenas sabía nada de ella y tú la habías destrozado. Le preguntaba a su amiga por ella, primero de un modo sutil. Me decía que un gilipollas le había jodido la vida y que solo estaba centrada en su trabajo, que no quería saber nada más del mundo. Yo la haría cambiar de opinión. Tienes que saber que Nicole para mí no era importante y, por esa razón, me presentó a Valerie como si fuera un amigo. Para Valerie que entre Nicole y yo jamás hubo nada porque no le permitía que airease lo nuestro. Poco a poco, fui manipulándola y le dije a la muy mema que, si me ayudaba a tener a su amiga, la querría más. Qué loco puede ser el amor, ¿verdad?

—Lo sabías desde el principio, desde el puto principio….

—Por supuesto que sí. Si el universo quiso que me cruzara con Valerie, ¿acaso iba a desaprovecharlo? Ni muerto lo haría, por supuesto que no, ¡¡te pagaría con tu misma moneda!!

—Lo mío con Sue fue una chiquillada, no compares. Tú estabas dispuesto a casarte con Valerie.

—Y me casaré con ella. Nicole cerrará el pico por la cuenta que le trae y tú… Tú no volverás a acercarte a mi chica porque ha perdido la poca fe que tenía en ti. Espero que te aprovechase el polvo que echasteis hace unos días.

—¿También sabes eso?

—Por supuesto. Os mandé seguir en mi ausencia. No me fiaba en absoluto de ti. ¿Crees que verte pilotar la jodida avioneta y tirarte en paracaídas con ella haría que se olvidase de mí? Yo y solo yo se lo he dado todo, ¡¡ella no es nada sin mí!!

—No te atrevas a volver a decir eso. Se lo voy a contar.

—No te acercarás a ella porque lo único que quiere es perderte de vista. Ya no te cree y así seguirá siendo, no volverá a creerte nunca. Ahora ya no.

—¿Y esas fotos? ¿Cómo sabíais que estaban en mi móvil?

—No lo sabíamos, simplemente las encontró anoche Pierre. Solo tenía que borrar las mías con Nicole, el resto fluyó solo. Pero no me digas que no ha sido cachondo: no solo no le has podido demostrar nada, sino que ahora te ve como a un chivato.

—¡¡Eres un criminal!! —le cogí por la pechera—. Tú no la quieres.

—Por supuesto que no. No la quiero ni a ella ni a ninguna otra, pero sé que casándome con ella te jodo la vida. Estabas hecho polvo cuando acabasteis, es la única mujer a la que has querido.

—Y tú me la has arrebatado, ¡¡cabrón!!

Oímos pasos, estaba fuera de mí y le solté un par de buenos golpes que lo tiraron de espaldas. Me llamó la atención que no hiciera por defenderse y entonces se abrió la puerta de mi dormitorio.

—¿Para qué me has citado aquí, Oliver? —preguntó mi padre antes de verle sangrando en el suelo—. ¡¡Hijo!!

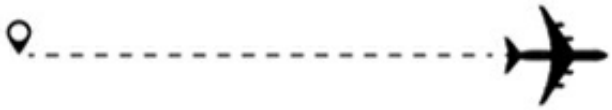
—Papá, me ha atacado como una fiera. No solo quiere impedir la boda. He venido a tratar de suavizar las cosas y mira cómo me ha dejado la cara, ¡¡creo que pretende matarme!!

—¡¡Fuera de este castillo, Noah!! ¡¡Ahora mismo!! —me chilló con la mirada llena de cólera.

Ni siquiera me permitió coger mis cosas. Tampoco las necesitaba más allá de mi documentación para volar fuera de París y olvidarme de tanto despropósito. Oliver se había encargado de que Valerie me viese como a un mentiroso total y eso no había quien lo cambiase.

Me había ganado la partida y se encontraba feliz por ello.

Capítulo 40



Llevaba varias horas en el aeropuerto. Miraba el reloj y me la imaginaba casándome con mi hermano. Tuve que ir varias veces al baño porque las tripas no me aguantaban.

Llegó la hora de embarcar. No volvía a Nueva York, me iba a las Seychelles. La reserva que hice en su día la perdí y mis vacaciones de invierno habían casi terminado, pero hablé con la aerolínea y me las arreglé para conseguir unos días más.

No me encontraba en condiciones de reemprender mi trabajo. Mi salida del castillo había sido muy dramática y tanto Emma como mi madre y, sobre todo, mi abuela, lo habían sentido una barbaridad.

En cuanto a mi prima, eso sí, se quedó a cuadros cuando le comenté la traición de Pierre y no derramó ni una lágrima por ese miserable, sino que lo puso a caer de un burro y me juró que se las pagaría. No tenía la más mínima duda de que sería así.

Me estaba haciendo daño en las manos de tan apretadas como las tenía. Logré vuelo con tan poco tiempo por enchufe, no lo voy a negar. Resultó que el piloto era amigo, habíamos trabajado juntos años atrás, y aunque no quedaban pasajes me ofreció ir en la cabina con él y con el segundo comandante.

Los estaba saludando cuando escuché un tremendo alboroto. Una auxiliar de vuelo entró en la cabina y le habló.

—Ralph, tenemos un problema. Hay una que se ha colado en el avión y que afirma que no se bajará de él hasta hablar con un tal Noah Vanderbit, pero no lo encuentro entre el listado del pasaje.

—¿Una chica? ¿No será mi abuela? —abrí grande los ojos.

—Si ella es tu abuela, que me dé el nombre de su cirujano plástico. Dice que se llama Valerie.

—Ahí la tienes—me dijo Ralph, a quien le había contado todo para que me ayudase a volar.

—Tengo que ir a hablar con ella. Gracias por todo.

—Bájala de mi avión, por favor. Y buena suerte.

Salí de la cabina y Valerie estaba allí plantada.

—No te vayas, por favor, sé toda la verdad—se me abrazó.

—Tenemos que bajar, ¿cómo es posible? —le pregunté mientras lo hacíamos.

—Nicole se ha plantado en el castillo en medio de la boda y me ha contado toda la verdad. Oliver la subestimó. Creyó que la amedrantaría con sus amenazas. No hemos sido más que un par de juguetes rotos en sus manos. Ella siempre se comportó de un modo extraño. Ni siquiera la culpo por todo lo que ha hecho, parece ser que es muy tendente a la manipulación y tu hermano la ha destrozado.

—Te juro que eran las fotos de ambos juntos las que iba a enseñarte, mi niña. Los cacé anoche.

—Emma me lo ha confirmado. Tenías que haber visto la que se ha montado. Como alguien lo publique, las redes van a arder. Tu hermano lo negó todo cuando apareció Nicole, pero entonces se levantó Emma, que había estado callada hasta ese momento. Y se fue hacia Oliver y Pierre, quien apareció finalmente para la boda, ¿sabes?

—Joder…

—Sí, tu prima ni le había visto porque se quedó detrás, pero cuando Nicole la lio, él se acercó para ayudar a Oliver. Y entonces Emma salió en tu defensa y en la mía. Casi lo mata. Lo ha arañado como si lo hubiese cogido un tigre y nos ha contado que fue quien manipuló tu teléfono. Los dos han salido escaldados. Tu padre está muy avergonzado y siente mucha pena por no haberte creído. Tu madre y la abuela…

—Me imagino cómo habrá montado también en cólera la abuela.

—Pues con decirte que el bolso de carey que llevaba lo ha partido dándole en el lomo a esos dos. Y luego, cuando los tiró al suelo, quiso atropellarlos con su silla… Pero a ti, ¿cómo se te ocurrió tener nuestras fotos en la galería? ¿No las borraste en estos años?

—Jamás, esas fotos eran lo poco que me quedaba de ti. Un recuerdo imborrable por completo. Oliver lo ha sabido en todo momento, ha conocido nuestros pasos.

—Por lo visto, Pierre nos ha espiado casi desde el principio.

—Qué cabrón también, ¿crees que Emma sufrirá mucho?

—No sufrirá nada. Lo ha jurado. Ese tío no se lo merece.

—Desde luego que no. Tampoco yo te merezco a ti pero te prometo que, si me das una oportunidad, te voy a sorprender.

—Ya me has sorprendido, Noah Vanderbit. Eso sí, prométeme que, si te doy esa oportunidad, no volveré a sufrir ningún sobresalto más.

—Absolutamente ninguno, te lo prometo.

—Es que, si hay algo más en tu vida que deba saber, quiero que sea ahora.

—Debo soltarlo o callármelo para siempre—bromeé.

—No, debes soltarlo. Lo de callártelo no es una opción.

—No hay nada más, preciosa mía, no temas.

—Y entonces, ¿crees que hay alguna posibilidad de que volemos a las Seychelles juntos?

—En ese avión que acaba de despegar desde luego que no, pero en el próximo te prometo que sí.

—¿Y quieres hacerlo?

—No hay nada en el mundo que quiera hacer más. ¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Voy a echar mucho de menos eso de que me llames idiota o imbécil, ahora que estamos bien—reí.

—Por eso no hay pega, puedo llamártelo cuantas veces quieras, sin problema, de veras—rio conmigo.

No podía más que besarme. Logró descubrir en qué avión embarqué de la que armó en el aeropuerto. Valía mucho mi chica, quien se sentó sobre mis piernas para demostrarme que me quería.

—Tenías razón en una cosa, Noah.

—¿En que no debías casarte con Oliver? Más que un santo la tenía.

—En esa también, pero me refería a que ese vestido de novia no me pegaba.

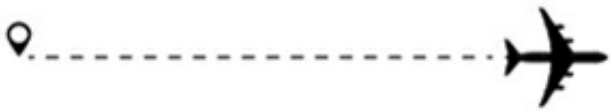
—Nada de nada, ¿Qué has hecho con él?

—Lo he cortado en pedacitos y se lo he tirado a la cara a Oliver antes de marcharme. Conmigo no se juega.

—Hubiera pagado por ver eso.

—Te aseguro que sí. Menuda cara de panoli que se le ha quedado….

Capítulo 41



Podríamos haber estado juntos en cantidad de lugares del mundo y eso habría dado lo mismo porque lo importante era la compañía, si bien debo reconocer que las Seychelles son un paraíso terrenal y el mejor de todos los marcos para vivir un idilio como el nuestro entre sus playas.

El sitio en el que nos hospedaríamos la dejó sin respiración. Tenía mis contactos allí porque solía ir a menudo y alquilé, mientras esperábamos en el aeropuerto, una villa de lujo.

Deseaba tener absoluta privacidad a su lado y la encontraríamos en aquel increíble rincón, cuyo enclave era privilegiado y que no solo contaba con vistas al mar, sino con una maravillosa piscina infinita en la que perdernos.

—No me puedo creer que nos vayamos a alojar aquí—me decía ella con lágrimas en los ojos.

—Se trata de nuestra primera escapada juntos y quería que te resultase especial.

—¿Especial? Especial es que te inviten a salir de la rutina un fin de semana. Soy una chica sencilla, no lo olvides. Esto es mucho más.

—Una chica sencilla que ha logrado trabajar en una de las galerías de arte más afamadas de París, eso también.

—Lo cual no cambia nada. No estoy acostumbrada a tanto lujo.

—Pues ibas a ser la dueña de un castillo—le comenté mientras la tomaba por detrás y la besaba.

—Sabes que esa idea me chocaba. Aunque el cuadro sí que me lo pienso quedar a modo de indemnización. En cualquier caso, me alegra que tu padre se haya ahorrado la compra de un castillo que no tendría ningún sentido. De veras que se le ha caído el mito con tu hermano, está muy avergonzado.

—Lo superará, también es muy orgulloso.

—Y justo por eso está peor. El comportamiento de Oliver le ha herido en lo más profundo de su orgullo.

—Oye, no es por nada, pero estamos en las Seychelles, con un buen puñado de días por disfrutar, y de lo último que pretendo hablar es de mi padre.

—Eso puedo entenderlo. Tampoco es tu padre quien me interesa.

—Menos mal…

La villa era realmente para babear y todas las estancias, amplias y diáfanas, plagadas de detalles para que el lujo y la comodidad presidieran nuestra vida allí, le encantaron.

—¿Te imaginas quedarnos a vivir aquí? —me preguntaba Valerie mientras las íbamos recorriendo de la mano.

—Eso es más complicado, pero sí que me imagino igual de felices que aquí, allá donde vayamos.

—¿Está sucediendo de verdad, Noah Vanderbit?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que está sucediendo de verdad. No lo dudes ni un segundo.

—Es que me cuesta trabajo creer que todo se haya desenlazado en unos días. Y a nuestro favor. Hace apenas dos semanas era la prometida de Oliver y no tenía ni idea de que fueras se hermano. Y ahora estoy aquí, contigo, en las Seychelles. Y todo me parece un cuento de hadas.

—Un cuento fue el que te vendió Oliver. Esta será nuestra realidad a partir de hoy: nuestra preciosa realidad. Preciosa, igual que tú.

—Es como si no fueras el mismo Noah del que me enamoré…

—Pues soy el mismo, claro, ¿no lo recuerdas?

—Si lo recuerdo, salgo corriendo.

—Y yo detrás de ti, hasta el fin del mundo si es necesario.

—Quiero decir que eres un bombón con el mismo envoltorio, pero que tu esencia no es la misma.

—Esa sí ha cambiado, para tu suerte.

—¿Y qué te hizo cambiar, Noah?

—Tú me hiciste cambiar, ¿acaso tienes dudas de eso?

—A veces sí, porque pienso que debió ser una razón muy poderosa la que lo logró.

—O dos, ¿te parecen poco estas? —señalé sus senos y, directamente, cobré.

—¡¡Toma!! —me dio de puñetazos.

Me tumbó y cayó encima de mí. Estaba deseando hacerla mía. Jamás deseé tanto a nadie como a ella en el dormitorio de esa villa de ensueño donde viviríamos una luna de miel anticipada, porque me pensaba casar con ella. No sabía cuándo, pero lo haría. Ya estaba más cerca, mucho más cerca.

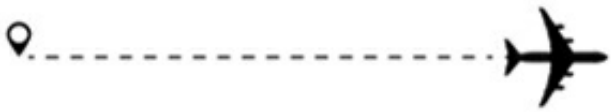
También lo estaba de su cuerpo, de ese que era pura sugerencia y más después de ver cómo se movía para mí. Allí la encontré entregada como nunca, porque ya no había reservas entre ambos, porque estábamos el uno por el otro y porque las ganas de amarnos eran tan infinitas como la piscina de la villa.

Nunca me hubiese imaginado, ni en mis mejores sueños, tenerla en Seychelles conmigo. Miraba a mi alrededor y todo era auténticamente fantástico, pero lo mejor y lo más bonito, sin lugar a ninguna duda, era ella.

Le fui quitando el vestido y bajo él apareció en todo su esplendor. Mi mirada se perdía en la espiral que para mí formaban sus rosados pezones, esos que dificultaban mi respiración de la misma forma que lo hacía el resto de su cuerpo.

El cuerpo de Valerie era una verdadera escultura, si bien lo que más me llamaba la atención de él era su modo de moverse, como esperando que la atrapase y ella mostrándose escurridiza, en un juego travieso que me resultó de lo más morboso.

Capítulo 42



—Me arden los pies y eso que no he salido en tacones—cayó con varias copas de alcohol corriendo por sus venas sobre el colchón aquella noche.

Apenas le dio tiempo a decir nada más porque ya tenía mis labios sobre los suyos. Los aprisionaba, los degustaba, enredaba también mi lengua con la suya. Y vuelta a empezar.

Valerie me sabía a mar. A ese mismo mar en el que nos dimos un chapuzón de madrugada justo antes de entrar en la villa. Si algo había en aquel lugar y para nosotros era una absoluta desinhibición y la estábamos paladeando.

De pronto la noté temblar de ganas. De todas las posibles sensaciones terrenales que me hubieran dado a elegir me habría quedado con esa; la de ella temblando de ganas por mí.

Mi miembro ya estaba rígido como la vela de un mástil y dispuesto a hacer una incursión en aquella cavidad húmeda en la que ya iba introduciendo mis dedos. Valerie se estremecía mientras iba soltando con lentitud el aire del interior de su pecho, el cual acumulaba el mismo calor que un volcán mientras parecía entrar en erupción.

Yo también hubiera estado a punto de explotar, solo contemplando la escena, de no ser porque pretendía mostrar el máximo de los aguantes para proporcionarle tanto placer que apenas llegase a recordar otros rostros que la hubieran podido poseer.

Su estremecimiento le salió en modo de jadeo. Mientras la iba penetrando con mis dedos, entrando en ella con gran ímpetu, coloqué una de mis manos sobre su vientre y parecía sentir mis dedos dentro de ella en la palma de la otra mano.

La manera de serpentear mientras la iba poseyendo me resultaba hipnotizadora. Ese cuerpo candente, lleno de deseo irrefrenable y a la vista, era lo más seductor que mis ojos hubieran visto nunca.

Había ganado en todo. Lo había hecho a través del tiempo y la seducción era una de sus más infalibles armas. La mano que tenía apoyada sobre su vientre la fui subiendo poco a poco y llegó

hasta sus senos. Valerie se iba contoneando, se me resbalaba de las manos, y más deseo creaba en mí.

Esa mujer era la única que podía ponerme de esa manera en la que el control de mis impulsos se convertía en un verdadero reto. Sus dotes de seducción eran tales que me resultaba complicado mantener las riendas de un juego ardiente en el que ambos nos abrasaríamos sin la menor de las contemplaciones.

Los dedos que estaban en su interior salieron y comenzaron a toquetear su clítoris, el cual reaccionó de inmediato sobresaliendo más de lo que hubiera podido sospechar, como una rosa que se abre con esplendor al ser regada por el rocío de la mañana.

Se removió y hubiera jurado que lo hizo desde sus cimientos. Mis dedos seguían empeñados en darle placer y entonces fue mi lengua la que no vaciló a la hora de proporcionarle más y más.

Ella trataba, en vano, de cruzar las piernas, como resistiéndose a esos toques húmedos con su punta que decían darle hasta calambre.

A mí sí que me electrizaba por completo. Poder poseerla sobre aquella cama tras una noche en la que sus insinuantes bailes me llevaron a cruzar esa delgada línea que separaba la cordura de la locura, hacer que se desvaneciera en mis manos y capturar sus jadeos con mis ojos…

Seguía degustándola por doquier cuando noté que el ritmo de su respiración se dificultaba y que su corazón latía con más fuerza. Ya me veía bombeando en su interior, aunque de momento quien estaba bombeando era ese corazón suyo cuyo ritmo crecía y crecía de una forma desproporcionada.

A todo ello, había que sumarle el extremo sofoco de su rostro y estaba bastante claro que le iba a suceder. Me lo contaron también sus exquisitos labios y la forma de poner su lengua entre sus dientes, aprisionándola, como ella al completo estaba aprisionada también por mi cuerpo, el cual dejé caer sobre el suyo.

Mientras se iba corriendo, con lentitud y una intensidad que echó a galopar también mi corazón, como si fuera un caballo de carreras, fui preparando su entrada para conquistarla con la punta de mi rígido miembro, el cual estaba totalmente decidido a quemarse en el fuego de sus entrañas.

De nuevo exquisita, se acodó en la cama para ver cómo sucedía. Y entonces se fue desinflando, terminando de sacar todo el aire de su pecho, como si así me dejase espacio para entrar.

Milímetro a milímetro, ella iba estrechando el camino de entrada para que mi miembro sintiese el ardor de sus paredes. Y a mí… A mí me costaba continuar porque me hubiera quedado a vivir en cualquier lugar de un trayecto que me llevaba a los confines de Valerie; la mujer que me había hecho enloquecer.

Ya estaba en su interior y tan solo pretendía hacerla sentir… Sentir tanto que también quisiese acomodarse conmigo en su interior, hasta que no quisiera que terminase, hasta que se sintiese incompleta sin mí dentro.

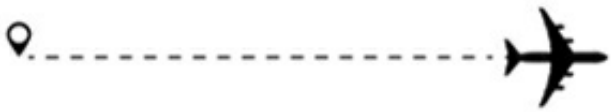
Sus jadeos iban creciendo más y más… De nuevo podía pasarle y conmigo dentro. Recibir ese chapuzón por su parte, mojando mis partes íntimas con el elixir que provenía de su vagina era el mejor de los regalos. No quería más que hacerla sentir, más que provocar que cada una de esas gotas fuera el fruto de ese esfuerzo que hacía porque el placer se instalase en ella.

Una vez que le volvió a ocurrir, aquella diosa de la seducción quiso que recordase por qué la deseaba tanto. Subida sobre mí, comenzó a galopar y nada de lo que hiciera o dijese sería suficiente para estar a la altura de lo que me hizo sentir. Con la libertad de poder amarnos sin reservas alcancé picos de placer insospechados mientras me lo hacía a horcajadas e igualmente me estremecí.

Valerie representaba para mí más de lo que hubiese podido soñar cuando la perdí, cuando creí que no la recuperaría y que sensaciones así me serían ajenas a partir de entonces.

Craso error: en esa nueva etapa me llevó a sentir más. Me llevó a sentir que sin ella no era nada y que la necesitaba más de lo que hubiese podido imaginar… Mucho más aún.

Capítulo 43



Ya llevábamos un par de días en las Seychelles y uno de los mejores momentos del día era ese en el que comprobaba que amanecía a su lado.

—Buenos días, preciosa—le dije retirando el pelo de su cara mientras me comía a besos esa cara que me tenía enamorado.

—Buenos días. Uno más en el paraíso. Abre, por favor…

Se refería a esas persianas eléctricas que impedirían que entrase la luz de la mañana. El caso es que no las cerré en ningún momento y por eso me hizo gracia.

—Abre los ojos tú, que aquí todo es luz—le comenté.

—No puedo creerlo, es que me levanto totalmente empanada. Sí que hay luz, sí.

—Y que lo digas—asentí mirándole a los ojos.

—Me refería a la del sol.

—Tú eres mi sol.

—Me refería al de verdad—insistió.

—Y yo. Ese eres tú para mí.

—Menos pamplinas. Tú siempre has sido más noctámbulo, más de luna.

—Un poco más y me pones de hombre lobo, aunque no tengo pelo en el pecho.

—Por ahí te vas a librar, que más de una vez te hubiera hecho la depilación a mano. Y no solo ahí.

—Joder, pues hice bien en librarme del pelo en ciertas zonas—me estremecí—. De todas formas, me hubiera dejado torturar con tal de estar contigo.

—Eso lo dices ahora. Lo tendrían que haber visto mis ojos.

—Sé que aún no confías del todo, pero te voy a convencer.

—Más te vale. Y si no confío del todo es por tu culpa y lo sabes.

—Lo sé, es mi penitencia.

—Sí, sí… Estás cumpliendo una penitencia aquí en las Seychelles tremenda. Creo de corazón que es para volverte loco.

—Loco ya me volviste. Y para tu información te diré que me va interesando mucho menos la vida nocturna.

—¿A quién quieres engañar? ¿Te crees que me trago que ahora te vas a volver un aburrido?

—No, eso ni en broma. Lo que defiendo es que prefiero mil veces vivir cosas contigo y que quieras estar a mi lado que mi vida de antes.

—Bueno, bueno… Pero un aburrido tampoco te me vuelvas, que te planto a la primera de cambio. A mí me logras un equilibrio.

—En equilibrista me convertiré por ti, que no es lo mismo.

—Ven aquí, equilibrista.

—Y tú en contorsionista, por lo que veo… Si es que no sé ni por dónde empezar.

Así nos pasábamos el día, los dos enzarzados, diciendo disparates… Con ganas de hacer muchas cosas y, a la vez, de no hacer ninguna, quedándonos el uno al lado del otro, amándonos en silencio… Y muchas veces más que en silencio, puesto que los gritos se escuchaban en kilómetros a la redonda cuando nos estábamos liando.

Aquel día habíamos decidido visitar el Parque Marino de Santa Ana y la isla Cerf, almorzando allí.

Cuando me vio con el timón del velero en la mano, alucinó un poco.

—¿Hay algo que no conduzcas en el mundo?

—Tripule, querrás decir que no tripule. Pues eso es lo que estoy haciendo.

—Y encima me ha salido fino el piloto.

—Me gusta manejar las situaciones. No hay más—me encogí de hombros.

—De eso ya me di cuenta en su día, pero que no te consideraba tan versátil, capitán—se me cuadró delante.

—Eres la tripulante más atractiva del mundo, no me puedes subir con ese bikini, por favor.

—Es a rayas. No me digas que no pega con el entorno.

—Pega demasiado. El problema es que te estás quitando la parte de arriba y que la de abajo es un tanga que hay que pasar dos veces para verlo. Si nos la pegamos, será tu culpa.

—Si nos la pegamos, la tendrás tú, como siempre. ¿En qué momento hemos pactado que eso cambie?

—En ninguno, en ninguno. Y da igual que sea el capitán. Soy sensato y sé que aquí manda la marinera.

Comenzamos a navegar. Me gustaba hacerlo siempre. Había navegado por muchos mares del mundo porque el mar era otra de mis pasiones, junto con surcar los cielos. No obstante, hacerlo por la Perla del Océano Índico, como llaman a las Seychelles, a menudo está a otro nivel.

Lo exótico del entorno y el regalo que para la vista suponen sus sobrecogedores paisajes lo dicen todo.

—Cuanto ves a tu alrededor es naturaleza virgen—le indicaba al señalarle las islas que nos íbamos encontrando.

—Pues es todo lo virgen que verás hoy, porque yo…

—Tú me vuelves loco tal y como eres, lo sabes. Y deja ya de moverte así.

—Quiero tripular. Es menos peligroso que volar en avioneta y lo hice. Y muy bien.

—Mientras no cojas el volante de un coche, todo va genial. Y eso que con tus padres me demostraste que puedes conducir como si fueras normal.

—¿Qué has querido decir con eso de como si fuera normal, idiota?

—Tengo que buscarte la lengua, porque ya me has acostumbrado a esos apelativos tan

cariñosos y te dije que los echaría de menos.

—Estás colgado.

—Sí, de ti. Ven, coge el timón.

—¿Sin que tenga que firmarte ningún papel ni nada? ¿Este velero está asegurado a todo riesgo? ¿Sabes lo que haces?

—Nunca lo he sabido más. Te adoro, Valerie. Ven.

—Vale. Pero me tengo que marcar un Titanic diciendo eso de que soy la reina del mundo, ¿me estás oyendo?

—Es que eres la reina de mi mundo.

—Qué mono. Venga, primero cojo el timón y después me subo a chillarlo. Dale, venga—me pidió.

Se puso delante de mí y claro, el problema era que mi miembro viril chocaba contra sus nalgas desnudas, las cuales quedaban al aire gracias a ese tentador tanga marinero que llevaba puesto, con lacitos en los lados.

Comenzó a tripular y muy bien. También tenía mano, por mucho que cuando íbamos en coche le encantase acojonarme.

—Lo estoy haciendo, lo estoy haciendo—me decía mientras yo besaba su cuello desde atrás. Y más se hacía patente mi virilidad—. Oye, ¿estás aprovechando que tripulo yo para ponerte palote?

—¿Palote? ¡¡Qué va!!

—No, no. Entonces es simplemente que estás más cachondo que una mona en cela. Solo eso.

Me reí a carcajadas y casi le caigo encima. Bajé las manos y las puse sobre sus nalgas.

—Cuidado, que luego querrás que vayan al pan—me comentó.

—¿De veras quieres que me corte?

—Pues claro que no. Solo lo digo por darte caña, pero que ni se te ocurra.

No había ningún otro barco cerca en aquellas cristalinas aguas, por lo que no dudé en dejarla

al timón para ir bajando poco a poco hasta que su sexo se me puso a tiro.

Tentado estuve de tirar de los lazos de su tanga y, aunque en principio solo retiré su delicada tela hacia el lado, finalmente sucumbí a la tentación y lo hice. El tanga cayó al suelo y noté la humedad resbalando por sus muslos.

No por esa razón se volvió. Muy metida en su papel, siguió al timón como si tal cosa.

Mi lengua, a la cual no precisaba darle ninguna instrucción porque lo estaba haciendo muy bien, se fue hacia su sexo y se introdujo en ese agujero que llevaba directo a su zona más íntima, y que también rezumaba humedad. Mientras lo hacía, traía a Valerie hacia mí, empujándola hacia atrás.

—Y luego dirás que no estás cachondo… Anda que no lo estás ni nada.

—¿Y tú? ¿Tú cómo estás?

—¿Es que no lo ves? Yo estoy concentrada—me respondió con esa picaresca tan suya que nublaba mi sentido.

El cielo, sin embargo, no estaba nublado en absoluto, sino que lucía azul y radiante, a juego con sus inmensos ojos azules. La rubia cabellera le caía por la espalda y cualquiera de sus movimientos me resultaba de lo más insinuante.

Cuando el juego de mi lengua y mis dedos la situó al abismo del orgasmo, le di la vuelta y entonces quedó apoyada sobre el timón. Me fui levantando poco a poco y sus piernas me aprisionaban, cogiéndose a mí. Una vez que estuve erguido del todo, tomé mi miembro y lo acerqué a ese agujero suyo, morboso y mojado, que lo esperaba con ansia.

La fui penetrando poco a poco con la incomparable vista del Mar Índico de fondo, aunque he de decir que la vista la tenía puesta solo en ella; en su exuberancia, en el modo en el que se abría para mí, en mis ganas de poseerla y en esos gestos que me dedicaba y que me resultaban increíblemente cautivadores.

En su interior no podía parar de moverme mientras comenzó a chillar, apoyada ya solamente en mí… Me movía por la borda penetrándola y juro que en ese instante no concebía otra vida que no fuera con Valerie y compartiendo momentos como aquellos.

Cuando por fin terminamos, exhaustos y cayendo sobre uno de esos bancos acolchados de los laterales de la borda, todo eran risas entre ambos.

—Esto ha sido como para que nos hubieran grabado. Nos pasamos el día que parece que estamos en una peli porno.

—De eso nada porque esto tendrá final feliz.

—Y las pelis porno también, ¿qué te crees? —me preguntaba sin parar de reír.

—No me refería a ese tipo de final feliz, que también…

—Ah, vale, porque no te he visto quejarte en ningún momento. Para mí que te ha gustado. Y bastante.

—Claro que me ha gustado, pero sabes a lo que me refiero.

—Ahora me estoy liando un poco. No es raro que me haya aturdido el polvo.

—Pues yo aturdido no estoy, sé muy bien lo que quiero decir.

—Que te compre quien te entienda, Noah.

—¿Y no me puedes comprar tú?

—Todavía no tengo claro del todo que me salga rentable, tienes mucho que demostrarme.

—Espera, que quiero comenzar a hacerlo.

—¡¡Tranquilo!! ¡¡No te tires!! ¡¡No me seas dramático!! ¡¡Que me vale con menos!!

No me di ni la vuelta. Me tiré directo al agua porque tenía claro lo que buscaba: algo que pudiera servirme para mi propósito.

Por suerte, aquellas aguas están muy limpias y no me encontraría con ninguna arandela ni nada similar, aunque aspiraba a que el fondo marino se aliase conmigo. Lo hizo y salí con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sigues siendo un insensible? ¿Sabes el susto que me has dado? —se quejó cuando me vio salir, llegando a suspirar a continuación.

—¿Haría esto un insensible? —le pregunté a continuación, enseñándole un alga marina que cogí del fondo y que le enredé en su dedo.

—¿Qué es esto, Noah?

—¿Te reirás si te digo que es un anillo de compromiso? Vale, ni lo digas, claro que te reirás. No es que me haya vuelto un rata de pronto, tendrás el tuyo, este es solo un adelanto—le besé la mano.

—Hombre, un poco extravagante sí que es. Pero como broma no está mal. Siempre te gustó mucho un cachondeo.

—No es broma, Valerie. Bueno, el anillo sí, que es lo único que he logrado encontrar, pero es que estoy aquí, en medio del Índico, con la única mujer que he querido en mi vida y…

—Si dices que también soy la única con la que te has acostado, te juro que te tiro por la borda —me amenazó y no era para menos.

—Lo que puedo jurarte es que eres la única con la que me acostaré a partir de ahora.

—Y entonces, ¿es que no estás de coña?

—En absoluto, amor. Sé que no las pienso, pero soy así, visceral… Y la única idea que ronda mi cabeza desde que me he reencontrado contigo es la de no volver a perderte.

Le di un fuerte abrazo y noté cómo sus lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Si sigues así, verás mi parte más sensible. Al final la verás—le advertí.

—No, si es que va a ser cierto que la tienes. Hay que joderse, ¿un anillo que es un alga marina? Cualquier ecologista estaría encantado, eres más tonto…

—¿Y qué le contestas a este tonto?

—Que, con un anillo así, ¿quién puede resistirse?

Se ahuecó en mi pecho y lloró a moco tendido. Siempre fui impulsivo y reconozco que no se trataría de la pedida más romántica del mundo, aunque tendría la suya porque no quería que se perdiera nada de lo bueno que le pudiera proporcionar.

Se me quedó cogida, en medio del paisaje más idílico del mundo, y mirando aquel anillo como si se tratase de un auténtico tesoro. Yo, entre tanto, la miraba a ella, porque mi tesoro era ver su cara de alegría y sorpresa.

Aquella noche, aún cogida a mí, reía en la cama.

—¿Estás seguro de que no me has drogado ni nada? Si te tengo en período de prueba, ¿cómo voy a haber aceptado tu propuesta de matrimonio? —me preguntaba y se desternillaba ella sola.

—Lo único que sé es que ya no puedes echarte atrás.

—Está bien, seré consecuente con ese estado de enajenación mental transitoria en el que me vi

envuelta a raíz de una navegación en la que debí comer algo en mal estado y…

—Vaya, que te casarás conmigo porque estaría muy feo echarte atrás ahora, ¿o es que lo estás pensando?

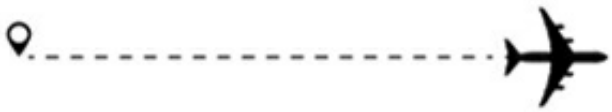
—Solo estoy pensando en que nunca hubiese creído que esto sucedería.

—Pues ha sucedido. Y todo para que lo disfrutes.

—Para que lo goce, ¿no? *"Y se formó la gozadera…"*—comenzó a cantar en castellano, pues tenía facilidad para los idiomas.

Se durmió entre mis brazos, con una cantidad de bromas entre ambos que nos resultaron hilarantes. Estaba francamente contenta y nada me podía hacer más ilusión.

Capítulo 44



No sé si os habréis dado cuenta del pequeño detalle de que le pedí matrimonio a una mujer que vivía en París, mientras que yo lo hacía en Nueva York, aunque también pasaba períodos en Punta Cana (de los cuales guardaba increíbles recuerdos) mientras que esperaba para volar de vuelta a mi casa.

Lo hablábamos a la mañana siguiente, mientras desayunábamos.

—He estado pensando algo, amor—le dije con tono serio porque el tema lo era.

—Ya te has echado atrás, ¿no? Si es que lo sabía… No debí fiarme de ti.

—¿Echarme atrás? ¡¡Antes muerto!!

—No se te ocurra jurarlo por tu salud o te veo con un pie en el otro mundo.

—Que no, cariño, de verdad. Estaba pensando en la posibilidad de pedir un cambio en la aerolínea. Sabes que no tendré problema.

—Siendo tu padre uno de los peces gordos, no creo que lo tengas, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Poder establecerme en París contigo, por supuesto. No estoy dispuesto a que vivamos separados, no quiero perderme nada de nuestro matrimonio, porque nos vamos a casar, ¿verdad? Espero que la noche no te haya hecho cambiar de opinión tampoco a ti.

—El único que puede hacerme cambiar de opinión eres tú, ¿sigues estando seguro?

—Más que nunca.

—Vale. Pues entonces, ¿qué ibas a proponerme?

—Poder vivir en París contigo. Coger una nueva ruta europea, alguna que me permita pasar más tiempo en casa.

—Tú amas Nueva York, siempre te encantó vivir allí. Te lo he escuchado cantidad de veces.

—Me da igual. Quiero vivir contigo, Valerie. Que tengamos nuestra casa donde quieras estar. Y si elegiste París, es porque ese es el lugar.

—Podría ser un poco mala y decirte que sí. Te mereces que te haga rabiar un poco, pero te estaría mintiendo en ese caso.

—Cuéntame por qué—le dije mientras le servía más de ese delicioso zumo tropical que nos traían cada mañana para el desayuno, junto con cantidad de exquisiteces de la zona que encargaba.

—Porque siempre quise vivir en París una temporada, es cierto. Pero, una vez que lo he probado, prefiero volver a Nueva York. Allí no solo viviremos nosotros, también lo hará mi familia y hasta la tuya. A excepción de tu hermano, claro, que es el único que no nos importa.

—Pero tienes un buen trabajo en la galería de arte, ¿estás segura de lo que dices?

—Claro. El mismo que me servirá para lograr otro buen puesto en alguna de Nueva York, no te preocupes por eso.

—Mi padre tiene contactos en todos lados. Podría ayudarte.

—Gracias, pero preferiría hacer las cosas por mí misma—me miró burlona.

—¿Me estás llamando hijo de papá?

—Y date con un canto en los dientes. No sabes la cantidad de veces que me he referido a ti en el pasado como “hijo de puta” —rio.

—Me lo dices, ¿y te quedas tan campante?

—Pues claro que sí, ¿cómo quieres que me quede? Si lo he soltado es porque me sale del alma.

—Pues a mí lo único que me sale del alma es besarte. Entonces, dentro de unos días, ¿nos marchamos a Nueva York?

—E instalarme en ese fantástico ático de rico en el que vives, espera que me lo tendré que pensar. Vale, ya me lo he pensado, ¡¡nos vamos a Nueva York!!

—De veras que me hubiese quedado en París contigo.

—No lo repetiré dos veces, pero el hecho de que me lo hayas propuesto me cuenta como si lo hubieras hecho, no me hace falta más.

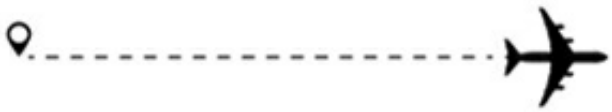
—¿Ni siquiera un poco más de sexo?

—A un poco más de sexo no le puedo decir que no…

Nos costaba arrancar por las mañanas porque practicar sexo en la villa se había convertido en nuestra actividad favorita, aunque también nos las ingeniábamos a lo largo del día para regar la isla en la que estuviésemos con nuestra pasión.

Hacíamos excursiones en barco y a pie, practicábamos snorkel, nos dábamos chapuzones en la playa, nos tostábamos al sol, disfrutábamos de deliciosos y refrescantes cócteles… Así iban transcurriendo nuestros días allí. Todo era felicidad en un momento de mi vida en el que me había comprometido con Valerie y en el que nada ni nadie podría interponerse entre nuestra felicidad y nosotros. O al menos eso creía.

Capítulo 45



A dos días de marcharnos a Nueva York, nos los estábamos pasando de miedo. Aunque de miedo fue lo que sentí aquella mañana.

Valerie estaba entretenida charlando con unas chicas en la playa. Eran parisinas y la conversación se desarrollaba en francés.

Yo estaba en mi tumbona cuando vi aparecer una silueta, ¡¡que era la de mi amigo Bruce!!

Me quedé de piedra, porque no lo esperaba. Me llamó con la mano para que fuera hacia el chiringuito en el que se refugió a continuación.

—Cariño, voy a por unos cócteles—le comenté a ella.

—Vale, para mí uno que lleve fresa y sin alcohol, todavía me duele el coco de la fiesta de anoche.

Llegué corriendo hasta él y nos fundimos en un abrazo.

—Bruce, tío, ¿qué haces aquí? Creí que estarías en Punta Cana, ¿no te tocaba?

—Buscarte, estoy buscándote.

—¿De qué me hablas? ¿Tanto me echas de menos? Si ya sabía yo que no puedes vivir sin mí.

—Igual quien no puede vivir sin mí eres tú, zoquete.

—Claro, por eso le he pedido a Valerie matrimonio en vez de a ti, ¿qué te pareció mi llamada para contártelo?

—Que estabas como una cuba. Por eso me sacaste de la cama.

—Total, si estarías solo.

—No tenía por qué. Y en el caso de que lo estuviera, será porque no me vale todo, a mí no.

—A mí tampoco ya. Le he prometido fidelidad eterna a Valerie y me dejaría cortar las pelotas antes de joderle la vida otra vez.

—Igual te las corta ella, no te preocupes.

—¿Por qué lo dices?

—He venido a prevenirte. Gabriela también se enteró de tu compromiso y cogió un vuelo directo aquí.

—Entonces querrás decir directo a tratar de joderme la vida, ¿qué pretende?

—¿Y yo qué sé? La escuché hablar con otra auxiliar de vuelo, todos estaban celebrando tu compromiso, ¿hay alguien a quien no llamases esa noche para contárselo?

—A ella, a Gabriela no la llamé.

—Pues está que arde.

—Vaya novedad. Siempre estuvo muy calentita, que me lo digan a mí.

—Pues ahora mucho más. Y ha jurado que te va a joder la vida.

—No tiene ningún arma para hacerlo. Lo que pasó entre nosotros fue antes de que volviese con Valerie.

—Ya, armas no tiene, porque sus dos poderosas razones atacar no atacan, ¿o sí?

—¿Sus tetas? Pues un poco sí, porque una vez me quedé atrapado y creí que moría debajo de ella.

—Pobre de ti, menuda muerte, no hubiera sido justo.

—Pues no, porque fue antes de follar… Caímos en la cama borrachos y casi palmo asfixiado sin…

—Sin meterla en caliente, ya. Bueno, el caso es que no sé qué planea, pero he creído prudente venir a contártelo antes de que ella te encuentre.

—¿Y no me has podido hacer una llamada por teléfono? Joder, ¡que te has recorrido medio mundo para avisarme!

—Para avisarte y para estar contigo si las cosas se ponen feas con el huracán Gabriela.

—Mamón, al final me harás llorar y todo. ¿Dónde te alojas?

—En un resort de lujo, no te preocupes por mí.

—Ya veo que no tengo que preocuparme, no. Te cuidadas muy bien.

—Encima…

—Encima o debajo, pero llévate alguna a la cama. Aquí hay donde elegir: turistas o locales. Ahora no tengo a nadie a quien recomendarte, porque estoy con mi chica, aunque eres un tío con recursos y no me necesitas para nada.

—Tú, en cambio, sí me necesitas porque como esa locomotora te arrolle igual te pone en un aprieto.

—En ninguno, ya te lo he dicho. Todo eso es agua pasada y Valerie lo suficientemente inteligente como para saber que ahora solo tengo ojos para ella.

—Ella también tiene ojos. Nos está mirando.

—La conociste una vez, en Nueva York, ¿verdad?

—Sí y me cayó sensacional. Se va a mosquear de verme aquí. Le quitaré importancia a lo de Gabriela.

—¿A lo de Gabriela? Estoy pensando que mejor no arriesgarme, ¿para qué ponerla en alerta?

—Te aconsejo que es mejor que le digas la verdad.

—Ya. Y toda la verdad y nada más que la verdad, pero es que se da la circunstancia de que no estamos en un juicio.

—Muy gracioso. Dime algo que no sepa.

—Que tú vas a lograr que Gabriela se marche de la isla sin que Valerie se entere de su visita.

—¿Crees que puedo hacer brujería o algo así? No soy un brujo ni un santero. Bastante he hecho con venir a prevenirte en persona.

—También te morías por volver a las Seychelles, no me digas que no.

—Un tormento no es, pero lo he hecho por ti. Sabes que te quiero como si fuera tu hermano.

—Pues entonces has venido a echarme un mal de ojo, que es lo que haría Oliver.

—Ya me contarás con tranquilidad, pero que Valerie viene hacia acá.

—Pues entonces concretemos. Tú qué decías que te pareció siempre Gabriela, ¿lo recuerdas?

—Un pendón.

—Vale, eso también, me refiero a lo otro.

—Una interesada.

—Pues le vas a ofrecer una cantidad de dinero para que se aleje de nosotros. Le prometí a Valerie que no habría ningún sobresalto más en nuestra relación y no puedo arriesgarme a que así sea.

—Pues opino que tienes razón en que no hay ningún motivo por el que debas esconder todo esto y que la vas a cagar si lo haces.

—Agradezco tu opinión. Dile que le haré una transferencia por una suma que no podrá rechazar. No la quiero metiendo mierda entre nosotros.

—Esta no es buena idea, colega.

—No seas cenizo, Bruce. Sé que solo han pasado unas cuantas semanas desde que no nos vemos, pero mi vida es otra. No te puedes imaginar cuánto ha evolucionado.

—Pues justo por eso te lo digo. Y calla, que ya está aquí Valerie.

Se acercó y se le quedó mirando.

—¿Nos conocemos? —le preguntó.

—Sí, soy Bruce, compañero y amigo del que ahora es tu prometido. Enhorabuena. Nos presentó una vez.

—Y amigo de los buenos, ¿puedes creerte que ha venido hasta aquí para felicitarnos, cariño?

—No, eso no cuela. ¿Para qué has venido, Bruce? Dime la verdad, ¿es que te has traído algún

ligue o algo?

—No, no. He venido solo—carraspeó.

—Pues ya no lo estás. A partir de ahora, puedes hacer planes con nosotros, aunque te advierto que nos vamos en un par de días.

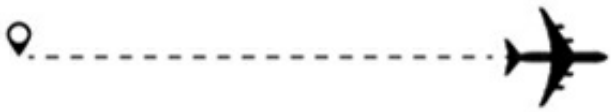
—Qué casualidad, yo también tengo que irme en breve.

—Y entonces, ¿para qué has venido? Vale, vale, que no me lo vas a contar. Fijo que es por algún lío de faldas y honestamente te digo que siendo amigo de Noah no me sorprende en absoluto. Él también ha sido un tremendo golfo, qué te voy a contar—rio.

—Pues tienes razón. Bruce no se puede quedar con nosotros porque trae un buen lío entre manos—le dije.

Él quedó a la espalda de Valerie y su gesto me indicaba que tenía ganas de retorcerme el pescuezo como si fuese una pobre gallina que echar al caldo. Algo gallina quizás sí que fui, aunque quiero que conste en acta que solo porque no quise correr el más mínimo riesgo y que llegase a oídos de Valerie que había una zumbada en la isla dispuesta a poner patas arriba lo nuestro.

Capítulo 46



Nunca he tenido manía persecutoria, aunque he de decir que desde ese momento no me encontré tranquilo allí. Se suponía que mi oferta alejaría a Gabriela y, aun así, hasta que Bruce no me lo confirmase, decidí andarme con siete ojos.

—Me estás mareando, no dejas de mirar para todos lados—me decía Valerie al día siguiente, a uno de nuestra marcha.

—¿Yo? Pues no sé qué decirte. Será porque hay tanta belleza en la isla que la quiero retener toda en la retina.

—Pues hasta ahora solo retenías la mía, porque me mirabas a mí.

—Un poquillo egocéntrica te veo.

—Y yo a ti un poquillo misterioso. Dime por favor que no tramas nada.

—¿Yo? ¿Qué voy a tramar yo? Pobre de mí…

—Pobre de ti como lo hagas. No desates la furia asesina de tu prometida.

—Qué bien suena y eso que aún no te he puesto un anillo de verdad en el dedo.

—Sabes que eso es lo de menos para mí. Me importa un bledo. No voy a olvidarme nunca del momento en el que me lo pediste. Y espero no tener que arrepentirme.

—No lo harás.

—Se han acabado todas las demás, ¿verdad?

—Todas y para siempre. Te lo prometo.

Estábamos disfrutando de un rato de playa estupendo cuando Bruce se nos acercó.

—Hola, ¿sigues solo? Quédate con nosotros, de veras que no nos molestas—le ofreció Valerie.

—Pero solo un ratito, que no quiero estar de sujeta velas.

—Qué va, si aquí a los ojos de la gente es el único sitio en el que tu amigo y yo no… Bueno, ya me entiendes. Mira, de hecho han llegado las chicas francesas, me voy a charlar un poco con ellas. Oye, Bruce, ¿te las presento?

—No, gracias, no son mi tipo—se excusó porque lo que quería era hablar a solas conmigo.

—¿No lo son? Pues entonces debes ser gay, porque otra no te queda, puesto que son guapísimas.

Se levantó y nos quedamos solos.

—De puta madre. Ahora me he convertido en tu cómplice y encima tu futura mujer me toma por gay.

—No seas antiguo, eso no es malo. ¿Alguna noticia de Gabriela?

—Sí, ¿cuándo te he fallado yo?

—Pues creo que nunca, pero lo tendría que pensar.

—Yo sí que tendría que pensar si me trae cuenta esta amistad. Vale, acepta el dinero y promete largarse enseguida de la isla.

—¡¡De puta madre!!

—Es un chantaje y lo sabes. Y los chantajistas suelen tener la mala costumbre de volver a las andadas antes que después, ¿cómo sabes que no te pedirá más?

—Porque si quiere joderme en el futuro no lo logrará. Ya me habré ganado la confianza de Valerie y sabrá que esta solo actuó por despecho.

—A mí no me convence nada de esto.

—A quien tengo que convencer es a esa tocapelotas.

—Si no te las hubieras dejado tocar por ella, ahora no estarías en este aprieto.

—Que sí, papá, que me lo advertiste, ¿algo más?

—El dinero, ¿o quieres que le pague con chapas de Coca Cola?

—Está bien, te haré una transferencia.

—¿A mí? ¡¡Y un cuerno!! ¿Y qué saco yo de todo esto? Me crujirá el fisco y para nada.

—Ya está el tiquismiquis de mi amigo. Pues me dices cuánto tienes que pagar de impuestos por recibir la pasta y te lo ingreso también.

—Ni en broma. Con el fisco no quiero líos. Aquí tienes su cuenta, me la ha pasado ella. Se lo ingresas directamente.

—¿Seguro que es la de Gabriela o me estás estafando? —bromeé.

—Antes de cachondearte de mí, podrías preguntarte si eres tú quien está estafando a Valerie con todo esto.

—Solo la estoy protegiendo. No quiero que vuelva a dudar de mí. Y Gabriela tiene muy mala lengua.

—Pues poco te quejabas de su lengua cuando te la tirabas.

—Joder, ya vale…

—Solo espero que esto no te explote en toda la cara.

—Y yo solo espero que tu cenizo no sea contagioso. ¿Cuándo vuelves a Nueva York?

—Mañana, una vez que le pague a esa tiparraca, nada se me habrá perdido aquí.

—¿En serio? También regresamos mañana. Los padres de Valerie están encantados con su vuelta a Nueva York.

—Pues te deseo que lo sigan, porque como te cojan con las manos metidas en este lío no te ganarás muchas simpatías entre ellos.

—Si ya me adoran. Sobre todo, su madre.

—Adorable, liante, ¡¡lo tienes todo!!

—Te juro que he cambiado, colega. Este es el último lío en el que me meto.

—¿Sabes cuántas veces te he escuchado decir eso mismo?

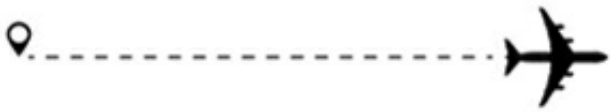
—Pero ninguna era verdad, ahora sí. Ahora tengo un motivo por el que hacerme un hombre de los que merecen la pena.

—¿Eso lo has escuchado en alguna peli?

—Vete a la mierda, Bruce.

—Reza porque esa mierda no te salpique.

Capítulo 47



Valerie iba charlando con él al día siguiente camino del aeropuerto. Una vez llegamos allí, seguía interrogándole.

—No soy una cotilla, pero flipo contigo, Bruce.

—¿Por qué?

—Porque hay que estar como un cencerro para venir un par de días a las Seychelles. Todo el mundo aprovecha este paraíso, viniendo cuando tiene más días libres. Debe ser cosa de pilotos, que ya no podéis vivir sin subiros en un avión.

—Pues eso será—le decía él.

Yo ya me había tranquilizado bastante y quizás por eso no la vi venir.

—Buenas, soy Gabriela—le soltó un par de besos a Valerie cuando estábamos a punto de embarcar. Y me quedé sin habla.

—¿Nos conocemos de algo? —la miró extrañada mi chica.

—Si nos conociéramos de algo no me habría presentado. Eres guapa, pero quizás no demasiado lista.

—Gabriela, por favor—carraspeé.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Conoces a Noah? —le preguntó ella alterada.

—¿Al padre de mi futuro hijo? ¡¡Creo que sí lo conozco!!

En ese justo instante casi me caigo muerto. Y si no me pasaba, cabía la posibilidad de que Valerie me asesinase.

—¿Cómo has dicho?

—No te lo ha contado, ¿verdad? Él y el otro—señaló a Bruce—llevan días tratando de callarme la boca.

—¿Es eso verdad, Noah? —me preguntó.

—No, no… A ver, quiero decir que…

—¿Esperas un hijo con ella? ¡¡Es de putos locos!!

—Me ha pagado una alta cantidad de dinero para cerrarme el pico—le confesó, era la única verdad que salió por la boca de aquella tipa que decía estar embarazada de mí.

—¿Es eso cierto? —me miró con estupor.

—Quizás le haya pagado, pero ni siquiera sabía a qué había venido aquí. Te lo juro, Valerie.

—¡¡Hijo de puta!!

—Ya te volvió a salir—murmuré confundido.

—Espera, Valerie, en honor a la verdad he de decir que Noah sí que ha pagado a esta chica, pero no que…

—¿Y tú qué vas a decir si también estás en el ajo? Has venido pisándome los talones desde Nueva York para que tu amiguito no salga escaldado, pero has subestimado la fuerza de una futura madre, ¡¡igual que él!! —me apuntó Gabriela.

—Noah, ¿le has pagado? ¿Le has pagado a mis espaldas para que se deshiciera del bebé?

—Sí, digo no… A ver, no era para eso, era para que…

—¡¡Maldito seas!! ¡¡Esta vez te has superado con tus putos enredos!!

—Eso digo yo—prosiguió la otra, que estaba disfrutando lo más grande con la escena.

—¡¡Maldita seas tú, Gabriela!!

—Ni se te ocurra hablarle así, ¡¡va a tener un bebé tuyo!! —me chilló Valerie.

—¿Y quién dice que es mío?

—Qué cabrón. Y encima lo va a poner en tela de juicio. Lleva mucho jugando conmigo, no sé si eso te suena de algo—le comentó a Valerie.

—Sí que me suena y solo puedo darte el pésame porque te has buscado el peor padre para ese bebé.

—¡¡Que yo no voy a ser el padre de nadie!!

—Ya está tratando de eludir su responsabilidad. No esperaba menos. Tendré que usar ese dinero para tratar de cubrir los primeros gastos del bebé. Tienes razón, será un mierda de padre.

—Valerie, te juro que te está mintiendo.

—¿Quieres que le enseñe la transferencia? Todavía está calentita en mi cuenta.

—Y todavía tendrás valor de negarlo. Pobre chica, no quisiera estar en su pellejo. No quiero volver a hablar contigo en mi vida, Noah. Solo deseo que te olvides de mí y que no trates de aparecer más o te denunciaré por acoso. Ojalá no nos hubiésemos reencontrado. Eres un maldito, sí…

Lo más triste del caso fue que los cuatro volvimos en el mismo avión. Valerie se sentó delante, Gabriela detrás y yo me quedé en una de las filas de en medio junto con Bruce.

—Tengo que deshacer este entuerto, amigo. Tengo que hacerlo.

—A mí me tienes ya podrido. Si me hubieras hecho caso, se lo habríamos explicado de antemano.

—¿Y de qué nos hubiera servido? Ella se habría presentado con la cantinela del bombo igual. Porque no está embarazada, ¿verdad?

—¿Y yo qué sé? Ay, Dios, pues quizás sí lo esté, mira.

Giramos el cuello y la vimos correr hacia el baño. El color de sus mejillas era pálido total. Más de un pasajero se percató de su carrera y hasta Valerie lo hizo. Luego me miró a mí con el más despreciativo de los aires y se cruzó de brazos.

—No puede ser. No ahora que la he recuperado, Bruce. Me siento un miserable.

—Es que lo has sido. Le has vuelto a mentir.

—Le he mentido para protegerla. Además, que no tenía ni idea de que la otra… No puedes ser, ¿cómo voy a convertirme en padre con Gabriela?

—No creo que te haga falta que te conteste a eso. Si no hubieras puesto la jodida semillita, nada de esto hubiese sucedido. A mí no me adjudican ninguna paternidad. No hace falta que te lo diga.

—No, no hace ninguna falta.

—Pues ya te lo he dicho igual.

—Lo he escuchado. Maldita sea, ¡¡no es posible!!

—Parece que sí lo es. Lo siento, colega. Esta vez la has cagado a lo grande.

—No te imaginas cuánto, ¿cómo puedo recuperar a Valerie?

—No tengo ni la más mínima idea y ese es solo el menor de tus problemas, porque vas a tener un hijo con una tipa que es peor que un dolor de muelas.

—Debí hacerte caso, nunca tendría que haberme acostado con ella.

—Basta ya de lamentaciones. Es hora de comenzar a buscar soluciones.

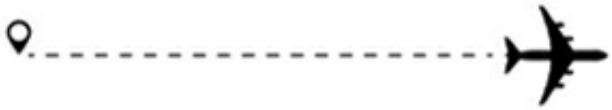
—Pues no sé qué solución le ves tú a esto.

—Lo he dicho por decir. Al menos, disfruta del vuelo, colega. Volar te apasiona.

—Ahora mismo, lo único que me apasionaría sería volar, pero sin paracaídas.

—Siempre fuiste un cabeza de chorlito…

Capítulo 48



La llegada a Nueva York fue la más dolorosa y agria del mundo. Nunca la hubiera imaginado igual.

Qué poco tiempo pude disfrutar de lo nuestro en su esplendor. Después de una eternidad echándola de menos, me reencontré con Valerie en el lugar del mundo en el que menos me hubiese podido imaginar. No fue fruto de la casualidad, ya que mi hermano Oliver la conquistó para darme en todas las narices. En fin, que cuando por fin todo se destapó la verdad y ella accedió a caer en mis brazos, el destino me la jugó en la persona de Gabriela y todo saltó por los aires.

A pesar de ser piloto, puedo decir sin temor a equivocarme que, de golpe y porrazo, la vida comenzó como a darme vértigo, como si cada uno de mis pasos me llevase a precipitarme al vacío.

Ya había pasado una semana. Una semana en la que debió borrarme hasta de su pensamiento, puesto que Valerie cortó toda posible vía de comunicación entre ambos.

Debía reincorporarme al trabajo y lo haría. No podía fallarle a mi padre en ese sentido, ya que quedaría como un enchufado si pedía un permiso especial de más días para curar unos males del corazón que me había buscado yo solito. Ojalá hubiese tenido la cabeza tan bien amueblada como Bruce, quien no me dejaba de lado por mucho que casi nunca estuviera de acuerdo conmigo en mi forma de actuar.

Mi familia ya estaba de vuelta en Nueva York. Mi padre me había llamado un par de veces para pedirme disculpas por todo lo sucedido. Mi madre lo hizo para invitarme a almorzar en un par de ocasiones (las cuales rehusé, porque no tenía ganas de nada) y la abuela para amenazarme con abrirme la cabeza de un bastonazo en el caso de que no apareciera por casa.

Quien no se había manifestado aún era Emma. Igual tampoco se encontraba muy bien. No en vano, de nuestra historia parisina terminamos escaldados todos. Subestimé a mi prima al pensar eso, pues aquella noche de viernes se presentó en mi ático con la fuerza de un ciclón.

—Hola, holita. Yo he traído el sushi—señaló a una bolsa de papel que pendía de su mano—, así que espero que la bebida corra de tu cuenta. Esta noche nos pillamos una buena borrachera tú y yo.

—Hola, Emma. No sé si tengo ganas de beber.

—No me extraña, porque tu cara indica que no tienes ganas ni de mirarte. Se siente, no puedo consentirlo.

—Cariño, de verdad, es que no estoy de humor.

—De algún humor estarás. Si no es bueno, será malo. Di algo, hombre, patalea, maldice o cágate en la madre que parió a tu perra suerte, pero no te quedes alelado, porque ese no es tu estilo.

—Me siento vencido, Emma. ¿Te ha contado Bruce?

—Casi tengo que amenazarle de muerte para que lo hiciera, pero sí. Entiendo cómo te sientes, ha sido una putada en toda regla. Bueno, lo de regla no ha estado muy acertado, precisamente es la falta de ella la que ha llevado a esa chica… Vale, vale, ya me callo. Bueno, una cosa, que dice Bruce que es una petarda, ¿es así?

—No, no es así.

—Ah, menos mal. Porque queramos o no, la madre de tu futuro hijo va a formar parte de nuestra familia.

—Emma, ¿has venido a animarme o a hundirme en la miseria? Por favor. No es una petarda porque es algo peor.

—Joder….

—¿Y cómo se lo han tomado todos?

—Bueno, más o menos… Hay diversidad de opiniones. Por ejemplo: la abuela está como loca por convertirse en bisabuela, pero también maldice porque dice que parece que te ha mirado un tuerto. Y por más que le digo que no puede hacer uso de esas supersticiones, más se empeña en que sí. Me ha dicho que mucho cuidadito con adoptar un gato negro, ahora que estás deprimido.

—No sé qué más puede pasarme.

—Pues se te puede caer el pelo, por decir algo. Y no me refiero a metafóricamente.

—Joder, qué ruina, prima.

—¿Lo ves? Pues no. Resulta que tienes un pelo ahí bien fuerte, ¿a que ya estás más contento?

—Botes tampoco pego. Pero al menos me consolaré.

—Primo, es que no sé qué puedo hacer para ayudarte. Si te soy sincera…

—No quieres meterte y es normal. Lo entiendo.

—No, no. Sabes que me meto hasta en los charcos. Por eso he tratado de hablar con Valerie, pero se cierra en banda a escuchar nada que provenga de ti.

—¿Has hablado con ella? ¿Cómo está? Y no quiero una verdad edulcorada. Sabes que soy fuerte.

—Quiere matarte.

—Joder, lo podías haber endulzado un poco.

—A mí no me vuelvas loca, ¿me oyes? Está que le pega pellizcos a los cristales, primo.

—Vaya, que no quiere saber nada de mí.

—Exactamente me dijo que en toda su vida, así que más o menos has acertado.

—Es lo que me merezco. Pude explicarle que Gabriela estaba en la isla, que venía a por mí. Y preferí…

—Pagarle para que se fuera.

—Creí que venía a por pasta, de veras.

—Y no. Era algo más gordo.

—Muy acertado lo de gordo. No me podía imaginar que estuviese embarazada.

—Primo, es que hay que tener un poco de cuidado.

—Demasiada fiesta, no recuerdo nada.

—Pues hay cosas con las que no se puede jugar. ¿Te imaginas si me hubiese traído un francesito de Pierre aquí en la barrigota?

—Hubiera sido el desmadre ya.

—No, yo hubiera sido la madre, que no es lo mismo. Y me pasaría el día cagándome en esa otra que lo parió a él.

—¿Te sigues acordando de Pierre?

—A todas las horas, pero para ponerlo verde. No sufras por mí, que lo tengo más que superado.

—Pues eso que te has llevado por delante, pequeña. Yo a Valerie es que no la supero.

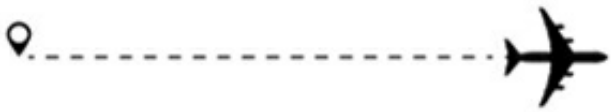
—*"También dije que te superé y no te había superado…"*—comenzó a cantar ella "El merengue".

—No puedo ni escuchar esas letras latinas desde que no estoy con Valerie porque todo me recuerda a ella.

—Pues tendrás que escucharlas porque, quieras o no, esta noche bailaremos tú y yo…

Hasta lo logró. Emma era muy concienzuda y decirle que no resultaba francamente complicado. Había intentado ayudarme, eso en vano, porque Valerie le dejó bien claro que ella sí me había superado. Y a mí… A mí me estaba matando la pena.

Capítulo 49



Teníamos que volar al día siguiente hasta Punta Cana y nos habían citado en la aerolínea porque cierta huelga de parte del personal estaba alterando el normal tráfico aéreo.

Salimos de una reunión en la que sudé tinta porque Gabriela estuvo presente, junto con otros muchos miembros de las tripulaciones con las que solíamos volar. Bruce se encontraba a mi lado y me acompañó a la salida, porque moría por fumarme un cigarrillo.

—Esta gente nos está jodiendo.

—Ya, ya vi a Gabriela y a sus amigas cuchicheando. No paraban de mirarme.

—Perdona, Noah, pero no eres el ombligo del mundo. Eso no lo vi. Me refería a los que se han puesto en huelga. Creo que se están pasando, algunos pretenden cobrar ya directamente por tocarse las narices. No lo veo justo. Espera, que voy al baño.

Entró de nuevo en el edificio y salió de nuevo a la calle cabreadísimo al ver que no le era posible.

—También los del personal de limpieza en huelga. El baño de tíos está que da asco. Maldita sea…

—Si tienen que quejarse, que lo hagan.

—Esta es una buena compañía, Noah. Parece mentira que te lo diga yo cuando tu padre forma parte de la junta de accionistas, eres tú quien debería saberlo.

—Es que hay que ser justos en la vida. Y si quieren mejoras, que las pidan, ¿y si les suena la flauta?

—Pues lo justo es que, si en el baño de hombres no hay quien entre, compartamos el de las mujeres. Ahora vengo.

—Eso es tomarte la justicia por tu mano, pero vaya, que yo también lo hubiera hecho en otra vida, cuando tenía ganas de juerga—le busqué un poco.

—Que no busco juerga, solo no hacérmelo encima.

Juerga no buscaba, pero tardó varios minutos en salir de nuevo para unirse a mí. Y cuando lo hizo, su cara era de total satisfacción.

—Me debes la vida, tío.

—Vienes de muy buen humor. ¿Más aliviado ya?

—Quien se aliviará serás tú.

—No, no, yo puedo esperar a llegar a casa. Lo que me faltaba era entrar en el baño de mujeres, con la fama que ya me precede.

—Es verdad que nunca la tuviste buena con ellas.

—No, nunca. Bien lo estoy pagando.

—Y en este caso injustamente: el hijo que espera Gabriela no es tuyo—me soltó sin anestesia.

—¿¿Cómo dices??

—Pues lo que oyes.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Has recibido una revelación divina en el baño?

—Más o menos. Ha entrado ella y también las arpías de sus amigas, muertas de risa. Yo estaba tras la puerta de uno de los váteres y no me han visto, así que me he callado como un muerto y he puesto las antenas.

—Habla, por favor.

—¿Te acuerdas de Albert?

—Sí, el piloto que pidió la cuenta de un día para otro hará como un mes, ¿qué le pasa?

—Que no se fue por recibir una mejor oferta como se especuló ni nada de eso. El tío estaba casado y, por lo visto, se liaba con Gabriela.

—Joder, otro tonto como yo.

—Sí, u otro listo que se la quiso beneficiar, según se mire. El asunto es que tiene varios hijos ya.

—¿Y por eso crees que cuenta con más posibilidades de embarazarla? No seas memo. Yo nunca me he puesto a hacer un hijo, pero no me consta que sea estéril.

—No, no se trata de eso. Es que estaban hablando de él como el padre del bebé porque Gabriela se partía diciendo que tú eres muy cuco, que hasta borracho perdido te ponías el condón volando, que para algo eres piloto.

—¿Siempre lo usé con ella? ¿Es eso?

—Yo allí no estaba, pero ella sí. Y dice eso. Por lo visto, Albert no era tan cuidadoso y por eso la embarazó. Se meaban diciendo que por tal motivo tiene una pila de niños con su esposa y tal. Y luego también se jactaban de haberte cargado con el mochuelo porque eres un Vanderbit y porque te sacaría hasta la cerilla de los oídos cuando el crío naciera.

—Qué hija de la gran…

—Lo mejor es que también es una bocazas.

—Una bocazas que viene por ahí.

No dudé en irme hacia ella. Ni siquiera le dije que todo lo escuchó Bruce, porque también podía haberlo hecho yo. Y le solté toda la información que tenía.

—¿Nos has estado espiando en el baño de mujeres? Te voy a poner una denuncia que te vas a cagar—me contestó airada.

—Eso sería estupendo, porque pienso impugnar esa paternidad que no me corresponde y así, pues nos vemos en los tribunales para matar los dos pájaros de un tiro—la reté.

—¡¡Maldito seas!! —me dio un bofetón antes de largarse con las otras pisándole los talones.

—Se ha visto cogida y es evidente que el padre no eres. No te volverá a molestar. Quería colarte un gol por toda la escuadra y ha sido que no.

—En cierto modo, se ha salido con la suya.

—Ya, lo dices por lo de Valerie.

—A ella no le importará demasiado que el hijo sea o no mío. Lo que de verdad le duele es pensar que le oculté esa información, la del embarazo. Y nadie mejor que tú para saber que no es cierto, que no estaba al tanto de nada.

—¿Qué me dirías si te cuento que ella también admitió eso en el baño?

—Joder, pues te diría que ojalá lo hubieses grabado. Sería lo único que convencería a Valerie.

—Pues quizás estés de suerte.

—¿Lo has grabado? ¿De verdad lo has grabado? —le pregunté con el corazón bombeándome a toda pastilla.

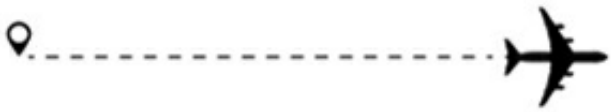
—Lo he grabado. No obstante, está lo del pago que le hiciste para que se esfumase. Valerie no es tonta y seguirá enfadada porque no le comentaste que Gabriela llegó a la isla con la intención de dar contigo. Noah, ¿dónde vas tan rápido?

—A explicárselo todo, ¡¡y tú te vienes conmigo!! Venga, ¡¡corre!!

—Sí´, sí, ¿me vas a poner también el collar o puedo ir suelto?

—El collar no me lo he planteado, que soy más de hacerles ese tipo de regalo a las chicas. Pero si no te callas, el bozal te lo pongo fijo.

Capítulo 50



Mientras rehacía su vida en Nueva York, que debía estar inmersa en la búsqueda de trabajo, Valerie estaba viviendo con sus padres.

Sabía dónde vivían porque lo comentaron en el castillo, de modo que me faltó el tiempo para ir a picar su puerta.

—Ten cuidado y apártate, porque si te abre su padre, lo más seguro es que ruedes por los escalones—me advirtió Bruce.

Fue su madre quien me abrió y me miró con asombro.

—Noah, ¿qué estás haciendo aquí? De veras que me da mucha pena decirte esto porque sabes que me gustas para Valerie, pero mi hija está que trina y no quiere ni verte.

—Lo sé, pero voy a tratar de convencerla de que las cosas no son como parecen.

—Hay cosas difíciles de disimular y un embarazo es una de ellas.

—Por favor, confía en mí, ¿se encuentra en casa? —repetí.

—Sí que se encuentra. La llamo y que Dios reparta suerte.

—Es que ya la ha repartido. Por fin algo de buena suerte—le sonreí.

Se notaba que le caía bien y la llamó. Ella apareció con ropa de estar en casa y sin arreglar en lo más mínimo. No por ello me pareció menos bella, todo lo contrario.

—Mamá, ¿esto es una encerrona? ¿Qué se supone que está haciendo él aquí? —le preguntó con un enfado de mil demonios.

—Hija, dice que debes escucharle, que trae noticias nuevas y que es importante que lo hagas.

—Anda, será que ha embarazado a otra más. O igual a dos, ¿quién sabe? Con Noah todo es posible.

—Estoy aquí, Valerie—le indiqué con la mano.

—Ya lo sé, maldito seas, ¿es que nunca te das por vencido? Tuviste una oportunidad y la dejaste escapar, ¿a qué vienes ahora? Ya te has reído bastante de mí, ¿no crees?

—No vendría jamás a hacer eso, Valerie.

—Como si no lo hubieras hecho ya, y varias veces. Eres el rey del cinismo, Noah Vanderbit. ¿Sabes lo peor? Que casi llegas a convencerme de que la rata de cloaca era tu hermano y resulta que apenas hay diferencia entre vosotros.

—Eso no es así. Traigo las pruebas de que no tenía ni idea de que esa chica estaba embarazada.

—¿Qué pruebas? ¿De veras crees que soy imbécil?

—Dice la verdad—intervino Bruce—. Yo mismo lo he podido grabar esta mañana en el baño de chicas.

—¿Y qué mierda se supone que hacías tú en el baño de chicas? No, por favor, ni me lo digas, ¡¡otro degenerado!!

—Que no, que no.

—Calla, calla. Si eres amigo de este, ¿qué se puede esperar?

—Hija, escúchalos… Por favor.

—Mamá, ¿no ves lo que han venido a hacer? Es un complot para volver a engañarme.

—No habré sido el mejor contigo, pero engañarte, no te engañé nunca—traté de defenderme.

—No, si ahora tendré que darte un premio o algo, Noah. De verdad que es para matarte a palos.

—Escucha la grabación y te lo explicaré todo. No te pido más.

Entre todos la logramos convencer. Ella estaba muy nerviosa, se le notaba en el movimiento de las manos, en la forma en la que se removía en el sofá…

Cuando terminó de escuchar, me miró.

—¿Y cómo sé que la grabación no está manipulada?

—Hija, por favor—resopló su madre.

—Mamá, tengo que mirar por mí. Han sido muchas las veces que me ha jodido.

—¿No ves la cara de enamorado que tiene? Y ya has escuchado a la otra, ¡¡solo estaba tratando de endosarle al crío!! Y reconocía que se le quedó cara de lelo cuando ella soltó el bombazo porque ciertamente no tenía ni idea de ese embarazo.

—¿Y entonces por qué le pagaste? Porque eso sí que lo hiciste.

—Esa fue la cagada y bien que se lo dije—le contestó Bruce.

—Y tú en medio de todo esto, ¿me quieres contar qué pintabas?

—Noah es mi amigo, mi mejor amigo. Le considero como de mi familia y quise ayudarle porque tan solo ha estado enamorado una vez en la vida y ha sido de ti—sentenció Bruce.

—Por favor, qué bonito—se le cayó una lagrimita a su madre en dirección a sus mejillas.

—Y si eso es así, ¿por qué no me contaste que esa chica estaba en la isla y que te buscaba? Hubiera sido mucho más sencillo.

—Porque te prometí que no habría más sobresaltos y creí que trataría de joder nuestro compromiso. Eso sí, ni se me ocurrió que estuviese embarazada ni que llegase a jugar así de sucio. Si se me hubiese pasado por la imaginación, te lo habría contado para que las cosas no se liasen más.

—Las mentiras son las que lían las cosas, Noah.

—No pretendí mentirte, solo que se marchara, que no te hiciera dudar de mí. Era fundamental que no me metiese en más problemas.

—Y tratando de esquivarlos te metiste hasta el fondo.

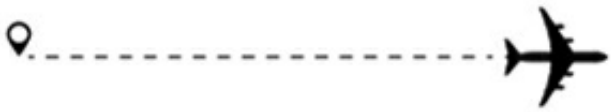
—Eso mismo le dije yo.

—Bruce, por favor, con una persona dándome caña ya tengo suficiente.

—Es cierto, Bruce. Ven a la cocina, que te sirvo un café y les dejamos hablar solos—le

sugirió su madre.

Capítulo 51



Un par de meses habían pasado desde ese día. Un par de meses durante los cuales me lo tuve que currar mucho y no fue fácil porque tenía que volar y, en la distancia, no era lo mismo que en los días que me encontraba en Nueva York.

La rutina me hizo poner los pies en el suelo una vez más, aunque he de decir que en el fondo de mi corazón percibía cómo ella estaba también por mí y cómo me iba permitiendo que, poco a poco, me acercase.

Cuando estaba en Nueva York, la invitaba a cenar y hasta pasó las últimas noches en mi casa. Cuando volaba y me encontraba en Punta Cana, a pesar de que tenía que escuchar su desconfiado piquito, le hacía ver que prefería quedarme hablando por las noches con ella, en la habitación de mi hotel, antes que irme de juerga.

Poco a poco me la fui ganando y aquel viernes noche celebrábamos que, por fin, le habían dado un puesto de trabajo a la altura de lo que ella se merecía en una importante galería de arte de Nueva York.

Se encontraba exultante y cuando salió de casa de sus padres lo hizo con un minivestido en plateado con una de esas chaquetas tan monas de pelito sobre los hombros. Ya era otoño y refrescaba, aunque no parecía ni sentirlo demasiado de lo eufórica que venía, así que cogí la chaqueta y le abrí la puerta del coche.

Sus padres me saludaron desde la entrada de su casa y su madre, mientras ella se montaba, me hizo un gracioso gestito de que entrase directamente al fondo del asunto.

Valerie charló sin parar tanto en el coche como en el lujoso restaurante en el que reservé para cenar. La escuchaba con atención y con muchísima alegría. Me llenaba mucho ver lo contenta que estaba porque su alegría era mi alegría.

Tras los postres, se hizo el silencio durante unos segundos en los que me miró. Yo le acariciaba la mano por encima del mantel y ella parecía encantada, entonces supe que era hora de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ahora ha llegado el momento de independizarme de nuevo. Hacía años que no vivía con mis padres y, aunque me tienen entre algodones, quiero recuperar mi independencia—me confesó.

—¿Y qué has pensado al respecto? —le pregunté con el corazón latiéndome a toda velocidad.

—Pues la verdad es que he pensado que tengo que ponerme manos a la obra en la búsqueda de un alquiler que me convenza y…

—¿Y si te digo que igual lo tienes ya?

—Pues te contestaré que estás loco porque no tengo nada de nada, ya quisiera… Uff, qué lío de verdad. Los sitios buenos que salen, enseguida tienen varios candidatos y…

—Mi ático, Valerie, no te vayas por las ramas. Sabes de sobra que te estoy hablando de mi ático.

—Algo sospechaba, sí.

—No hay un lugar mejor, te lo prometo.

—Y eso por qué. A ver, véndemelo.

—No, en venta no está.

—Me has entendido. ¿Por qué tendría que ir a vivir allí?

—Porque es maravilloso y porque yo vivo allí.

—Me refería a que me dieras alguna razón por la que mudarme, no por la que salir corriendo.

—Venga ya, no seas dura. Vale que esté yo, si quieres me largo.

—Podríamos contemplar esa idea.

—Podríamos, pero entonces el ático se quedaría sin su principal encanto.

—Sigue, sigue, que me interesa…

—Más que nada no solo porque sea irresistible…

—Ya, ya…

—Sino porque faltaría la persona que está decidida a hacerte rematadamente feliz en él. Verás, el plan es conseguirlo: te haré feliz aunque no quieras.

—Estás loco, Noah Vanderbit… Estás, pero que muy loco.

—Hazle caso a este loco, Valerie. No tienes nada que perder esta vez porque no te voy a defraudar.

—Bueno, bueno, ¿y qué más sacaría yo de todo esto?

—No sé, ¿qué es lo que pretendes sacar?

—Quiero tu vestidor—me pidió decidida.

—¿Mi vestidor? Joder… Que sepas que has picado alto. Ese solo te lo cedería a ti, de entre todas las personas que conozco en el mundo.

—Entonces, ¿hay trato?

—Hay trato—le di la mano en señal de que lo cerrábamos, con una inmensa sonrisa en la cara.

—Pues ahora ya no lo quiero.

—¿No aceptas el trato?

—El trato sí, que es muy tentador eso de ahorrarme un pastizal en el alquiler. No quiero el vestidor, solo te lo pedí para ponerte a prueba. No soy tan pija como tú y no lo necesito.

—De verdad que no me importa. Mañana mismo lo desmantelo.

—¿Y perderme el espectáculo de contemplar todos tus trajes por colores? Me contaste que te flipa colocarlos así y que tu vestidor es tu bien más preciado.

—Por eso querías saber si me desprendería de él por ti, ya. Pues que sepas que me desprendería de cualquier cosa en el mundo por ti porque mi mundo sin ti no es nada.

—Noah Vanderbit, espero que seas consecuente con tus palabras, ya que voy a sucumbir a la tentación de instalarme en tu ático y no me gustaría tener que volver a mudarme pronto.

—Cuando te tenga allí, descuida porque no te volveré a dejar escapar jamás.

—Tengo que trabajar, no es una opción que me secuestres.

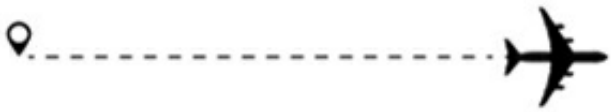
—Pues considérate secuestrada el resto de las horas. Te quiero, Valerie, te quiero con todo mi corazón y que compartas tu vida conmigo es lo máximo a lo que puedo aspirar.

—¿Un rico como tú y esa es tu máxima aspiración? Ay, no me asustes, Noah, no sea que te lo tengas que hacer mirar.

—Solo quiero mirarte a ti, mi amor. ¿Sabes lo feliz que me has hecho aceptando mi propuesta?

—Ah, pero ¿he aceptado ya? Tendría que haberte hecho rabiar un poco más, ¿no?

Capítulo 52



Esas Navidades las celebramos las dos familias juntas en la magnífica mansión que mis padres tenían en Nueva York.

La vida era muy generosa con Valerie y conmigo, pues ya convivíamos en mi ático y el tiempo que llevábamos haciéndolo fue el más bonito que hubiera podido soñar.

El único que faltó a la reunión fue mi hermano Oliver. Dado que se vio descubierto en todas sus maldades, tuvo una bronca tremenda con mis padres antes de que ellos abandonaran París y no se había vuelto a comunicar con ellos. Y la cosa parecía ir para largo.

No voy a decir que le echara de menos porque también estaba muy resentido con él. Las cosas habían llegado muy lejos y lo que mi hermano trató de hacer conmigo fue una venganza que se fraguó a fuego lento y en la que involucró a Valerie. Juro que si había algo que en realidad me dolía al respecto era su falta de pudor en ese sentido, ya que Oliver se hubiera casado con ella y, con el tiempo, la habría hecho muy desgraciada porque no la quería. Para él, tan solo representaba el arma con el que vengarse de mí.

Llegamos a la casa de mis padres y ya nos estaban esperando. De entre todas las personas que allí se encontraban, la más contenta era la abuela Victoria.

—Por fin, por fin se ha hecho justicia en esta familia. Estabais predestinados a permanecer juntos—nos dijo muy ceremoniosa cuando nos vio llegar—. Pasó igual con tu abuelo y conmigo, que en cuanto nos conocimos, supe que…

—Supiste que era el hombre que estabas esperando, ¿no abuela? Y también el que estaba esperando por ti—la interrumpió Emma.

—Qué puñetas… Supe que tenía que deshacerme de su novia y no paré hasta que conseguí que le diese una buena patada en el culo.

—Mamá, ¿papá tenía novia cuando le conociste?

—Sí, sí, pero pasó a mejor vida.

—¿Se terminó muriendo?

—No, no… Que digo que pasó a mejor vida porque de haberse empeñado en quedarse a su lado, yo se la habría hecho imposible. Buena soy—rio mientras trataba de hacerse con una copa de la bandeja de un camarero de los que servirían la cena. Para ello, no dudó en dar un salto en la silla.

—Mamá…

—Hija, que es Navidad y una copita no hace daño.

—Una detrás de otra, que antes te vi también.

—Qué buena vista tienes. Eso me lo debes agradecer a mí, que te di la vida y, por tanto, también los ojos. Así que, si no quieres que te los cierre ahora de un puñetazo, haz la vista gorda esta noche.

Emma se tronchaba. Mi prima, que había recuperado todas las ganas de vivir tras el varapalo de Pierre, se mostraba muy cómplice con Nathan, el hermano mellizo de Valerie. Y tanto se reían que a su hermana y a mí nos dio que pensar.

Antes de la cena, se volvieron a reír también lo más grande porque Emma nos contó que Pierre había anunciado a bombo y platillo su noviazgo en las redes con una *royal* austríaca a la que había conocido en una fiesta en Mónaco. Por lo visto, la presentaba como el gran amor de su vida y todo porque al muy cuentista le interesaba unir su fortuna con los títulos nobiliarios de la familia de su chica.

No contaba con la astucia de mi prima, quien se la tenía jurada y, según nos contó, comenzó a hablar con él de forma paralela con una identidad falsa, engatusándolo. El muy sinvergüenza no tardó en caer en sus redes y, en cuanto lo hizo, se lo mostró a la *royal*, quien muy orgullosa cogió sus títulos y salió zumbando hacia su corte, no queriendo saber nada de él.

—¡¡Así se hace!! —chocó con nosotros su copa la abuela, aprovechando que mi madre andaba despistada.

—Abuela, ¿otra copa? —le preguntamos.

—Pues claro, no va a ser la misma, que esa se me debió derramar antes porque estaba llena y, de pronto, estaba vacía. Eso o se la bebió alguien.

—Sí, sí… Abuela, que ya no somos niños…

—Para mí siempre seréis todos unos mocosos, mis mocosos. Incluida tú, niña. Bienvenida a la familia—le guiñó un ojo a Valerie—. Solo espero que el primer bisnieto que me deis saque los mejores genes tuyos y los de su padre. Al menos que pueda presumir de niño bonito, ya que me haréis la faena de convertirme en bisabuela.

—Lo cual no te hará mayor porque nunca lo serás, abuela—le aseguré.

—Por supuesto que no, Noah, eso lo afirmo ya.

—No hace falta que lo afirmes. Solo hay que verte, si pareces una chiquilla.

—¿A que sí? ¿Te has fijado en el último retoque que me he hecho, Noah?

—Estás guapísima, abuela.

—Es verdad, te han dejado la cara más estirada que el pellejo de un tambor—añadió mi prima.

—Y eso que tengo buena genética, Emma. Esa es la mejor herencia que os voy a dejar. Del dinero ya se encarga tu tío Marc, que parece que lo fabrica por las noches, qué barbaridad con mi yerno.

El ambiente era de lo más festivo y a la abuela razón no le faltaba. Los únicos negocios que no marchaban del todo bien para mi padre fueron los que dejó en París en manos de Oliver, puesto que nos llegaron rumores de que mi hermano estaba muy descentrado y nuestro padre le advirtió que, si no se enmendaba, tendría que buscarle un sustituto.

Yo no sería, porque nunca me llamaron los negocios y sí volar, aunque ya estaba en tratos con la aerolínea para encargarme de vuelos más cortos que me permitiesen pasar más tiempo en Nueva York con Valerie, como era mi deseo.

Había ganas de celebrar una Navidad diferente y, aunque mis padres no tenían a sus dos hijos con ellos, al menos habían logrado reunir al resto de su familia; a todos los que quisimos honrarles con nuestra presencia.

Pasaríamos allí la Nochebuena y la Navidad. Y a la hora de los postres, cuando sacaron los dulces, quise hacer algo delante de todos ellos que esperaba dejase el mismo buen sabor de boca en Valerie.

En ese momento, en el que ella charlaba animadamente con Emma y con Nathan, no vio que la abuela me pasó por debajo de la mesa una cajita junto con su mejor sonrisa.

Me puse en pie y le pedí que me acompañase.

—¿Pasa algo, Noah? —me preguntó.

—Pasa que te quiero demasiado y que tenía ganas de decírtelo delante de todos los nuestros, amor.

—Anda, pues qué bien—me respondió con un tono tímido que me resultó tan delicioso que me la hubiera comido allí, encima de la mesa, en ese instante.

—Pues sí, pero pasa también que tú y yo tenemos todavía algo pendiente.

—Es cierto: que me reveles el destino de nuestro viaje de Nochevieja. Me tienes intrigada perdida, no sé ni qué echar en la maleta.

—Tú echa bragas, sobre todo un buen montón de braguitas monas, que es lo que yo hacía siempre—nos interrumpió la abuela y también las risas que siguieron a su comentario por parte de todos.

—Bueno, pues al margen de esa apreciación de la abuela…

—Que seguiré a pies juntillas…

—Pues que también hay otra cosa que quiero pedirte, aparte de que pasemos un Fin de Año maravilloso en Punta Cana.

—¿Así que el destino era Punta Cana?

—También llamado Puta Cana—nos soltó la abuela en castellano.

—Abuela, por favor…

—Que sí, que lo digo porque yo he visto de todo allí. La gente llega con muchas ganas de golfear. Tú el primero, Noah. Bueno, tú antes, que ahora no tendrás valor con la chica tan mona que…

Carraspeé esperando que terminase y no por eso lo hizo hasta que le pareció. Santa paciencia había que tener a veces con ella, pero como la adoraba, yo la derrochaba.

—Vale, ya estoy enterada de todo. Y ahora, ¿qué más? —me preguntó ella.

—Ahora quiero darte esto—miré a la abuela en ese momento y ella me sonrió conmovida.

—¿Qué clase de preciosidad es esta? —me preguntó Valerie con lágrimas en los ojos.

—Es un anillo de compromiso, un anillo de verdad. Y espero que en esta ocasión la respuesta sea la misma que con el otro.

—¿De verdad quieres que nos casemos, Noah? —me preguntó incluso antes de abrir la cajita, con la inmensidad de sus ojos azules cogiéndole buena parte de la cara y fijos en los míos.

—De verdad no puede haber nada en el mundo que me entusiasme más que eso, amor mío. ¿Nos casamos?

—¡¡Nos casamos!! —chilló ella.

Del grito que dio y del ímpetu de su gesto, la cajita con el anillo salió disparada y fue a cogerla al vuelo la abuela.

—Menos mal que siempre tuve reflejos. Por eso me llevé al hombre que me llevé, desbancando a la otra carajota…

—Mamá…

—Hija, si es verdad. Y tú deberías quejarte menos que nadie, que de esa unión naciste tú, de ese amor de leyenda.

—¿Lo fue al final, abuela?

—Lo fue desde el principio, Emma. Y el mismo amor les deseo a Noah y a Valerie.

—Gracias, abuela Victoria, muchas gracias—la besó ella.

—A mí no me beses, tonta, a quien tienes que besar es a mi nieto, con lo bueno que está, ¿es que no lo ves? Pero antes abre esa cajita, que ni lo has visto.

Lo hizo y entonces el gesto de Valerie se volvió ternura total.

—Este es un anillo de familia, ¿verdad? El más bonito y elegante que jamás hubiera imaginado, pero de familia.

—Ay, niña, si ese anillo hablara… Es el que me dio mi difunto marido y el que llevé durante toda la vida con él en mi mano. Cuando faltó, lo guardé y no se me ocurre un destino mejor que darle que para la pedida de mi nieto favorito.

—Abuela, ¿y yo que soy?

—Tú mi nieta favorita, Emma, pero no acapares, que te gusta mucho acaparar…

—A quién habré salido…

—Pues eso digo yo…

Se lo puse en el dedo a Valerie. Se trató de un momento muy emotivo porque no solo ella temblaba, también lo hacía yo. Y como una hoja. Los demás nos aplaudieron y nos besamos.

Esa noche nos fuimos a la cama tan felices como siempre, pero con una nueva ilusión entre manos: planear una boda que desde el principio supimos que tendría un aire distinto.

Nueva York nos entusiasmaba, era el lugar en el que habíamos nacido, pero no nos veíamos casándonos allí. Nosotros deseábamos darle un toque diferente. Además, en nuestra ciudad tendríamos mil compromisos y, a pesar de que mi familia era una de las más ricas de la ciudad, no queríamos un gran bodorrio con cientos y cientos de invitados.

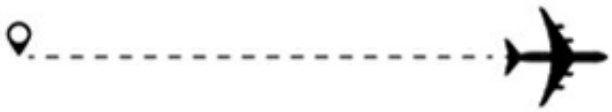
Valerie y yo siempre vivimos de otra manera, desde el comienzo de nuestra relación. A nosotros nos iban los ambientes más íntimos, hacer las cosas más sencillas y celebrar lo bonito de la vida en la intimidad familiar.

La respiración se nos entrecortaba de la emoción en una noche en la que un nuevo panorama se abría ante ambos. No es que nada fuese a cambiar porque ya nos queríamos tanto que nos sentíamos una pareja de lo más consolidada. Sin embargo, sí que queríamos convertirnos en un matrimonio, que ella fuera mi mujer y yo su marido ante la ley, porque una cosa no quita la otra y hacerlo oficial sería un paso que nos entusiasmaría.

Ya podíamos soñar despiertos con lo que sentiríamos en un día que sería tan especial como único, tan divertido como sensacional… En un día en el que confirmaríamos ante nuestras familias lo que ya sabíamos: que nuestro amor sería eterno.

Así lo sentíamos y así queríamos hacérselo saber a aquellos que eran parte de nuestra historia.

Epílogo



Un año y medio después…

El día que le pedí matrimonio a Valerie creí que nos casaríamos pocos meses después. Y así hubiera sido de no ser porque estando en Punta Cana, en Nochevieja, ¡¡ella descubrió que estaba embarazada!!

Así las cosas, daría a luz el verano siguiente y con un alumbramiento de por medio decidimos dejar la boda para un año más tarde. Y más cuando supimos, ¡¡que tendríamos mellizos!!

Valerie lo era con Nathan y, aunque no tenía por qué ser así, también su embarazo fue de mellizos, algo que nos llenó de ilusión, la cual se acrecentó cuando llegaron al mundo, convirtiéndose en la alegría de la familia.

La abuela se emocionó muchísimo cuando se enteró de que nuestra hija se llamaría Victoria. Ese nombre lo elegí yo, mientras que Valerie optó por llamar Noah a nuestro hijo, lo cual tampoco me emocionó menos.

Ese verano los niños ya contaban con un año y estaban saladísimos, tanto como el mar. Y en el mar nos decidimos a celebrar nuestra boda. Concretamente en las Seychelles, en el lugar en el que un día nos reencontramos cuando Valerie descubrió las maldades de Oliver.

Por cierto, que he de decir que mi hermano nos llamó para felicitarnos cuando nacieron los niños. No es que nuestra relación fuese la mejor ni mucho menos y a la boda no acudiría, pero al menos tuvo ese detalle y quién sabía si algún día las cosas podrían volver a ser algo más normales porque volvió a centrarse al menos en los negocios.

Mientras, estábamos disfrutando de un evento que nos hacía enormemente felices. Ya llevábamos unos días en la isla, en la que Valerie y yo nos alojábamos con nuestros hijos en la misma villa que alquilé la primera vez.

Nuestras familias se alojaron en otra cercana y también alquilamos una tercera para amigos. Entre ellos no pudieron faltar Bruce, así como Nancy y Linda, las amigas parisinas de Valerie.

Quien no acudió fue Nicole, de la que nada más supimos nunca porque se despidió de la galería de arte y ni siquiera sus compañeras le siguieron el rastro.

Quienes ya estaban juntos oficialmente en ese momento eran Emma y Nathan, hasta el punto de que Valerie le había prometido afinar la puntería para que el ramo le cayese a ella.

Y así fue en un día inolvidable del que cada uno de los detalles que podemos recordar es impresionante. Quiero hacer un inciso para comentar que me aposté con mi prima que, si todo salía entre ella y Nathan, ambos dejaríamos de fumar. Y así fue.

Pues bien, volviendo a la boda, la primera sorpresa entrañable fue que aquel día nuestros hijos arrancaron a caminar solos. Lo hicieron por sorpresa, primero Victoria y luego Noah, que seguía a su hermana en todo. Y eso propició que Emma se presentase voluntaria para cogerlos de las manitas y que dieran unos cuantos pasitos con los anillos hasta el altar.

Su madre y yo les chillamos al verles, porque estábamos enamorados de ambos y porque fue lo más bonito que nos pudo suceder.

—¡¡Guapos!! —les piropeó la abuela Victoria cuando llegaron hasta el altar y ambos se volvieron risueños, ya que lo eran y mucho. Además, que sentían devoción por la que era su bisabuela, lo mismo que ella por los peques.

Quien estaba guapa a rabiar era su madre, con ese diseño que le habían personalizado. Sexy, tan sexy como elegante, apareció con su vestido de encaje, ceñido y largo, insinuante como ella sola y con el rostro más emocionado que aquella bellísima novia me hubiese podido regalar.

Los niños, contra todo pronóstico, se portaron fenomenal durante la ceremonia. Emma estuvo muy pendiente de ellos, pues también los adoraba. Y Nathan sostenía a sus sobrinos en el momento en el que Valerie lanzó el ramo y le cayó a ella, como estaba pactado. Para lograrlo, Emma dio un salto que ni que estuviera en los juegos olímpicos y terminó cayendo sobre Nancy y Linda, a las que casi aplasta.

Por cierto, y hablando de ambas, tampoco nadie intuía que ambas acabarían aquella madrugada en la cama con Bruce, con un buen puñado de copas encima. Y es que a mi formal amigo la noche le confundió.

Quien se ofuscó al enterarse al día siguiente fue la abuela Victoria, que decía que donde caben tres, caben cuatro. Y que habían sido unos malajes por no invitarla también.

Comprenderéis por lo que cuento que nuestra boda estuvo plagada de anécdotas, pero sobre todo de amor, de muchísimo amor.

Los críos, al ser tan pequeñitos, se quedaron junto con la familia durante nuestra luna de miel, en la que visitamos Mauricio y Dubái. Consideramos que era mejor así, ya que no disfrutarían

demasiado al ser casi bebés aún y nosotros, luna de miel solo celebraríamos una.

La madre de Valerie seguía compinchada en todas las bromas con la abuela Victoria y escucharlas juntas era como asistir al espectáculo de un dúo de humoristas.

—Déjalos que se vayan solos, Victoria, que estos te hacen bisabuela otra vez—le decía al final de la celebración de la boda.

La abuela admitía haberse tomado una copita, aunque en realidad fueron una docena de ellas, al menos.

—No lo digas muy alto, que me quiero ligar a aquel camarero y lo vas a asustar.

—Pero si podría ser tu nieto, Victoria.

—Pero no lo es, mujer. ¿O es que te vas a escandalizar? A ese le doy un poco de palique y…

La abuela se fue hacia él y el muchacho debió creer que le pediría algo propio de su edad. Cuando se agachó y ella le habló al oído, le vimos erguirse con las mejillas como dos amapolas.

—Voy para allá, que la abuela Victoria va a lograr que salgan corriendo todos esta noche—me decía Valerie muerta de risa.

—Tú sí que vas a tener que correr o al final tu madre tendrá razón.

—No, no, que nosotros ya hemos cubierto el cupo con los mellizos—corría.

No entraba en nuestros planes tener más hijos. Noah y Victoria nos habían robado el corazón y con ellos nos sentíamos plenos. También con nuestras respectivas profesiones, que nos apasionaban. Y con nuestra relación, con esa que aquel día comenzó a consolidarse, aunque nosotros nos quisimos desde el día en que nos conocimos. Otra cosa fue que yo tardé en verlo.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz